

ANDRÉS PASCUAL

El sol brilla
por la noche en
Cachemira

Índice

Portada	
Dedicatoria	
Cita	
Inspiro,	
01.16 h	
16.20 h	
20.44 h	
23.31 h	
23.40 h	
Londres, tres años antes	
23.45 h	
00.24 h	
Londres	
00.29 h	
00.33 h	
Londres	
00.58 h	
01.07 h	
Londres	
01.20 h	
Londres	
01.35 h	
01.45 h	
Londres	
01.49 h	
01.58 h	
Londres	
02.15 h	
02.25 h	
Londres	
02.43 h	
03.22 h	
Londres	
03.30 h	
03.41 h	
Londres	
03.57 h	
04.03 h	

Londres

04.11 h

04.19 h

Londres

04.26 h

04.44 h

Agradecimientos

Créditos

*A Ecequiel,
un catorce de septiembre me enseñaste a creer
y no has soltado mi mano*

Numerosos príncipes, antes de izar
sus banderas, han consultado la Biblia,
el Corán o los Vedas.
Numerosos viajeros espirituales,
seres a ratos perdidos, a ratos
demasiado solos o sencillamente preocupados
por sortear un obstáculo —tú y yo, a fin de cuentas—,
han pedido a los cuentos que alumbren su camino.

HENRI GOUGAUD

Inspiro,

espiro.

¿Por qué mi cuerpo se aferra a la vida, si lo único que quiero es morir?

Me apoyo en la barandilla del puente y sigo con la vista el avance lento de una barca cargada de telas. La mujer que la guía, ataviada con un sari agitado por el viento, introduce el remo en el agua turbia con el mimo de una repostera que remueve chocolate.

Inspiro,

espiro.

Ya no me queda nada por hacer en esta Tierra que cada vez tiene menos de madre. Nadie que estuviera en mi lugar querría seguir viviendo.

Me quito la gorra azul y paso la mano por la cara.

La barca se escora hacia la orilla, donde un par de adolescentes esperan junto a un carrito de madera con el que transportarán la delicada seda. Imagino lo que ocurrirá después: la apilarán en su comercio del mercado, será acariciada por clientes indecisos y dentro de unos meses venderán el último rollo y llegará otro bote con un nuevo cargamento. Es injusto que, mientras yo me veo obligado a soportar mi pena insoportable, la vida siga para el resto con esta exasperante normalidad.

Giro la vista hacia la carretera. Un camión del ejército indio toca el claxon y escupe humo negro que pica en la garganta. Durante unos instantes no veo nada, pero al poco se disipa la nube y amanece de nuevo Srinagar, la capital de verano de Cachemira.

Contemplar esta ciudad es pegar el ojo a un caleidoscopio. A pesar de llevar a sus espaldas varias décadas de guerra, conserva el aspecto de un escenario atiborrado de atrezo en el que bien podrían representarse todas las leyendas. Frases en hindi, pakistaní y tibetano hacen tirabuzones en el aire, tejiendo una pashmina de palabras. Docenas de dioses y budas se dirigen a sus templos; hay tantos que han de cederse el paso en las esquinas.

Mientras espero a que el soldado que conduce el jeep venga a recogerme, cruzo al otro lado del puente. El lago Dal parece una enorme acuarela. En sus fondos dormitan — como adictos al opio— proyectiles sin explotar. Una inquietante serenidad en forma de bruma envuelve a los barcos-casa anclados en los desvencijados embarcaderos. Se confunden sus contornos, vibran como los sueños.

En otro tiempo, esta atmósfera de contrastes me habría fascinado. Los soldados que custodian la «línea de control» demarcada por Naciones Unidas danzan entre los sacos terreros y las alambradas que cruzan la ciudad como retorcidas cicatrices. La persistente polvareda se entrevera del tufo de la fruta pisada a la entrada de los santuarios, del canto del muecín que llama a la oración desde la mezquita, del humo de la manteca que queman los lamas.

Cuántas paletas de colores para un solo lienzo...

A ella también le habría fascinado estar aquí.

Inspiro,
espiro.

Me seco el sudor de la frente con la manga del polo. Es de color negro, con el emblema cosido en el pecho, la típica vestimenta de observador de la ONU. Un helicóptero sobrevuela mi cabeza. Su sombra me engulle durante un instante y se pierde en la tierra ennegrecida por el aceite derramado de los tanques.

Una voz logra hacerse oír entre el ruido atronador:

—¡David! ¡Hora de volver!

Es mi chófer. Le dirijo una mirada desganada. No es mal chico. Se alistó en los cascos azules para ayudar a la humanidad. Acostumbra a decirlo así, con la ingenuidad de un niño que sale por primera vez de excursión con el colegio. Yo nunca hablo de lo que me trajo aquí. Antes pasé por Somalia y por Haití. Nadie creería que estoy buscando una manera rápida de acabar con todo.

Me dirijo al jeep. En la parte de atrás se amontonan media docena de tijeras para cortar alambre que acabo de comprar en el mercado. Si los mandos las hubieran pedido a través del protocolo de abastecimiento habrían tardado una eternidad en llegar, y las cosas no están como para perder tiempo. Cada día que pasa, los destacamentos de fuerzas internacionales nos vemos obligados a levantar nuevas empalizadas alrededor de los campamentos. Tras una temporada de tregua no escrita, han surgido grupos radicales que no dudan en atacar a pecho descubierto. Ni siquiera sabemos quién es el enemigo; indios, pakistaníes y cachemires independientes guerrear en un marco confuso que yo aprovecho para hacer más inspecciones de las que me corresponden. Siempre que puedo me salgo de la ruta, flirteo con la muerte.

—Tenemos que regresar cuanto antes —dispone el chófer con aire de veterano—. Se está haciendo de noche y pronto saldrán los espectros.

Más de una vez he oído esa expresión a los lugareños. Dicen que los muertos vagan con impunidad por este valle enclaustrado entre escarpadas montañas. Yo también lo creo. Cada vez que se pone el sol, los imagino acercándose a los nidos de mortero y jugueteando con los muelles hasta que se escapa una bala.

—¿Dejas que conduzca yo? —le pregunto.

Me mira con desconcierto.

—No.

—Apiádate de mí. Llevo muchas semanas de copiloto...

—Sabes que me arrestarán.

Me llevo la mano al pecho.

—Un kilómetro antes de llegar, paro y te lo devuelvo. Prometido.

Me siento al volante sin darle tiempo a reaccionar y enfilamos la carretera que discurre sobre la línea de control. Tras medio siglo generando resentimiento y cadáveres, nadie gasta dinero en reparar los efectos del monzón sobre el precario asfalto. Azotados por los desprendimientos, algunos tramos de esta frontera inventada apenas aguantan sin vencerse hacia el fondo del barranco. Nos sumergimos en el silencio que por la noche hiela el alma de los jóvenes reclutas hasta hacerles creer que están acurrucados bajo mantas de nieve.

Al rato, creo divisar un reflejo.

No pueden ser las luces del campamento, aún estamos lejos. Tampoco hay luna, ni es noche de estrellas fugaces. Detengo el jeep y repaso el cerro palmo a palmo. No veo nada, pero me invade una sensación extraña. Llevo varios meses aquí, volviendo sano y salvo de las misiones más arriesgadas. Algún día tiene que agotarse la suerte.

¿Va a ser hoy cuando por fin ocurra?

Siento un pulso ajeno, el corazón de la cordillera se acelera y trepa por los neumáticos para resonar en mis entrañas. La niebla despliega un par de brazos fantasmales. Reanudo la marcha, pero al poco he de parar de nuevo. En mitad de la carretera hay una gran roca desprendida de la ladera...

O eso quieren que creamos.

¿Va a ser hoy?

Permanezco unos segundos quieto, aguzando el oído. La respiración de mi compañero se agita, poco a poco se acompasa con los desaforados latidos de la montaña. Como impulsado por un resorte, lleva su mano al arma automática e intenta decir algo, pero un estallido sordo solapa todas las palabras.

A partir de entonces tomo conciencia de las cosas con una claridad inusitada. Escucho

el clic del detonador,
la expansión de aire,
los hierros del vehículo retorciéndose y,
sobre todo, el grito ensordecedor de mis recuerdos al salir despedidos de mi cabeza para esparcirse por la piedra reseca.

Debe de tratarse de ese momento del que tanto se habla, justo antes del fin, en el que toda tu vida pasa ante tus ojos.

Creí que sería una película más sosegada...

Me cuesta aceptar que soy todo lo que tengo delante, tantos fotogramas olvidados, algunos encerrados a propósito en una caja fuerte que arrojé al fondo del océano. ¿Cómo pueden emerger ahora, después de tanto tiempo?

Como burbujas asoman todas las risas, lágrimas, arte, radiografía, azúcar, lana, análisis, chillido, Chopin, brisa, hermano, politono, avión de papel, carburador, antiarrugas, angustia, clamor, caldo, Apple, besos, besos, párpados, labios...

Pero hay algo más.

Algo que no ha salido de mi cabeza y que llama poderosamente mi atención.
Es ese sol.

Un sol que brilla en mitad de la noche.

Estampado, como una moneda de oro recién acuñada, en el cielo negro.

Nunca he visto nada igual...

Tal vez sea una baliza para marcar la entrada del túnel que conduce al Más Allá.

¡Estoy ansioso, quiero recorrer ese túnel cuanto antes!

Los párpados me pesan. Dejo que caigan con la escasa dignidad de un telón al que no acompaña ningún aplauso. Pero la luz sigue ahí. Aun con los ojos cerrados puedo ver en el cielo un verdadero sol que me quema.

¿Qué va a ocurrir ahora?, me pregunto con cierta inquietud, como si detrás de la luz hubiera alguien escondido, o como si la misma luz fuera ese alguien.

Pero otro interrogante me sumerge por completo en una bañera de sosiego:

¿Cómo puede inquietarme conocer la esencia de la muerte, si ni siquiera he llegado a saber lo que es la vida?

Y como la mujer de la barca de telas, me escoro plácido hacia la otra orilla.



01.16 h

Para... para... paradise...

Una voz cantarina se desliza por el aire como si fuera miel sobre una tostada. ¿Dónde estoy? Voy recuperando la consciencia al son de la deliciosa melodía.

Estoy en el paraíso, pienso, y quien canta es un ángel encargado de mecirme para evitar brusquedades. Soy un bebé al que despiertan para la toma del biberón.

*Cuando era niña soñaba con el mundo,
pero éste voló fuera de mi alcance...*

Intento abrir los ojos después de fantasear con la forma y color que tendrá el ángel. Mis pestañas parecen pegadas con grumos de cola. Por fin una rendija...

Una luz me ciega. ¿Sigue ahí aquel sol que brillaba en mitad de la noche?

¿Aún estoy tirado en la carretera?

No se trata del insólito sol nocturno, sino de un fluorescente que trepida. Miro a ambos lados, pero apenas puedo distinguir nada. Paredes limpias, cables sujetos al techo con cinta americana, olor a sangre y a medicamento rancio.

Un hospital de campaña.

Oh, Dios, estoy en un hospital de campaña.

Inspiro,

espiro.

Estoy vivo.

Para... para... paradise...

El ángel se aleja, o eso creo. Mi cabeza no responde, mi cuerpo no parece mío, estoy confuso.

¿Por qué te vas?

Aún no he podido verte. Llévame contigo...

Cuando vuelvo a despertar, mi corazón late a mil por hora.

Está claro: no he muerto.

He sufrido un atentado y sigo vivo. No puedo creerlo, acabo de perder mi gran oportunidad. Sin embargo, hay algo que no cuadra. ¿Qué es? ¿Por qué no me desespero? A pesar de la taquicardia, estoy más tranquilo que nunca. Casi podría decir que estoy... feliz.

¿Será el efecto colateral de alguna medicina?

Hace mucho calor. Una intensa luz traspasa mis párpados. Es diferente al sol nocturno: se trata de una luz conocida, de mediodía.

Estoy tumbado sobre una superficie elevada. Tiene que ser una camilla. Es extraño, no la siento dura, ni blanda. A mi alrededor hay estanterías con instrumental médico, una puerta y una ventana, ambas de plástico, una mesa de oficina y otra camilla, vacía. Conozco estas salas esterilizadas. Estoy en las instalaciones sanitarias de mi propio destacamento, al otro lado del patio donde se alinean los barracones. Sólo había entrado aquí una vez, cuando vine a visitar a aquel compañero del equipo de observadores que se había clavado un hierro en un gemelo. Lo mío parece más serio.

De mi tronco salen dos drenajes, uno a cada lado. También estoy conectado a dos vías intravenosas. Me he convertido en una especie de criatura espacial llena de tentáculos. Quiero arrancármelos, pero no puedo levantar los brazos.

Intento mover los dedos. No hay respuesta; son diez amoratadas orugas reposando sobre algodón blanco. Trato de levantar las rodillas para cerciorarme de que mis piernas están aquí y no en la cuneta, junto a los restos de jeep, pero tampoco logro establecer conexión. Inclino la cabeza hacia delante realizando un esfuerzo atroz y las adivino bajo la sábana, menos mal... Al principio resulta extraño; unos segundos después, asfixiante. Lanzo órdenes al pie y no contesta. Nadie escucha a mi cerebro. Insisto: «¡Tobillo, gira a un lado, al otro!, ¡a un lado, al otro!»

Nadie contesta.

Del cuello para abajo no puedo mover nada. No hace falta ser médico para saber que tengo la columna partida por la mitad.

Tetrapléjico, vaya palabra.

Sin embargo...

Todo es tan contradictorio...

Debería soltar unos terribles alaridos, pero sólo quiero sonreír. Quizá me haya vuelto estúpido.

Sí, definitivamente he perdido la cabeza. Cuando salieron despedidos todos los recuerdos, mi cráneo pasó a ser un balón de rugby lleno de aire viciado. Por eso sonrío.

Trato de recomponer lo ocurrido. Recuerdo el momento en el que asistí a la película de mi vida a cámara rápida. Y cómo todas aquellas vivencias fueron callando, como peces que no pueden respirar fuera del agua, y retornó el silencio. Fue entonces cuando noté la gravilla en la boca. Me dolía cada milímetro del cuerpo, comprendí que pronto moriría, pero estaba contento. ¡Eso era lo que ansiaba, morir, y creía haberlo logrado!

Quise reír, pero sólo recabé fuerzas para girar los ojos y ver al soldado que me acompañaba tendido un par de metros a mi derecha, desvencijado como un maniquí desterrado en un viejo almacén, con los miembros separados del cuerpo de plástico, carente de alma. Pobre chico. No merecía terminar así.

Fue entonces cuando se estampó en el cielo aquel insólito sol nocturno.

Sol extraño, sol revelador...

¡Ahora lo recuerdo todo!

Me cegó, impidiéndome ver las cosas tal y como estaba acostumbrado; y al mismo tiempo descubrió ante mí un sinfín de senderos por recorrer, innumerables mares que se abrían paso en mitad de las montañas creando un mundo confuso y magnífico. Y aun sabiéndome paralizado, sentí cómo me incorporaba. ¡Lo sentí de verdad! Noté cómo mi espalda se separaba del suelo, incluso oí el murmullo de la gravilla, y me sumergí en todos aquellos mares y senderos.

Sol extraño, sol revelador...

Al tiempo que voy recordando los detalles, todas las penas —aquellas insoportables penas— se desvanecen. Mi cuerpo yace inmóvil, pero noto como si mi alma...

como si mi alma...

volase libre.



16.20 h

—Hola, David —dice alguien.

Me sobresalto. Levanto la cabeza —el único movimiento que puedo hacer— para ver de quién se trata. Es una enfermera. Está a los pies de la cama. Tiene en las manos mi historial —decorado con goterones de sangre y otros fluidos— y me contempla con los ojos muy abiertos. Contiene a duras penas una sonrisa que, si llegara a desplegarse por completo, pintaría de blanco nuclear las paredes de la habitación.

—Hola —contesto, apenas sin aire.

Esas dos sílabas resuenan en mi cabeza provocando una reacción en cadena de pinchazos. Compongo una mueca de dolor.

—No hace falta que hables. —Se acerca y pasa un paño húmedo por mi boca—. El cirujano jefe se va a alegrar mucho cuando le diga que has despertado. Fue él quien te operó.

Aprovecho que se aleja hacia un armario donde se almacenan las medicinas y la observo con detenimiento. Es una enfermera militar. Viste pantalón de campaña y botas, una camiseta negra de manga corta enrollada hasta el hombro y un delantal de plástico verde. El pelo, castaño y liso, recogido con una coleta. Los ojos, dos gemas.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unos días.

—No es posible...

Tengo la sensación de que han pasado meses, años. ¿Una eternidad? ¿Un abrir y cerrar de ojos? En el inabarcable devenir del universo, una vida humana no llega a ser un pestañeo; ni siquiera la infinitesimal neurona que piensa un pestañeo.

—La unidad de salvamento llegó al poco de estallar la bomba que hizo volar tu vehículo. Eso fue lo que te salvó.

Entonces me doy cuenta.

—Tu voz...

—¿Qué le pasa a mi voz?

—Eres la que anda por el paraíso.

Sonríe.

—Era una estrofa de Coldplay —explica sin prisa—. Y no va de andar por el paraíso, sino de soñar con él. Llevo unos cuantos días sin poder sacármela de la cabeza. Me gusta porque habla de cosas reales; los paraísos están sólo para soñarlos.

Me recuesto de nuevo. Mantener el cuello inclinado supone un enorme esfuerzo. Confío que sea ella la que se acerque para que pueda verla.

—Estás equivocada —afirmo risueño.

—Te veo muy despejado —comenta, virando a un tono más facultativo mientras apoya dos dedos bajo mi mandíbula para tomarme el pulso—. Es buena señal.

—Te aseguro que los paraísos también se pueden vivir.

—No lo creo —resuelve ella, tan rotunda que hace bajar diez grados la temperatura de la estancia.

Los ruidos del campamento aprovechan para entrometerse entre nosotros. Yunque, motor, órdenes desganadas, otro motor, una discusión entre dos soldados agotados. Tengo que buscar una frase que vuelva a atraerla hacia mí. Necesito charlar, hacerla partícipe de lo que siento. No puedo mover los brazos ni las piernas, pero puedo hablar. «No te vayas», ruego en silencio mientras pienso en algo ocurrente...

—Sólo has de hacer que te crezcan unas alas.

Frunce el ceño y pasa a contemplarme con una expresión diferente, como si hasta ahora no me hubiera mirado de verdad.

—Me parece que eso es un poco difícil —dice por fin.

Pero al instante, para mi sorpresa, extiende los brazos y los agita de forma cómica, elevándolos sobre su cabeza hasta que llegan a una altura suficiente como para ajustar el ritmo del suero.

—¡No es difícil en absoluto! ¿No ves las mías? ¿A que nunca te han abrazado unas alas?

—Nunca abrazo a los ángeles la primera vez que los veo.

—Tú eres el ángel, no yo.

—David, tienes que descansar.

—Me gusta que haya sido tu voz la que me ha despertado de nuevo a este maldito mundo.

Por primera vez digo lo de «maldito» con sorna. Soy un fardo arrojado en una clínica portátil pero, por algún inexplicable motivo, me encuentro cada vez mejor.

—*Para... para... paradise* —entona ella con la misma ironía.

Es un encanto. Es obvio que no puede leer mis pensamientos, pero permanece ahí, abanicándose con sus pestañas hasta que me duermo.



20.44 h

La enfermera acude puntual a su cita con mis goteros. Propina unos golpecitos con la uña a uno de los frascos.

—Tienes que dormir —me ordena en plan institutriz.

—Mira mis alas, están más abiertas que nunca. Lo que necesito es echar a volar.

Pega contra su pecho los papeles que trae consigo y permanece quieta unos segundos.

—¿Eres consciente de lo que te pasa? —dice con una naturalidad que no se aprende.

—Me están pasando muchas cosas que no sé traducir a palabras...

Coge aire y me explica que choqué contra el volante y me destrocé por dentro. Me operaron de urgencia y no tuvieron más remedio que extirparme el bazo y medio hígado. El gran problema es la hemorragia interna. Trásfunden sangre sin cesar, pero los drenajes siguen arrojando pus teñido de rojo.

—Los médicos seguirán haciendo todo lo que esté en su mano.

—Es mejor que se dediquen a otros pacientes.

—¿Por qué dices eso?

—La única parte de mí que sigue en funcionamiento es la cabeza, y la noto muy rara. A ratos me estalla, oigo mis propios pensamientos con eco, o distorsionados... Como si los filtrase por una pedalera de guitarra eléctrica.

—Es por el golpe que te diste contra el techo del jeep. Te subiré la dosis de sedante.

—¡No!

Se sobresalta.

—¿Para qué quieres sufrir sin necesidad?

—No me duermas, por favor. Deja que al menos disfrute de tus visitas.

Agita la cabeza.

—Es increíble que estés tan sereno —dice con un brote de sinceridad. Pero de repente adopta un tono aséptico, evitando mostrar demasiada empatía—. Esta actitud te beneficiará cuando regreses a casa.

Sé que eso no ocurrirá. Y entiendo que ella también lo sabe.

—¿Cómo te llamas?

Una leve vibración en sus labios deja al descubierto un atisbo de vulnerabilidad. Está claro que no quiere hablar de sí misma. Posiblemente haya pedido este destino que casi se sale del mapa para no tener que hacerlo.

—Aurore —contesta por fin.

Al oír su nombre tomo conciencia de su luz. El resplandor del alba ilumina recovecos de su rostro que hasta entonces habían permanecido en penumbra.

Se inclina para consultar el prospecto de una de mis medicinas.

—Eres mi segundo gran amanecer en unos días.

—Ya... —dice de forma mecánica.

—Has de saber que he conocido personalmente a la diosa.

—¿A qué diosa? —pregunta con la entonación de estar pensando en otra cosa.

—A Ushas. Es la diosa india de la Aurora, hija del Cielo y hermana de la Noche, amante del Sol y el Fuego. La he visto aparecer por el horizonte guiando su carro de caballos rojos, dejando que sus velos se desplieguen al viento para descubrir su luz. Es una divinidad curiosa. Anciana, por su condición inmortal, y al mismo tiempo joven, porque nace cada mañana.

Se gira hacia mí con extrañeza.

—¿Qué es eso de que la has conocido?

Alguien grita órdenes en el exterior. En unos segundos se incrementa la actividad en el campamento. Supongo que justo al otro lado de la pared estará el patio, porque oigo como si sonase aquí dentro el golpeteo de las botas y los chasquidos de las armas al ser cargadas.

Aurore se excusa y sale a toda prisa.



23.31 h

Cuando regresa para hacer la ronda, la noto preocupada. Se acerca a mi camastro y ejecuta cada movimiento de forma rutinaria, desprovista del afecto que mostraba en sus anteriores visitas. Relee las anotaciones del médico como si no comprendiera el idioma en el que están escritas. Cambia la botella de suero con poco cuidado, golpeándola contra la barra de hierro.

—¿Qué ocurre?

Durante unos segundos se debate entre si debe contármelo o no.

—Algunos compañeros han sufrido atentados simultáneos en diferentes puntos de la región.

Recuerdo a mi chófer desmembrado en la carretera y me pregunto si habrán podido reconstruir su cuerpo antes de meterlo en el ataúd.

—¿Ha habido bajas?

Asiente apesadumbrada.

—Y ahí no acaban las malas noticias. Un grupo de insurgentes está presentando batalla a menos de dos kilómetros.

—¿Se dirigen hacia aquí?

—Nuestros soldados han tomado posiciones por lo que pueda ocurrir, y ya hemos evacuado a los demás heridos.

—Así que sólo quedo yo...

—A ti te trasladarán a la capital en cuanto llegue el vehículo especial. Has de entender que, en tu estado, es difícil moverte.

—Ya lo hemos hablado. No quiero que...

—¿De verdad piensas que vamos a abandonarte aquí?

—¿Cuánto me queda? ¿Un día, dos?

—Al final se cerrará la hemorragia. —Echa un vistazo furtivo al drenaje—. Y entretanto no vamos a detener la trasfusión.

—Ya no ansío morir —le digo con suavidad—, pero tampoco es algo que me dé miedo.

Permanece callada unos segundos. Se esfuerza para no componer ningún gesto que pueda revelar lo que siente.

—¿Alguna vez has deseado morir?

—Sí.

—¿Por qué?

—Eso es lo de menos. Resulta paradójico que sea ahora cuando vaya a ocurrir.

—La vida tiene estas cosas —se le escapa.

—Y la muerte es una realidad más de la vida.

—Dicho así suena muy fácil, pero cuando se acerca el momento surgen las dudas. En este trabajo lo veo todos los días; no te imaginas la cantidad de heridos que han pasado por estas camillas.

Se me hace un nudo en la garganta, pero no es por mí. Cuando digo que no tengo miedo estoy siendo sincero. Quizá mi malestar sea por todos esos pacientes a los que Aurore se ha referido. Nunca había sentido compasión por un desconocido. Cojo aire, el poco que cabe en mis pulmones, y retrocedo en el tiempo. Me siento capaz de saltar hacia atrás por este embaldosado arlequinado que es la vida, cuadros blancos y cuadros negros; sobre todo cuadros negros que por fin me atrevo a pisar.

—Creía que la muerte sería algo liberador, pero ahora sé que no. Y tampoco es algo sombrío. Tan sólo es un paso más en nuestra historia personal, que es la historia de todos.

—¿La historia de todos?

Unos terribles agujonazos en la sien me impiden aclarárselo. Nunca imaginé que fuera posible soportar tanto. «El dolor es inevitable, pero el sufrimiento es opcional», me repito recordando una vieja máxima. No tengo derecho a sufrir...

En cuanto me siento capaz de ligar una frase entera, digo:

—Cuando llegue el momento me alegraré de fundirme con ella, como dos gotas de lluvia disueltas en la tierra.

—¿De quién estás hablando ahora?

—De mi hija.

—¿Tienes una hija?

—Ya no. Yo tuve la culpa.

—Quieres decir que...

—Murió. Sólo tenía dieciséis años.

Permanece callada unos segundos mientras me contempla de arriba abajo. Sin duda se pregunta cómo he podido tener tan mala suerte.

—Ahora entiendo lo que decías antes. Pero habrá alguien más esperando a que vuelvas.

Desvió la mirada hacia el fluorescente que comienza a vibrar por el remolino de recuerdos.

—Su madre también murió. Fue en el parto, una de esas cosas que jamás piensas que vayan a ocurrirte a ti. No te imaginas cómo la quería... Lo único que me quedó fue el convencimiento de que su alma se había resguardado en el cuerpo de la niña.

—Tú aún estás vivo —sentencia, algo azorada, para cortar la charla de raíz—, así que en cuanto venga el vehículo especial te sacaremos de aquí.

—No quería entristecerte. Habrá sido un día duro.

—Peor que duro.

Se sienta en el borde de mi cama. Sin duda está agotada.

—Para mí ha sido un gran día.

Me dedica un gesto compasivo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Sé que cuando llegue mi hora me cogerás de la mano como si me conocieras de toda la vida. Como si... me quisieras.

El techo se agita por una embestida de viento. Sólo un temporal podría empeorar las cosas para los compañeros que están en plena evacuación.

—Eres muy lanzado.

—No te hagas ilusiones. Estaba pensando en algo más parecido a una amiga.

Ríe sin energía y pregunta:

—Viviste algo especial la noche del atentado, ¿verdad?



23.40 h

Compartimos un rato de silencio. No acierto a contestar.

Aurore añade:

—No eres el primero que regresa cambiado tras haber sufrido una experiencia cercana a la muerte.

—Eres muy intuitiva.

—Soy enfermera.

Me humedece los labios con el paño. Me gusta cuando hace eso. Me fijo en un pequeño tatuaje que lleva en el reverso de la muñeca. Un símbolo tribal, quizá diseñado por ella misma. Tiene la piel dorada por el sol.

—Desde que desperté me parece estar viviendo en el interior de un tornado. Son muchas cosas.

—Empieza por contarme una.

—¿Alguno de tus pacientes ha visto la pantalla?

—¿Cómo?

—No quiero entretenerme con mis fantasías —reculo.

Alisa la sábana, se coloca en una postura más cómoda y dice:

—Los demás heridos han sido evacuados y estoy esperando instrucciones de los mandos, por lo que éstos son mis primeros minutos de paz desde hace... No me preguntes por qué, pero contigo me siento así, como en paz.

Me emociona comprobar que ella también lo percibe. Pienso en cuánto he cambiado, en todo lo que he vivido en los últimos... ¿días?, ¿meses?, ¿segundos? Durante el tiempo que permanecí tirado en la carretera, contemplando galaxias bajo la luz de aquel sol nocturno, no estaba sometido a la absurda tiranía del reloj.

—Es como cuando vas al cine —le explico—. Durante la proyección de la película no te percatas de que detrás hay una pantalla, ¿a que no? —Ella niega con la cabeza—. Las imágenes y el sonido te nublan la vista. Sólo cuando termina la cinta tomas conciencia de que está ahí, tan blanca como antes de que comenzase la sesión. Creo que en la vida pasa lo mismo. Desde nuestro nacimiento estamos a merced de millones de estímulos que nos impiden ver lo que realmente somos, nos desvían de la misión para la que hemos venido aquí.

—Y tú viste esa pantalla mientras te debatías entre la vida y la muerte. Sufriste una especie de iluminación...

—Ya te he dicho que eres muy intuitiva.

—No me seas condescendiente. Debería ser yo quien te tratase como a un bebé.

—Tras la explosión —continúo—, nada se movía. Ni siquiera el viento se atrevía a pasar por allí. Por eso oí de forma tan clara aquella avalancha de voces en mi cabeza. Desafiaban el hermetismo del valle y me gritaban mil cosas al mismo tiempo.

—¿Como cuáles?

—Como que para lograr la plenitud no importa que la película de nuestra vida sea triste, alegre, bella o terrorífica. Fíjate en mi estado: no puedo mover ni las piernas ni los brazos y tengo la certeza de que me queda poco metraje, por lo que debería estar dando alaridos de angustia. Y sin embargo... ¿Te parece que estoy loco? A ratos pienso que sí, pero al mismo tiempo...

—Al mismo tiempo...

—Es como si tuviera el secreto de la paz y la felicidad.

Aurore mira de reojo un reloj que reposa en la mesa donde los médicos guardan sus expedientes.

—¿Cuál es ese secreto? —pregunta con la prudencia de una niña que se asoma al despacho de su padre, cargado de humo y misterio.

Londres, tres años antes

Como cada mañana, Claudia bajó con languidez por la escalera que conectaba el salón con los dormitorios del piso superior. Apoyó el trasero en el taburete del mostrador de la cocina sin llegar a encaramarse. Estaba claro que no tenía intención de probar bocado. Le había dado por decir que a esas horas no le entraba nada. Yo leía el periódico mientras se tostaba el pan.

Comenzó a dar golpecitos en el parquet con los zapatos reglamentarios del instituto.

Tup, tup, tup

—¿Qué tal has dormido? ¿Te quedaste estudiando?

La lluvia repiqueteaba en la lucera.

—Una chica de dieciséis ha aparecido muerta en un probador de All Saints.

Despegué la vista de un editorial político.

—¿Esa tienda que tiene máquinas de coser en el escaparate?

—Sí.

—No he oído nada en las noticias.

—Lo acabo de leer en internet.

—¿Cómo tienes el día? —pregunté de forma mecánica.

—Voy a coger el autobús —anunció mientras salía disparada.

—¡Espera! ¿Llevas algo para almorzar? ¿Quieres dinero? ¡Dame tres minutos y te llevo yo!

La puerta se cerró de golpe. Antes se coló un soplo frío.

Al poco, un timbre.

—¿Vuelves?

Eran las tostadas, que ya estaban listas.



23.45 h

—¿Cuál es el secreto? —repite Aurore.

Quiero contestar, pero las palabras se atrincheran en mi pecho. La misma sensación que cuando intento mover los dedos de las manos y ellos siguen ahí, roncando sobre la sábana. ¿Por qué le he dicho tan alegremente que conozco un secreto? ¡Porque existe! He de esforzarme en explicárselo. Siento que Aurore ha sido enviada del Más Allá para escucharme. Necesito cerrar este círculo que alguien comenzó a dibujar con tiza sobre la tierra de la montaña, encerrándonos en su interior.

—En realidad todo comenzó bastante antes del accidente, aunque entonces no era consciente de ello. Deja que te cuente lo que me ocurrió en una boda hindú al poco de llegar aquí.

—¿La que se celebró en esa pequeña aldea del valle, al otro lado de la colina?

Asiento.

—No aguantaba encerrado en el barracón y, al atardecer, di un paseo hasta la cima. Desde allí pude ver que había empezado la fiesta. Pensé que podía bajar para distraerme un rato, pero yo no había venido a Cachemira para pasarlo bien.

»Giré sobre mí mismo para regresar al campamento, pero me di de bruces con una niebla que, de repente, había ocultado por completo esta cara de la montaña. La única forma de no acabar yo mismo engullido por la nube era lanzarme ladera abajo hacia aquella aldea que derrochaba luces cimbreadas y ecos de fiesta. Era como si la niebla me empujase conscientemente hacia allí; como si me dijera: prueba a no mirar atrás, por una vez camina hacia delante, libérate del pasado.

»Traté de hacer oídos sordos. Necesitaba mi pasado para seguir sufriendo, tenía que convivir con él cada segundo de mi existencia: ésa era mi merecida condena. Pero las fauces de la niebla me daban miedo, percibía su aliento húmedo y frío... Y sin pensarlo más eché a correr hacia el valle.

»Cuando llegué, la gente me gritó: “¡Bienvenido al reino de los pétalos!” Y una muchedumbre compuesta por bailarinas, mendigos, comerciantes y faquires me invitó a cruzar el portón de la muralla exterior de la aldea mientras, desde las almenas, un hombre ciego con un cesto de flores arrancaba los pétalos y los arrojaba sobre los invitados.

»Me sumergí en un laberinto de calles estrechas que olía a pistacho tostado y a melaza. Entre las casas se desperdigaban santuarios y pagodas. Desde la penumbra, las deidades de varios brazos observaban pasar a la comitiva. Las vigas que asomaban de las fachadas servían para amarrar las guirnaldas, entre las que se enredaban los melodías de las flautas. Los músicos armonizaban notas graves, tanto como la voz de un hombre adulto, con otras agudas como la voz de una mujer, parodiando una discusión marital que el público jaleaba con palmas. Me dejé llevar hasta la plaza central, acompañado del retumbar guerrero de unos tambores de barro.

—¿Y qué ocurrió? —me urge Aurore cuando paro a tomar aire, como una niña hechizada por un cuento infantil.

—Allí también caían pétalos. Los lanzaban desde la azotea de una de las casas. Miré hacia arriba, cerré los ojos y dejé que aquellas lágrimas rosas acariciasen mi cara antes de pasar a engrosar el manto mullido que cubría el suelo. Permanecí así unos segundos, ajeno a las bromas y los empujones. No recordaba la última vez que alguien me había acariciado...

Aurore lo hace sin dudar. Desliza su mano con delicadeza.

Su mano en mi pelo. Parece mentira que a dos kilómetros se sucedan los estallidos sin soles en el cielo de la noche.

—Entonces apareció la novia —retomo—. Iba ataviada con un sari morado con remates dorados que destellaban a la luz de las velas colocadas en la balaustrada. Llevaba las manos tatuadas de cúrcuma y henna. Su adolescencia disfrazada con un manto de calculada prestancia. El rostro iba cubierto con un velo que apartó un instante para regalar una sonrisa a sus hermanas. Cuando la gente comenzó a aplaudir, una anciana que permanecía arrodillada a su lado abrió una jaula de la que salieron cientos de mariposas. Confeti de pétalos y mariposas. Era fascinante. Pero aún había algo más.

—¡No te detengas!

—La novia era idéntica a mi hija.

Silencio.

—¿Qué hiciste entonces?

—Me quedé petrificado. Todo daba vueltas a mi alrededor: mujeres que portaban platos de porcelana llenos de comida; el padre de la novia, que bailaba llevando sobre sus pies a la más joven de sus hijas; el novio, con unos grandes zapatos acharolados y un mantón blanco sobre los hombros, preparado para depositar sobre la frente de su prometida el polvo rojo que la convertiría en una mujer casada.

»Comencé a gritar que era demasiado joven. La gente no entendía nada, debían de pensar que estaba borracho.

»—Es su momento —dijo alguien a mi lado.

»Me giré. Al principio no vi a nadie. Luego me di cuenta de que se trataba de un enano. Parecía salido de algún circo, por los pantalones bombachos y el ojo orlado de *khol*.

»—Quizá sea el momento que marca vuestra tradición —le reproché—, pero no por ello deja de ser demasiado joven.

»—¿Sabes cuál fue el sermón más breve que Buda dio a sus discípulos? —me preguntó entonces. Yo negué con la cabeza y él añadió—: Venid y mirad.

»Venid y mirad, tan sólo mirad. Me explicó que nos empeñamos en juzgarlo todo, y que esa actitud nos impide contemplar la verdad de las cosas. ¡Nuestra mente es muy traicionera!

»—Lo único que veo es un cuerpo de niña —insistí, aún confuso por lo que había ocurrido, convenciéndome poco a poco de que la novia no era tan parecida a mi hija como en un principio había creído.

»—¡Y el mío es demasiado pequeño! —refunfuñó el enano—. Somos seres espirituales obligados a acarrear cuerpos imperfectos. Para llegar a conocer el corazón de una persona debes evitar embelesarte por el color de sus pétalos.

Aurore asiente.

—Por eso eran ciegos los hombres que los lanzaban desde los tejados...

—Así es, sólo ellos eran capaces de deshojar las flores sin dejarse conmovir por sus preciosos colores. Según me confió el enano, una cosa es saber lo que hemos de hacer en la vida, y otra tener la clarividencia para sobreponernos a los venenos que nos impiden obrar con rectitud. Muchas veces es necesario cerrar los ojos y mirar con el corazón.

—¿Qué fue de aquel hombrecillo?

—Antes de desaparecer como había venido, me aseguró que cuando lograra arrancar mis propios pétalos me irían mejor las cosas. Entonces no lo comprendí. Ni siquiera le di las gracias.

—¿Por qué suponía que te iban mal?

—Tal vez adivinó que si había viajado hasta aquí era porque intentaba posponer otro viaje: el que, tarde o temprano, hemos de realizar hacia el interior de nosotros mismos.

Aurore hace una mueca. Hemos comenzado hablando de mí, pero sin duda presiente que la conversación va a hacer mella en su propia burbuja protectora.

—¿Por qué no podemos conformarnos sin más con la belleza de los pétalos? —pregunta al aire, quejumbrosa.

—La flor más bella puede ser la de peor aroma. —Ella sonríe—. ¿Qué ocurre?

—Me ha hecho gracia la frase lapidaria. Ahora dime que la viste escrita en la pantalla de cine.

Lo dice con ironía, pero de forma simpática. Yo suelto una breve carcajada, con mucho dolor y muchas ganas.

—Sí que es gracioso. Para tratarse de una pantalla blanca, tenía muchas cosas escritas.

En ese momento, otro de esos fuegos artificiales desbocados recorre el interior de mi cuerpo hasta estallar en mi cerebro. Trato de no exteriorizarlo, pero a Aurore no le pasa desapercibido.

—Descansa un poco. —De nuevo acaricia mi frente—. Volveré enseguida.



00.24 h

Me he quedado traspuesto unos minutos.

Cuando despierto, me cuesta comprender lo que ha ocurrido. Algo ha cambiado a mi alrededor...

¡La pared está poblada de pétalos!

Pétalos dibujados con pintura roja.

Los hay por todas partes, incluso alguno en el techo.

Giro la cabeza y veo a Aurore sentada en la otra camilla.

—Eres increíble —le digo, emocionado.

—Los del techo han sido más complicados, pero quería que pudieras verlos sin tener que inclinar la cabeza.

De repente recuerdo dónde estamos.

—¿Qué van a decir los mandos?

Se encoge de hombros y hace una mueca.

—Ahí fuera están matando a los chicos y tú... ¿A quién puede importarle la decoración de intensivos?

Me encantaría darle un abrazo.

—¿Dónde has conseguido la pintura?

Se pone en pie de golpe, como si acabase de recargar sus baterías. Recoge del suelo una caja de cartón y la coloca en el borde de mi camilla, donde antes había estado sentada.

—¿Nunca has visto los sprays de la unidad de topografía? Los usan para marcar referencias en la roca de la montaña.

Extrae uno de los aerosoles de la caja con una sonrisa que no le cabe en la cara. Está muy contenta con su ocurrencia.

—Así que te has convertido en una grafitera...

—No le digas a nadie que he robado esto.

—Mis labios están sellados.

—El problema es que hay pocos colores... Me habría gustado pintar pétalos rosas. Así los había imaginado.

—No creo que a los de topografía les vaya mucho el rosa.

—Bueno, rojos también están bien.

—Están mejor que bien.

Pierdo la mirada en la lluvia de pétalos. Me siento envuelto por el confeti mágico de la boda. Incluso noto su aroma dulzón, venido para engullir sin piedad el olor de las medicinas.

Londres

La lluvia salpicaba con violencia la ventanilla del taxi. Con ese tráfico, tardaría bastante más de lo esperado en llegar a la reunión. Desde que comencé a trabajar como consultor para HSBC tenía la sensación de ir corriendo a todas partes. La gente salía disparada de los comercios de Chelsea, convertidos en improvisados refugios, y cruzaba por cualquier parte. Contagiado por el caos, mi teléfono vociferó en el bolsillo interior de la chaqueta del traje. Llevaba enfundado el abrigo, tenía la tablet encendida sobre las rodillas y, con los tobillos, apretaba mi maletín para mantenerlo erguido y poder meter y sacar los documentos que iba consultando durante el trayecto. Estiré el codo hacia arriba buscando ángulo para introducir la mano entre la ropa, pero al estar sentado sobre el abrigo apenas tenía movilidad. Aquel tono de llamada me estaba taladrando la cabeza; debería haberlo cambiado por otro más suave, pero no quería arriesgarme a no oírlo en ambientes ruidosos. La tablet se deslizó por mis piernas y estuvo a punto de caer al suelo. La cogí al vuelo al tiempo que con la otra mano tocaba el móvil, estirando los dedos índice y corazón.

«Claudia»

Me extrañó ver el nombre de mi hija en la pantalla. A aquella hora tendría que estar en mitad de una clase.

—¿Ocurre algo? —le urgí.

—¿Es el padre de Claudia Sandman?

Una voz de hombre.

—¿Quién es usted? —exclamé nervioso.

—Tranquícese. Le habla la policía.

—¿Cómo que me tranquilice? ¿Qué le ha pasado a mi hija?

—Hemos encontrado un terminal de móvil y usted figura como titular del número de emergencia. Se trata de una acción rutinaria dentro del vigente protocolo de seguridad.

—¿Dónde está ella? ¿Dónde han encontrado su móvil?

El taxi frenó de golpe para no atropellar a un motorista que había derrapado en un enorme charco. El maletín se volcó, esparciendo por el suelo párrafos subrayados en amarillo y hojas de cálculo.

«Ya le dije que se pusiera el cinturón», exclamó la voz metálica del conductor a través del intercomunicador.



00.29 h

Contemplamos los pétalos del techo como si fueran las pinturas de la Capilla Sixtina.

—Parece cosa de magia —murmuro.

Aurore se vuelve despacio.

—Perdona, estaba abstraída.

—Decía que al verlos ahí dibujados... Es como cuando escribimos las cosas en un papel. Ayuda a organizar nuestras ideas.

—No te pega llevar un diario.

—Nunca lo he hecho, pero tiene que ser una buena medicina. Mucho mejor que un cargamento de Prozac.

—Cuando era adolescente me parecía algo cursi.

—Y a mí. Pero el cerebro es un hervidero en el que resulta difícil diferenciar las palabras que surgen del alma de las que están adulteradas por nuestro caos mental. Creo que si hubiera narrado en una libreta todos los sentimientos contradictorios que me generaba el día a día con mi hija, si me hubiera atrevido a describir la angustia de no tener a su madre a mi lado ayudándome a educarla, habría detectado el problema y encontrado una solución a tiempo.

El repentino silencio denota que quiere saber más cosas de Claudia, pero en lugar de preguntarme por ella dice:

—Quizá tengas razón y el bolígrafo sea una especie de varita mágica.

—Como si la tinta fluyese directamente del alma.

—Entonces, si no escribimos las cosas más a menudo tal vez sea por miedo a leerlas después.

—¡Seguro que es por eso! Lo bueno de leer nuestra vida como si se tratase de una novela es que las correcciones sólo dependen de uno mismo. Se trata de tener coraje, tanto para conocer tu realidad como para enfrentarte a ella.

—¿Y también para cambiarla?

—Si es necesario...

—Siempre que sea posible. No siempre depende de nosotros el cambiar las cosas.

—Te aseguro que, visto desde donde yo estoy, todo es más simple de lo que nos empeñamos en creer.

—Deberíamos hacer caso al enano de los bombachos y arrancar nuestros pétalos.

—Queda mucha pared libre. Podríamos utilizarla para escribir nuestro propio diario con esos sprays.

—Ya...

Se muestra repentinamente decaída. El fluorescente la acompaña con una pérdida momentánea de intensidad.

—¿Qué ocurre?

—Que sería un diario muy breve.

—Aurore...

Se levanta nerviosa y da unos pasos. Se rasca de forma mecánica el tatuaje de la muñeca. Intenta recoger el pelo del flequillo con la coleta, pero es demasiado corto.

—¿De dónde sacas esa energía? —pregunta, elevando la voz—. ¿Cómo puedes estar así sabiendo que...?

—¿Sabiendo que la vida es un instante robado a la muerte? Por eso estamos obligados a devolverla. Y por eso estoy tratando de volcar toda mi energía en cada minuto. ¿Tienes idea del privilegio que es pasar un solo minuto contigo?

Sólo alcanzo a verla en escorzo.

—Apenas me conoces —le oigo decir.

—Si tememos a la muerte es porque consideramos la vida una posesión, como el oro o un campo de cultivo de girasoles.

Se acerca alicaída a mi camilla.

—Me gustaría estar en un campo de girasoles...

—Yo me encuentro bien aquí.

—No quería ofenderte.

Quiere decir algo, pero amaga la frase dos veces.

—¿Por qué no escribes algo sobre ti en nuestro diario? —la animo, confiando en que se lance.

—Mi madre decía que Dios me había dado dos orejas para escuchar y una boca para callar.

—Y Buda, que cuando no tengas nada importante que decir, guardes el noble silencio. Me lo contó el monje que solía venir a por comida para el monasterio tibetano. Pero intuyo que tú tienes muchas cosas importantes que decir.

—Ni siquiera te imaginas lo aburrida que es mi historia. Pero por suerte ahora estoy en el *para... para... paradise* —entona, rescatando a tiempo su sonrisa.

Un pequeño paraíso construido a medida de los dos, en el que sólo cabe este instante, lo único verdadero.

Me dispongo a contarle algo que me viene a la cabeza, pero ella se anticipa con una pregunta:

—¿Lo has dicho en serio?

—¿A qué te refieres?

—A lo de que te encuentras bien aquí.

—Desde luego.

—¿Y no preferirías estar en un precioso campo de girasoles?

—A esta hora estarían todos cabizbajos, esperando el amanecer.

—¿Y lo de que es un privilegio estar conmigo?

Iba a contestar que, como le dije al conocerla, ella es mi segunda gran aurora, después del sol que comenzó a brillar en mitad de la noche tras el atentado. Pero veo que nada más formular su pregunta ya se está arrepintiendo. Demasiado íntima, aunque se trate de un juego verbal. Está acostumbrada a tratar con moribundos y sabe que no debe cruzar determinadas fronteras. Las enfermerías son campos de minas que hacen estallar emociones confundidas.

Se agacha a toda prisa y comienza a rebuscar de forma automática en la caja de los aerosoles. Los tubos chocan entre sí produciendo ruido de cacharros. Se incorpora y me muestra uno de color verde con los ojos muy abiertos, como si hubiera descubierto un tesoro oculto.

—¿Qué podría dibujar con éste?

Y lo agita con fuerza, haciendo claquetear la válvula interior.



00.33 h

Permanecemos quietos unos segundos. Vaya una estampa: yo tumbado, con unas ganas locas de conocerla mejor; ella firme, con su aerosol erguido a modo de escudo.

—¿Llegaste a conocer al camionero que hacía viajes desde la capital con el volquete blanco? —le pregunto por fin, haciendo un quiebro.

—Sé a quién te refieres, pero nunca hablé con él.

Arroja el spray a la caja. Ha pasado el peligro y no necesita armamento especial.

—Casi nadie lo hacía. Él mismo afirmaba que pasaba por la vida como el hombre invisible.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo contó en la cabina del camión, un día que le acompañé a la capital.

—¿Te fuiste a recorrer la línea sin escolta? Está claro que te iba la marcha.

Al menos he conseguido que vuelva a charlar conmigo con espontaneidad. Incluso se acomoda. Me siento la persona más afortunada del mundo. ¿Por qué sigue aquí? Quizá sea verdad que ambos estamos cerrando ese círculo de tiza.

—Nos detuvimos a mitad de la cuesta que llega hasta el estadio de Srinagar —le cuento—. A un lado de la carretera había un grupo de casas de adobe entrelazadas por una enmarañada red de cableado. Me dijo que allí vivía su abuela, y que quería entregarle un melón que había comprado para ella en el mercado.

»—Pronto morirá —me explicó—. Si quieres conocerla puedes entrar conmigo.

»Tuve que agacharme para cruzar la portezuela. Sentí cómo la oscuridad me abrazaba, fría como una mala noticia. Los ojos se habituaron a la tenue luz de una vela erguida en el suelo sobre su propia cera derretida y, al fondo, distinguí la figura de la anciana. Estaba recostada en una estera. El camionero la besó, le mostró la pieza de fruta y se sentó a su lado. Yo hice lo mismo.

»—¿Quieres una taza de té? —me preguntó ella—. Está riquísimo. No sé de dónde saca mi nieto esta menta. Su hoja es rugosa, pero su aroma inunda tu boca como un beso.

»Dio un primer sorbo y permaneció unos segundos degustándolo con los ojos cerrados, exhibiendo una expresión de profunda felicidad a pesar de que su rostro enfermo se marchitaba como las hojas sumergidas en el agua hirviendo.

»Debió de intuir lo que estaba pensando, porque me dijo que, a pesar de haber nacido en unas montañas que te retaban sin descanso, había aprendido a disfrutar de cada instante.

De cada instante...

—Cuando le pregunté cómo lo lograba, me contó una historia que le ocurrió a uno de sus antepasados y que los miembros de su familia habían transmitido de generación en generación.

—Cuéntamela —me pide Aurore, a sabiendas de que voy a hacerlo.

—Una mañana brumosa —comienzo—, aquel hombre regresaba a su cabaña tras pasar el día con su rebaño de yaks por las tierras altas de la región. Cuando estaba a punto de llegar, el viento trajo un inquietante jadeo. El pastor se detuvo y no tardó en aparecer un enorme oso azul del Himalaya que se acercaba a grandes saltos.

»Corrió tan rápido como pudo hasta que un barranco le cortó el paso. Miró atrás y, viendo que tenía encima a la fiera, no dudó en descender por la liana de un enorme mangostino que crecía en el borde. Por un momento se sintió a salvo, pero a mitad de camino se dio cuenta de que, abajo, otro oso azul temblaba ansioso y le mostraba los colmillos.

—¡Otro oso! —exclama Aurore.

Me encanta cuando se deja llevar sin ningún rubor. Me recuerda a mi hija, que de pequeña era una payasa. A pesar de que había visto cien veces algunas películas de Walt Disney, ante determinadas escenas seguía poniendo cara de asombro.

—Y aún hay más: mientras el pastor estaba detenido sin saber qué hacer, uno de esos conejos cachemires que parecen de peluche, con el hocico y las orejas negras, se asomó desde su madriguera y comenzó a roer la liana.

—Nooo...

—Imagina la situación. Pero justo entonces vio, brotando de la liana, un pequeño fruto del mangostino. Púrpura y brillante, señal de que estaba maduro. Sin pensarlo dos veces, lo arrancó y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos, palpó su textura y degustó su sabor. En su paladar estallaron matices dulces como la miel y otros agrios, y aquella mezcla le provocó un estado de gozo que nunca había experimentado. «¡Qué felicidad!», exclamó entonces...

¡Qué felicidad!

Durante unos segundos ninguno decimos nada.

—Recuerdo que cuando terminó de contarme la historia, la señora respiró complacida. El camionero la contemplaba con devoción mientras limpiaba para ella el melón sobre un papel de periódico que había extendido para no manchar la estera. Me gustaría volver a ver a ese hombre...

—Ahora estás aquí —susurra Aurore.

—Eso es, y no volveré a permitir que los osos del pasado y del futuro me impidan vivir el ahora con plenitud. El ahora, lo único verdadero. Como este instante contigo.

El ahora.

Aurore resopla.

—No es fácil encontrar cosas nuevas que te hagan disfrutar del ahora —argumenta—. No siempre disponemos de un fruto de mangostino tan explosivo, ni de un té tan dulce como un beso.

—No creo que sea necesario.

—¿No lo es?

—Bajo la luz de ese sol que brillaba en mitad de la noche me siento capaz de mirar la vida como si cada vez fuera la primera. Cada sorbo de té es diferente al anterior. Y aunque fuera exactamente igual, sería yo el que habría cambiado. Además, no hablo de disfrutar el momento de forma hedonista, sino de aprovecharlo para obrar sin ataduras, exprimiendo la libertad que nos brinda nuestra condición humana.

Se pone en pie de improviso.

—Voy por un par de tazas.

—¿Vas a traerme un té? No creo que con la hemorragia pueda tomarlo...

—¡Puedes olerlo!

Se marcha acompasando sus pisadas con el ritmo de una nostálgica balada que comienza a sonar en mi cabeza.

Es cierto, a este momento sólo le faltaba un poco de música. Alguien sube el volumen lentamente. Hacía tiempo que no la escuchaba...

Londres

Llevaba un rato indeciso en la terraza, con una cerveza a medio beber en la mano. En la acera de enfrente burbujeaba un grupo recién salido de Christie's. Creí recordar, por haberlo visto de refilón al pasar, que subastaban una partida de lámparas art déco. La dulce voz de Adele se deslizaba desde el salón por el hueco de la puerta entreabierta. Diva y plebeya a la vez, con sólo tres estrofas convencía al público del Albert Hall de que no debían lamentar un amor no correspondido.

Estaba estresado, mi estado natural en esa época. Pensé en salir a cenar fuera para distraerme. Era viernes, el mejor día de la semana para bajar a los pequeños locales de vino y queso que habían florecido por South Kensington. Saqué el móvil y repasé el listado de contactos. Contemplé varias alternativas, pero una especie de congoja me impedía marcar. La misma que me impedía terminar la cerveza.

De súbito comprendí que si seguía apoyado en la helada barandilla de hierro era porque confiaba en sorprender a Claudia despidiéndose de algún amigo secreto que la acompañase a casa. Quizá así obtuviera una pista sobre la vida que llevaba. Su extraño comportamiento de los últimos meses tenía que deberse a eso, a alguna mala influencia.

Nunca había sido una niña convencional, debido sobre todo a su inusual inteligencia. A veces me preguntaba si su actitud cambiante —del comportamiento modélico a la rebeldía, y una acusada tendencia a evadirse en mundos paralelos sacados de los libros que devoraba de forma compulsiva— no sería un mecanismo de autodefensa, construido al no verse capaz de asimilar la tragedia que rodeó su nacimiento. Estaba repleta de inquietudes, muchas más de las que correspondían a sus dieciséis años y al momento de apatía social que le tocaba vivir. Últimamente, siempre llevaba encima una cámara réflex que también grababa vídeo. Me di cuenta de que no me había enseñado ni una mísera fotografía.

Ya nunca compartíamos nada, ni siquiera cuando nos encontrábamos en la misma habitación. De niña le bastaba arrugar la nariz para hacerme partícipe de sus preocupaciones. Ahora era yo quien estaba preocupado por el progresivo desplome de nuestro sueño.

Antes soñábamos juntos a menudo.

Sobre todo cuando comenzó a leer novelas juveniles. Fue una época emocionante. Aprovechaba cada minuto para sumergirse en aquellas historias, de las que yo también formaba parte.

Sobre el sofá, frente al televisor encendido sin volumen, una noche prometimos respetarnos como dos caballeros de la mesa redonda. Cada uno galoparía rumbo a su destino, pero siempre acudiríamos a la llamada del otro para luchar espalda con espalda contra la adversidad.

Pero eso fue hace mucho tiempo.

Lo peor de todo era que no podía decírselo. No quería que supiese que su caballero estaba cansado de librar mil batallas, tanto que ni siquiera era capaz de mantenerse sobre la montura.

Guardé el móvil en el bolsillo del pantalón y pensé en el de Claudia que me había entregado la policía. Lo encontraron en una apartada estación de metro, al final de la línea verde. No dejaba de preguntarme cómo habría llegado hasta allí.

¿Cómo?

¿Cómo?



00.58 h

—Ya estamos aquí —anuncia Aurore mientras invade la estancia con esa energía que, si la dejasen fluir de golpe, produciría electricidad suficiente como para iluminar toda la región de Cachemira.

¿Por qué ha dicho «estamos»?

Se planta a los pies de mi camilla y extiende las palmas hacia un lado, invitando a su acompañante a entrar en escena.

—Buenas noches —saluda éste, cordial.

Es el cocinero del campo, un musulmán procedente de Islamabad, de corta estatura y estirado bigote. Acerca una mesita auxiliar con una mano mientras con la otra sostiene la bandeja con la tetera metálica y los vasos de cristal.

—Sólo son unas pocas hojas en agua hirviendo —se justifica—, pero a tu enfermera le apetecía menta, menta, menta. Podría haber preparado una infusión de frutos secos capaz de levantar a un muerto... Con perdón.

Comienza a servir. El vapor impregna los pétalos pintados en la pared, que aún adquieren más vida. Se vuelve hacia ellos y los contempla con extrañeza.

—Estábamos contando cuentos —me adelanto a explicar.

—¿De Nasrudín?

—¿Quién es Nasrudín? —pregunta Aurore.

—El rey de los cuentos —responde orgulloso el cocinero—. Un maestro de la tradición musulmana.

—¿Eres sufí? —deduzco.

—¡Si llevase una tupida barba no lo dudarías, pero la higiene prima en mi cocina!

Sirve el té con maestría, levantando la tetera y vertiendo un chorro largo que se pierde en las profundidades del vaso.

—Huele bien...

Inspiro con fuerza para que el aroma caliente inunde mis fosas nasales y, a través de ellas, el resto de mi cuerpo inerte.

El cocinero coge el vaso, sujetándolo por la base y el canto para no quemarse, y me lo ofrece.

—Lo siento, pero no puedo beber, ni utilizar los brazos.

Se vuelve raudo hacia Aurore, abroncándola por no haberle puesto en antecedentes. Deja el vaso con cuidado en la bandeja, apoya su mano en mi hombro y me dice con aire paternal:

—Ten paciencia. En el ser humano hay un trozo de carne que, si está sano, vuelve sano el resto; y si está corrupto, también corrompe el resto. Me refiero al corazón.

—En mi caso no sé si será posible reparar tanta carne corrupta.

—Tu corazón goza de muy buena salud —sale al paso Aurore—. Así que todo es posible. —Se agacha para colocar bien la sábana que me cubre, en lo que parece un acto reflejo—. No como el mío —murmura mientras lleva a cabo la labor.

—¿Por qué has dicho eso?

—¿A qué te refieres? —pregunta, haciéndose la sorprendida. De inmediato corrige el gesto, se incorpora y confiesa—: ¿Quién no tiene el corazón roto hoy en día?

¡Por fin se ha decidido a soltarlo!

—Tú también llegaste aquí buscando refugio... Vaya un sitio que escogimos.

—Cuando pierdes la fe en las personas que amas... o peor aún, en ti mismo, también pierdes el sentido de la orientación.

—Ya que no lo plasmaste en un diario, podrías contármelo ahora.

—Te he dicho hace un rato que no es una historia entretenida.

—¿Por qué no pruebas?

Se gira de improviso hacia el cocinero y eleva la voz, dejando claro que quiere cortar por lo sano la conversación:

—¿Cómo puedes tener la seguridad de que tu fe es la auténtica?

El cocinero me mira como si precisase mi beneplácito para contestar. Comienza a sentirse un extraño en este islote habitado por dos naufragos.

—Varios dioses se disputan esta apretujada región —continúa Aurore—. Tú eres musulmán, como muchos de los que vivís aquí, las montañas son indias y sobre sus laderas se yerguen monasterios budistas de exiliados tibetanos. Dime, ¿cómo puedes saber que no vuelcas tu fe en la dirección equivocada?

—Todos perseguimos lo mismo: la felicidad —declara el cocinero—. Y la única forma de conseguirla es pulir nuestro corazón. Da igual la bayeta que utilicemos. Lo importante es frotar con energía, hasta que brille como un diamante.

Levanta la esquina de un trapo que lleva anudado al cinto, lo acerca cuanto puede al pecho y hace como que frota.

—Por muy buena persona que yo quiera ser —le desengaña Aurore—, si todo lo demás falla a mi alrededor...

El cocinero arquea las cejas y toma aire para replicar, pero en el último momento se arrepiente. En cuanto cruza su mirada con la mía, le hago un gesto incitándole a seguir y él se lanza en un torrente de palabras:

—No se trata de convertirte en mejor persona para tu propia satisfacción. Con eso sólo estarías alimentando tu ego. Si hemos de dedicarnos a pulir nuestro corazón es para que refleje la luz divina. Dios está ahí, desde el principio de los tiempos, esperando a que nos hagamos merecedores de Él.

—La vela no se prendió para iluminarse a sí misma —se me ocurre decir.

El cocinero asiente complacido. No esperaba esta nueva versión del tipo de los bigotes... Aunque lo que menos esperaba es esta nueva versión de mí mismo. No sé si mi corazón brillará mucho o poco, pero lo noto como si hubiera arrojado en su interior una pastilla de vitamina C efervescente.

—Hablar sobre tu propia vida puede ser una buena forma de detectar qué partes del corazón necesitamos pulir —añado.

—¿Te refieres a remover el pasado? —se altera Aurore.

De inmediato lamento haber insistido. No quiero obligarla a atravesar ninguna barrera.

El aroma del té de menta sigue adueñándose de cada rincón. Ella se sienta al borde de mi camilla. Aunque no puedo sentir el roce de su cuerpo, disfruto sabiendo que sólo nos separa la fina sábana.

—Yo también descendí a los infiernos —le digo con toda la ternura que es capaz de sobrevivir en mi voz tras surcar el cañón de arcilla en el que se ha convertido mi garganta.

—No hay que preocuparse por eso —completa el cocinero—. Como dijo un maestro sufi: «Conocí el bien y el mal, el pecado y la virtud, la honradez y la infamia; juzgué y fui juzgado; pasé por el nacimiento y la muerte, por la alegría y el dolor, por el cielo y el infierno... y al final reconocí que yo estoy en todo, y que todo está en mí.»

Sus palabras se acomodan en la camilla vacía.

Yo estoy en todo,

y todo está en mí.

—¿Y cómo regresa uno del infierno? —me pregunta Aurore.

—Podría decir que aquel sol que brillaba en el cielo de la noche me marcó el camino.

—Ya...

Me gustaría hablarle más sobre ese potente foco, pero cuando pienso en ello me invade cierta desazón. Estoy en calma, pero al mismo tiempo me siento desamparado, arrojado de vuelta a un mundo que, si supiera lo que pasa por mi cabeza, me tomaría por loco.

Como si adivinase mis titubeos, Aurore apoya su mano en mi pierna con delicadeza. ¡Qué bonito sería notar su presión!

Me contento con poder ver esta imagen. Es mi fruto de mangostino, tan agrio y tan dulce.

—Si queréis puedo prepararos un poco de arroz —propone el cocinero.

Bajo el silbar de las balas cercanas, su ofrecimiento adquiere un tono épico.

—David no puede comer —rehúsa Aurore—, pero gracias.

—¿Y qué hay de ti?

—Ya me acercaré más tarde a la cocina.

El sufí deja el vaso en la bandeja y se dispone a salir. Me doy cuenta de que ni siquiera ha terminado su infusión.

—Apuesto a que Nasrudín tendría un cuento para este momento —le digo con intención.

Parece debatirse durante unos segundos, pero no se resiste.

—Nasrudín tenía cuentos para todo.



01.07 h

Se detiene a pensar.

—Hay uno que me viene a la cabeza; y además no es muy largo...

—Mejor —digo—, así al menos sé que no me perderé el final.

—Ese humor negro... —me regaña Aurore.

El cocinero pide atención con las manos y comienza:

—Cuando Dios creó al hombre, decidió someterlo a una prueba para comprobar si era merecedor de su luz. Y pensó que sería buena idea esconder la llave de la felicidad en el lugar más inaccesible. El día en que el hombre estuviera preparado y la encontrase, sus rayos iluminarían por fin el sendero que conduce hasta Él. Comenzó a dar vueltas a la cabeza, preguntándose dónde podría guardar la llave para que al hombre le resultase realmente difícil dar con ella.

»Primero se le ocurrió introducirla en un bloque de hielo de la cima del Everest. Pero había dotado al hombre de una gran fortaleza y supuso que, en cuanto se lo propusiera, combatiría el mal de altura y lograría escalarlo.

»Después barajó la posibilidad de ocultarla bajo un alga de las fosas abisales, custodiada por una legión de pulpos transparentes. Pero había dotado al hombre de una enorme curiosidad y sabía que, cuando hubiera escudriñado todos los rincones en la superficie de la Tierra, se lanzaría a explorar las profundidades del mar.

»También pensó en depositarla en el cráter de un asteroide condenado a vagabundear entre nebulosas lejanas. Pero recordó que había dotado al hombre de una gran inteligencia, y pronto diseñaría un telescopio lo suficientemente potente como para divisarla.

»Por fin, cuando se le terminaban las opciones, decidió esconderla en el propio corazón de su creación. ¡Qué buena idea! Sabía que el hombre estaría tan obsesionado buscando la felicidad fuera, que sólo cuando alcanzase un altísimo nivel de preparación miraría dentro de sí.

El cocinero paladea el regusto de su cuento como si probase un caldo de gallina.

—Es una historia ideal para seres perdidos —apunto.

—¿Lo dices por mi falta de orientación? —pregunta Aurore, un tanto cáustica.

—Pensaba en mí mismo. He pasado muchos años buscando respuestas en los lugares equivocados.

Retorna el eco de los disparos. El intercambio de fuego se prolonga durante casi un minuto. Se suceden los gritos por el campamento. Un camión cruza el patio y pasa a toda velocidad al otro lado de la pared.

—Apúntate al siguiente turno de evacuación y vuelve con tu familia —le sugiero al cocinero.

—Les echo muchísimo de menos, pero ¿quién se ocuparía entonces de mi cocina?

Acuden a mi cabeza los músicos del *Titanic*, inundando la noche de melodías de violín mientras el barco se hundía en el agua gélida.

El sufí se dirige hacia uno de los aparatos médicos, se agacha y, dando un tirón, despega del suelo un pedazo de cinta americana de la que se usa para evitar que se desperdigen los cables.

¿Qué va a hacer con ella?

Desanuda con parsimonia la bayeta que lleva colgada del cinto y va hacia la pared.

Se estira de puntillas y la coloca lo más alto que puede sobre el grafiti de pétalos de Aurore, sujetándola por una esquina con la cinta adhesiva.

¡Artista!

Da un par de pasos hacia atrás para examinar su obra con perspectiva.

Los tres contemplamos el trapo. Cuelga como un afligido estandarte que espera ser ondeado por un héroe legendario.

Cualquiera de nosotros puede ser ese héroe.

Londres

Claudia regresó a casa sola. Cuando le pregunté acerca del móvil, se defendió alegando que alguien se lo habría robado al entrar al instituto, y que esa misma persona lo habría perdido después.

—¿Y cuándo pensabas darlo de baja? —le reprendí.

Subió a su cuarto sin contestar ni esperar mi conformidad con su escueta versión de lo ocurrido y se encerró dando un portazo.

Se había hecho demasiado tarde para salir a cenar. Conecté el ordenador. Tenía que hacer una transferencia a la cuenta del gimnasio al que Claudia acudía a nadar —¿cuánto tiempo hacía que no la veía con la toalla?— y necesitaba su número de carnet. Su mochila estaba en la entrada. Como no me apetecía oír sus gruñidos, yo mismo la abrí e introduje la mano.

Fue entonces cuando encontré aquella tableta de pastillas. No iban acompañadas de ningún prospecto, ni figuraba la marca en el aluminio.

Pensé en llamar a la asistenta. Después de varios años ocupándose de mi casa era como de la familia. Aparte de la limpieza, dejaba en la nevera delicias gastronómicas al estilo de Filipinas y más de una vez me había servido de consejera. Me convencí de que, en aquella ocasión, resultaba absurdo meterla en medio. Claudia ya no era una niña...

Ése era el problema.

Subí a su habitación. Sabía cuál iba a ser su primera reacción: ¡dos interrogatorios en una sola noche! Estaba cerrada por dentro, con la música a un volumen atronador. Desde que se indignó con todo orden establecido escuchaba bandas pop-folk que, de haberse dedicado al cine, filmarían arte y ensayo, con pianolas de juguete y voces que lloraban cada palabra. Pero la letra que se filtraba amortiguada por los poros de la madera se pasaba de la raya:

*Sombras, temblor,
desierto amor.
Vientos barren mi corazón.
Feliz infierno.
Si arde mi pasión,
lejos de ti, donde el mundo acabó...*

Comencé a obsesionarme. ¿Qué hacía Claudia escuchando aquellos acordes presuicidas? Era una versión de una pavana del siglo xvi que se consideraba la canción más triste jamás compuesta. ¿Por qué en las últimas semanas no dejaba de ponerla una y

otra vez? Cada verso me atizaba como el látigo de un verdugo. Imaginé a mi hija entre sombras, temblando, feliz de arder en el infierno, considerando que en este mundo no le quedaba nada...

Apreté la tableta de las pastillas y, con el mismo puño, aticé un fuerte golpe en la puerta.

Aquello debió de pillarla desprevenida. Apagó la música.

La madera muda.

Antes de que se decidiera a abrir, bajé bufando y salí a la calle. Hacía mucho frío. Di unas cuantas vueltas sobre mí mismo. ¿Qué nos estaba pasando? Entré de nuevo y subí los escalones de tres en tres.

Abrió sin esperar a que volviera a llamar y vio las pastillas en mi mano.

—Son para ir al baño —dijo en voz baja.



01.20 h

De nuevo solos en nuestra burbuja.

En un silencio semejante, incluso el chisporroteo del fluorescente llega a resultar ruidoso.

—¿Seguro que no quieres ir a comer algo? —le sugiero.

—Se-gu-ro —contesta, remarcando cada sílaba con aire fatigoso.

Levanta la vista para comprobar el estado de mi gotero y se estampa en su cara un gesto de apuro. Se dispone a cambiar la botella mientras masculla reproches a sí misma por haberse despistado de su cometido.

—A ver qué líquido cuelgas ahí arriba —le digo—. No irás a emborracharme para aprovecharte de mí.

—No te creas tan irresistible.

—¡Oh!

—¿Qué ocurre?

Pongo cara de agravio.

—No sé si podré superar semejante desprecio.

—Eres tonto.

—Y ahora me insultas... ¡Bien! Un paso adelante en nuestra relación.

Más relajada, se vuelve hacia la pared.

—El grafiti se ha convertido en un collage.

Ambos nos anclamos a la bayeta, como si el simple hecho de mirarla ya equivaliera a la acción de frotar y frotar.

No es sólo un trapo.

Tiene vida. Como los pétalos que, inspirados por el olor de la menta, me invitan a aprovechar este instante para embarcarme en una aventura única. «Viaje a la esencia de las cosas», podría llamarse el libro que narrase esta expedición más profunda y apasionante que un viaje al centro de la Tierra. Ahora sé que no caminaría a ciegas, porque mi corazón es capaz de reflejar la luz necesaria para guiarme por la más dolorosa oscuridad. Lo ha dicho el cocinero, y yo le creo.

«Aurore —pienso—, quiero darte la mano y partir juntos en esta aventura.»

¿Qué me lo impide?

Cierro los ojos.

«¿Lo ves? Ya estoy levantando el brazo, ya entrelazamos los dedos...»

Pasa la página de mi historial médico. El ruido del papel arrugándose me saca de mi ensoñación.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—En el cielo.

—Ahora estoy hablando muy en serio. He de saberlo para decidir si he de subirte las dosis.

—No me pongas sedante, por favor. Promete que no lo harás.

Lo valora durante unos segundos eternos. Resopla.

—Está bien.

—Gracias.

—No me las des. Si te sientes en el cielo, ¿para qué estropeártelo?

—¿Sabes lo que cuentan por aquí acerca del infierno y el cielo? Dicen que el infierno es una enorme montaña de arroz recién hervido, por cuyas faldas vaga una multitud en constante sufrimiento. Les han sido entregados unos palillos más largos que sus brazos y no encuentran una postura adecuada para llevarse los granos a la boca.

—¿Y el cielo?

—El cielo es una enorme montaña de arroz recién hervido, por cuyas faldas vaga una multitud feliz. Los palillos que les han sido entregados también son más largos que sus brazos, pero han comprendido que su fin es alimentarse unos a otros.

Tras uno de esos instantes en los que la rotación de la Tierra parece haberse detenido, las pisadas rítmicas de un grupo de soldados que pasan al otro lado de la pared reavivan el segundero del reloj. Sus voces se oyen lejanas, tamizadas por una sordina de trompeta.

—Me parece oler el arroz —dice ella, lanzando el historial médico sobre la mesa y dejándose caer en la camilla contigua.

—Estamos en nuestro cielo.

—¿Tú crees? Guerra, sangre, oscuridad...

—Latidos, pétalos, respirar el mismo aire... Depende de nosotros que el paraíso deje de ser un sueño.

Apenas he terminado de decirlo cuando siento una sacudida.

Esos pinchazos en la sien,

una alarma que me advierte de que

se acaba todo.

Londres

Claudia estaba sentada en el alféizar de la ventana. Sujetaba las piernas con ambos brazos y el auricular del teléfono con el cuello. Al otro lado se encontraba Kelly, a juzgar por el rato que llevaba hablando con la misma voz indolente. Era su mejor amiga. Nacida en Laos, fue adoptada por una familia londinense cuando todavía era un bebé. Claudia se encontraba a gusto a su lado. Le sublevaban las manifestaciones xenófobas que habían aflorado en algunos barrios desde los atentados, y disfrutaba relacionándose con cualquiera que, por un motivo u otro, fuera diferente al resto. Con Kelly, además, compartía un pasado complejo.

La contemplé durante unos segundos. El pelo por la cara, el pecho hundido. Cada día estaba más delgada. Era como si quisiera emular a las modelos andróginas de Karl Lagerfeld.

—No te pareces en nada a tu madre —le dije, sin intención de criticarla.

Se giró un instante, lo justo para clavarme los ojos a través de la cabellera lacia, como el fantasma resentido de una película japonesa de terror. Pensé que últimamente encontraba pelo suyo por todas partes. Necesitaba vitaminas.

—Ahora te llamo —se disculpó con su interlocutora, y colgó con parsimonia—. ¿Por qué hablas de mamá como si estuviera viva?

—No quiero olvidarla.

—Te iría mejor si lo hicieras.

—No es por mí —le expliqué tratando de no enfadarme—. Intento mantenerla presente en nuestras vidas.

Dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Olvidas que fui yo quien la mató.

Cuando decía ese tipo de cosas se me partía el alma. No lo hacía por maldad; eran arrebatos que me recordaban cuánto había sufrido y me dejaban sin respuestas. Sólo acertaba a reprenderla:

—No te permito que hables así. Tu madre querría que estuvieras bien.

—Deberías dejar de pensar en lo que quiere ella y preocuparte más de los vivos —espetó.

Sin respuestas. Sólo recurrentes preguntas:

¿Quién se atreve a afirmar que seguimos vivos tras padecer una pena semejante?



01.35 h

Los pinchazos remiten pero persiste una desagradable sensación. Es como si un torturador me estuviera llenando el cráneo de *piercings*.

Aurore coge mi vaso con cuidado, comprueba que no está demasiado caliente, introduce las yemas de sus dedos índice y corazón y las acerca a mis labios.

Las beso, más que lamerlas. Me siento como el hombre que colgaba de la liana en el barranco. No existen osos azules del Himalaya, ni feroces conejos de peluche.

Sólo este instante. Comprendo que no se trata tanto de gozarlo de forma lúdica, sino de ser consciente de que es el único verdadero. No hay pasado. En este momento soy todo lo que he vivido, todas las personas que he amado. Lo soy ahora. Tampoco hay mañana.

Una gota de té resbala por mi barbilla. La seca con los dedos. Sus yemas me hablan.

Parece estar tocando un arpa.

Quiero decirle algo, pero siento otra terrible sacudida. Alguien está hinchando mi cerebro con una bomba de bicicleta. No sé cuántos ataques como éste podré superar. Una lágrima. Mis ojos son la única ranura de una tubería a punto de reventar.

—Yo vivía en un piso sin terraza —comienza a narrar de pronto. Ni siquiera puedo girarme hacia ella—. Me habría gustado tener al menos un balcón en el que cupiera una hamaca para tomar el sol, pero no pudo ser. Tuve que desplazarme al pequeño apartamento de mi madre. No sabes cómo olían las paredes a sus gatos, aun años después de que muriese el último. Cuidarla se convirtió en mi único fin. Mis sueños se desplomaron, me dediqué a allanar el terreno para que mi madre edificase su... cárcel de recuerdos.

Sus palabras, aún cargadas de tristeza, me sosiegan. Son mucho mejor que una inyección de morfina.

—¿Qué le ocurría? —logro preguntar.

—La Nada se apoderó de ella.

—¿Cómo?

—Alzheimer.

—Vaya, lo siento.

—La Nada... —retoma, perdiéndose en sus pensamientos—. ¿Recuerdas *La historia interminable*, el libro de Michael Ende? La Nada iba apoderándose de forma implacable del reino de Fantasía. Las montañas, valles y toda clase de seres vivos desaparecían. Simplemente eso, desaparecían, consumidos por un manto invisible.

—¿Aún vive?

Niega con la cabeza.

—Por fortuna para ella se liberó del olvido.

En la voz de Aurore no hay liberación. La imagino encerrada en esa cárcel, rodeada de recuerdos reclusos. Me gustaría ser capaz de retorcer los barrotes para que pudiera sacar la cabeza. Dicen que si consigues introducir la cabeza por un agujero, el resto del cuerpo también pasa por él. Tal vez sea un símil de nuestra fuerza de voluntad, o quizá un hecho físico constatado.

—Antes has dicho que perdiste la fe en las personas que amabas. ¿Te referías a ella?

—Cuando todavía estaba bien me prometió que, si me encomendaba al amor, lograría grandes cosas en la vida. Ella solía decir cosas así, en plan predicador.

—Y eso fue lo que hiciste...

—¡Claro! El médico aseguró que lo más importante era la compañía del enfermo, y yo lo abandoné todo para estar con ella. ¿Qué amor más puro puede existir que el de una hija hacia su madre?

—Seguramente el de una madre hacia su hija.

Me ha salido de las entrañas. Claudia, mi niña...

—Dicen que el amor lo puede todo, pero eso es una mentira como tantas otras que terminamos creyendo —continúa, tratando de justificar la carga de resentimiento que lleva implícita su historia—. El amor sólo sirve para dejar al descubierto nuestra condición efímera y nuestra fragilidad. Aun así, yo le di todo el amor que fui capaz de generar. Todo.

—¿Y te arrepientes de ello?

Niega repetidamente con la cabeza.

—Lo que no me deja dormir es...

Se detiene. Los recuerdos con los que comparte celda le sujetan por detrás y le tapan la boca.

—Puedes confiar en mí. ¿Qué es lo que no te deja dormir?

—No haber logrado que muriera feliz.

—Pero estabas con ella.

—Más de una vez me pidió...

Vuelve a interrumpir la frase. No le apremio. Está haciendo acopio de fuerzas. Asoma la cabeza entre los barrotes y por fin arranca de forma atropellada.

—No acertaba a saber en qué momentos hablaba ella o cuándo eran sólo palabras sin nexo coherente, desenredadas de forma aleatoria de la tela de araña que envolvía su cerebro.

—Tuvo que ser muy duro para ti.

—Me gusta creer que, de no haber sido por aquella historia, nunca habría acabado trabajando de enfermera.

Alisa su pantalón con un gesto instintivo.

—Se ve que disfrutas mucho haciendo esto.

—¡Yo también sé un cuento! Me lo contaba mi madre cuando yo era pequeña. ¿Quieres oírlo?

—Claro que sí.

—Éranse una vez...

—¿Por qué te paras?

—No te rías.

—Te juro que lo último que haría es reírme de ti.

—De acuerdo. Allá voy: éranse una vez tres cedros jóvenes que crecían en una ladera y se dedicaban a soñar sobre su futuro.

»El primero quería transformarse en el trono de un poderoso rey. El segundo ansiaba servir en la construcción de un lujoso barco para que un gran conquistador surcase océanos embravecidos. Y el tercero anhelaba mantenerse erguido y llegar a ser el árbol más esbelto de su especie; así, cuando la gente levantase la vista para contemplar sus hojas jugando con el viento, verían el cielo y pensarían en Dios.

»Pasó el tiempo y los pequeños cedros, convertidos en imponentes ejemplares, atrajeron a un grupo de leñadores de la región. Las hachas comenzaron a hacer su trabajo y, a pesar de que sus troncos eran gruesos, pronto se vinieron abajo produciendo un gran estruendo.

»El primer árbol comprobó con júbilo que lo transportaban a un taller; pero en lugar de fabricar un trono lo utilizaron para hacer un pesebre para el heno. El segundo también creyó que iba a cumplir su deseo cuando vio que lo llevaban a un amarradero; pero se trataba de un lago, no del océano, y con su madera construyeron un rudimentario bote de pescadores. El destino del tercer árbol fue aún más triste: lejos de crecer hacia el cielo, fue convertido en tablones que arrojaron a un húmedo almacén.

»Los tres se sintieron muy desgraciados. Pero pasó el tiempo y, bajo la luz de una estrella dorada, una parturienta que carecía de cuna colocó en el pesebre a su recién nacido, aquel que había venido al mundo para ser el Rey de Reyes. Unos años más tarde, un pescador llamado Pedro subió al bote del lago con un grupo de personas, se desencadenó una terrible tempestad y uno de los que le acompañaban calmó a los elementos como sólo podría haber hecho el más aguerrido de los conquistadores, el único capaz de llegar hasta los confines del alma de las personas. Y no mucho después, unos

soldados arremetieron en el almacén donde reposaban los maderos del tercer árbol y montaron una cruz a la que clavaron a un reo que, sin una queja, encomendaba a su padre del cielo la sangre que escurría por la madera.

»Y así acaba el cuento.

Sonríe con cierta timidez.

—Imagino a tu madre contándotelo —le digo—, y a ti metida en la cama escuchando con la boca abierta.

De repente se muestra nerviosa. No alcanzo a saber a qué responde su baile de emociones.

—Ella decía que no debemos dejar de soñar, ya que no sabemos lo que nos deparará la vida. ¡Y mira por dónde! Después de haber pasado un infierno ahora estoy aquí, en este lugar que consideras tu cielo. Al menos hago algo útil, ¿no?

—Sí —asiento, pensativo.

Aurore nota que algo bulle en mi cabeza.

—Hace mucho que no contaba un cuento. Si no te ha gustado, no hace falta que disimules.

—Estaba pensando en ti.

—¿En mí?

—En la razón que te llevó a convertirte en enfermera.

—¿Por qué sales con eso ahora?

—¿De verdad estás cumpliendo tu sueño? Creo que no eres sincera contigo misma.

—¿Por qué dices eso?

—No sé... Quizá estés aquí porque tratas de compensar lo que no pudiste hacer por tu madre. Antes has dicho que no lograste que muriera feliz.

Toda la luz de los infinitos amaneceres que anidan en su nombre se concentra en sus pupilas. Ahora queman.

—¿Por qué has tenido que estropearme el cuento?

—Siento haber dicho eso. No debería hacer conjeturas.

—Era uno de los pocos recuerdos de mi madre que merecían la pena.

Se dirige hacia la puerta.

Cada paso, un año luz.



01.45 h

—¡Espera! —trato de retenerla.

Se gira hacia mí con rabia.

—Es posible que después de lo que te ocurrió en la carretera veas las cosas con una inusitada clarividencia, pero en este momento no estoy para que me analicen. Mejor me voy, David.

¿Qué puedo decirle para que permanezca conmigo?

—Sólo deja que aporte una cosa más al collage, por favor.

Aguanta el tipo en silencio, inmóvil como una cruz de madera...

¡Ya lo tengo!

—Una cruz —propongo.

—Ya no soy la niña que escuchaba cuentos en la cama, así que no inventes artificios para consolarme. Soy yo la que debe cuidar de ti.

Señalo con las cejas un paquete de palos de los que los médicos utilizan para sujetar la lengua y mirar la garganta.

—Son de madera de balsa. Será fácil hacer una abertura para meter uno en otro.

—No te esfuerces. Sólo estoy cansada.

—Compón esa cruz, por favor.

—¿De qué servirá?

—Nos recordará al pequeño cedro que, cuando creía haber fracasado, comprendió que sus tablones sirvieron para construir la puerta del cielo.

—David, por favor...

—Aurore, te miro y veo a todos los dioses. Me animas a cruzar esa puerta. Eres la belleza del mundo, ansío conocer a quien te ha creado.

—No hace falta que te disculpes —acierta a decir con la voz entrecortada.

—Sí que hace falta. No soy quién para juzgarte. Nadie debería hacerlo nunca.

Regresa a grandes pasos junto a mi camilla y acaricia mi rostro con ambas manos. Lo hace sin ninguna contención, de forma desordenada, para que sienta en cada milímetro sus yemas de arpista, en cada milímetro...

—Nunca me habían dicho cosas como las que tú me dices —susurra.

—Seguro que sí, pero no te acuerdas.

Aparta despacio sus manos de mi rostro y coge un par de palos de madera de balsa.

Abre con la uña del pulgar una rajita en uno de ellos, introduce el otro en posición horizontal y corta los extremos para que se parezca más a la cruz del cuento.

Mira a ambos lados buscando dónde colocarla. Decide hacerlo en una lata vacía de Coca-Cola que uno de los cirujanos ha dejado en una repisa.

Su monte Calvario.

Derrama una lágrima gruesa.

Yo también me emociono; es justo el efecto que el pequeño cedro quería provocar en los caminantes que alzasen la vista para contemplar sus ramas. Pienso en todos los dioses, dondequiera que estén, cualquiera que sea su forma. ¿De verdad estoy preparado para cruzar las puertas del cielo?

Por favor, ruego al sol nocturno, no dejes de alumbrar...

¿Por qué esta súplica repentina? ¿Acaso vuelvo a tener miedo?

Y al instante comprendo que no es por mí.

Es por Aurore. La he conocido y no quiero dejarla sola.

Londres

Tras unos días en los que había ligado una reunión con otra y mantenido multiconferencias con todas las delegaciones extranjeras del banco, decidí quedarme en casa a trabajar. A media tarde tenía que presentar un proyecto con el que me jugaba la prórroga de mi contrato y quería retocar con tranquilidad el PowerPoint. Nada más empezar sonó el teléfono fijo. Estaba claro que, si buscaba que nada me distrajera, habría sido mejor ir a la oficina como cada mañana.

—Diga —contesté, escueto.

—¿Es usted el padre de Claudia Sandman?

Me tomé un tiempo antes de responder. Era la segunda persona en unos días — junto con el policía que encontró el móvil en el metro— que comenzaba una conversación telefónica con esa frase.

—Disculpe, ¿con quién hablo?

—Discúlpeme usted, debería haberme presentado. Soy la madre de Kelly Robson, la amiga de su hija.

—Me alegro de saludarla. ¿Qué puedo hacer por usted?

—He creído necesario contarle algo. Ayer por la tarde, su hija estuvo en mi casa.

—Le agradezco las molestias que se toma. Soy consciente de lo que significa soportar a un par de adolescentes juntas.

—Lo hago con mucho gusto. Claudia es una chica encantadora. Aunque...

—¿Qué ocurre?

—Últimamente no ha venido mucho, ya sabe.

¿Qué es lo que tenía que saber? Sentí un repentino acaloramiento. Se suponía que las dos amigas pasaban juntas unas horas después de clase, bien para acudir a las actividades extraescolares o para idear formas de perder el tiempo.

—Le ruego que me diga qué desea.

—Cuando llegué a casa anoche, su hija ya se había marchado. Pero la nevera...

—¿Qué le ocurre a su nevera?

—La abrí para servirme un zumo y encontré todo revuelto. Como si un animal encerrado hubiese campado a sus anchas por las baldas.

—¿Y por qué me llama a mí?

—Kelly me ha dicho que ella no ha tenido nada que ver. Y al parecer, Claudia fue un par de veces al baño.

—Y directamente ha pensado que entre viaje y viaje se dedicó a destrozar su nevera.

—Yo no he utilizado la palabra «destrozar». Pero había un par de yogures empezados, un queso mordido, incluso un tomate abierto por la mitad con los dedos. Tenía que haberlo visto. Había restos de ese jugo pringoso por todas partes.

—Le ruego que no siga.

—Sólo pretendo...

—Esta noche hablaré con ella —la corté.

—¿No está ahora con usted?

—Está en clase. Al igual que su hija, supongo.

—Ah, perdone. Como Kelly me dijo que últimamente también falta mucho al colegio, por lo de la depresión...

¿Qué depresión?

Colgué, archivé con nerviosismo los cambios de la presentación en el ordenador y salí corriendo hacia el instituto.



01.49 h

Mientras coloca la cruz sobre la repisa, Aurore trata de disimular un ataque de congoja. Observo que se lleva la mano a la muñeca de forma instintiva.

—¿Tienes más tatuajes?

—¡Eres un descarado! —contesta, medio riendo, medio llorando.

—No digo que me los enseñes.

—Éste es el único.

—¿Te lo hiciste por rebeldía? —Ella niega con la cabeza—. ¿Una apuesta? —Vuelve a negar—. ¿Una borrachera antológica? —Ríe a carcajadas, dejando escapar las últimas lágrimas contenidas—. ¿Un amor no correspondido?

—Algo así. Mi mejor amiga se fue a vivir a otro país cuando teníamos dieciséis años.

—Ésa era la edad de mi hija —comento sin dramatizar.

—Entonces te imaginarás cómo reaccionaron en mi casa.

—¿Tienes hermanos?

Se eriza como un gato amenazado.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Yo soy hijo único y siempre eché de menos tenerlos.

Aurore vuelve a tumbarse en la camilla contigua. Más bien se arroja con el peso de la adolescente hastiada que un día se tatuó la piel.

—Nosotros éramos cuatro. Tres varones y la princesita. Pero ya no hay llamadas de cumpleaños ni comida de Pentecostés.

Me entristece ver que se refiere a ellos como un bloque de mármol del que ha sido extirpada a golpe de cincel.

—Deben de estar muy agradecidos. Cuando enfermó tu madre, fuiste tú la que se ocupó de ella.

—Según mis hermanos, era lo menos que podía hacer. —Pongo cara de extrañeza—. Lo cierto es que... Antes no te lo he contado todo.

—Te escucho.

—Quizá merezco que me traten así. Si la cuidé fue por mí, no por ella. —Se tapa la cara con las manos y comienza a hablar de un tirón antes de que yo haga algún comentario—. Soy bióloga. Me apasionaba la genética, saqué unas notas impresionantes

en la facultad y me eché el novio perfecto, un compañero de clase guapo y con las mismas inquietudes que yo, con los mismos sueños de futuro. Cuando terminamos la carrera ya teníamos nuestro proyecto muy avanzado, y pronto montamos una empresa emergente dedicada a la construcción de material biológico. ¿Cómo podría explicártelo de forma inteligible? Ensamblábamos genes específicos dentro de largas piezas de ADN, algo mucho más barato que sintetizar esas piezas desde cero. El caso es que la comunidad científica alabó nuestra idea y nos lanzamos a recaudar fondos. Mi madre y mis hermanos se subieron al carro y durante un tiempo todo fue de maravilla. Quizá demasiado... Un día quise devolverles su dinero duplicado, pero ellos insistieron en que querían permanecer como accionistas. Y cuando el negocio se vino abajo, lo perdieron todo. Eso es lo que pasó. Tendríamos que haber vendido la empresa cuando pudimos; durante el boom de las tecnológicas recibimos varias ofertas, pero mis hermanos se empeñaron en que podíamos ganar mucho más.

—Y fue entonces cuando tu madre cayó enferma.

—Cuidarla fue la excusa perfecta para apartarme del mundo. Me daba vergüenza hasta salir a la calle. Cuando algo sale mal todo se tuerce, ya sabes. Al poco de quebrar también rompí con mi novio, por lo que no me quedaba nada... ¡No digo que no me satisficiera el ocuparme de ella! Yo la quería. Es sólo que... No dejo de preguntarme qué habría hecho si mi empresa no se hubiera hundido. Quizá hubiese metido a mi madre en un sanatorio, adonde habría ido de visita una vez al mes con unas flores.

—En cualquier caso, tus hermanos no tienen derecho a culparte. Has dicho que fueron ellos los que quisieron seguir como inversores.

Se encoge de hombros.

—Ellos me miran y sólo ven a la fracasada que ha dilapidado sus ahorros. Son mayores que yo y tienen trabajos fijos y serviciales esposas. Ni siquiera se plantean que haya otra forma de alcanzar la felicidad. En su mundo no hay lugar para una soñadora que llora con las películas de después de comer y mete un calcetín rojo en la colada de ropa blanca. Así ha sido durante toda mi vida. Los resultados de cada una de mis acciones tenían que ser inmediatos y tangibles. —Remarca estas dos palabras, parodiando con el dedo índice un gesto impositivo de alguno de sus hermanos—. Y a mí nunca me importaron los resultados. Yo no monté la empresa por el reconocimiento científico, ni mucho menos por el dinero. Te juro que me apasionaba ensamblar esas malditas piezas de ADN.

—Eso es lo más bonito que has dicho esta noche.

—A ellos no se lo parece tanto.

—Hay un tipo de bambú —le cuento— que durante los primeros seis años de vida apenas levanta un palmo del suelo. Cualquiera pensaría que está enfermo y que la única solución es arrancarlo. Pero la realidad es que, durante ese período de aparente inactividad, está dando forma a un complejo sistema de raíces. Pasado ese tiempo, en tan sólo seis semanas crece más de treinta metros.

—Mis hermanos se agacharían hacia el pequeño bambú y le dirían: «¡Resultados, resultados!»

Les imita, volviendo a hacer el gesto con el dedo.

Reímos, pero pronto dibuja un rictus cargado de gravedad. Está pensando en algo que no se atreve a decir en voz alta.

—Ya sabes que en esta habitación se puede confesar todo. Lo que pasa en Cachemira se queda en Cachemira —bromeo para animarla a seguir.

—Antes, cuando se ha marchado el cocinero, has sugerido que si he venido aquí ha sido para engañarme a mí misma. Y me da pánico pensar que quizá sea así. En su día me encerré en casa de mi madre para dar la espalda a mis sueños, y tal vez ahora esté haciendo lo mismo... ¡Oh, Dios!

—Al parecer, el enano de la boda hindú tenía razón. Quienes viajamos hasta estas montañas lejanas lo hacemos para posponer el viaje que tarde o temprano hemos de hacer al interior de nosotros mismos.

—Y lo que más rabia me da es que era mi madre quien me animaba a no dejar de soñar. Quería que fuera como el pequeño cedro que terminó convirtiéndose en una cruz.

—Nunca es tarde.

Niega con la cabeza.

—Desde que me convertí a mí misma en hija única no me quedan fuerzas ni para soñar. Me siento muy sola, David.

—Estar solo no es una condena, siempre que sigamos el sendero que nos dicta el corazón. Tú misma lo has dicho. Y no por tener gente alrededor has de sentirte acompañado. La soledad es una epidemia que va infectando cada célula de tu cuerpo, por lo que hay que combatirla desde dentro.

—¿Te ocurría eso con tu hija? ¿Te sentías solo a pesar de tenerla a tu lado?

—Creo que le ocurría a ella conmigo.

El segundero del reloj parece subir de volumen.

tic, tac

tic, tac

Es como si ambos hubiéramos dejado de respirar.

—¿Te gustaría volver a formar una familia? —me pregunta.

tic, tac

—¿Me ves capaz de...?

—¡No quería decir eso! —exclama apurada—. Me refería a si pensaste en ello después de... ¡Oh, Dios! Cada vez lo estropeo más.

—Iba a preguntarte si me lo estabas proponiendo.

—Dame tiempo —repone.

Ambos sonreímos.

—A lo largo de estos años, jamás hubiese pensado que podría disfrutar de una segunda oportunidad. —Me detengo a pensar—. La mayor parte del tiempo consideraba mi vida un castigo merecido. Aunque también es cierto que en algunos momentos me apropiaba el papel de víctima colateral. Quizá no era capaz de suicidarme porque necesitaba contestar antes a esta pregunta: ¿culpable o víctima?

—¿Y cuál ha sido el veredicto final?

—Ahora sé que no hay una respuesta. La vida es una montaña rusa que nos sube a lo más alto para luego empujarnos al vacío. Pero ni lo bueno ni lo malo ocurren para premiarnos o castigarnos. Las cosas pasan y ya está. Acabas de hablarme de ti. Pero si yo te contara...

—¿Qué es eso de «si yo te contara»?

Se sienta en la camilla contigua con las piernas cruzadas en la posición del loto. De veras quiere saberlo.

—Mi mujer y yo estábamos perdidamente enamorados —me lanzo—. Pasamos un tiempo disfrutando el uno del otro y, para culminar esa pasión, decidimos tener un hijo. Ahí comenzó la primera caída libre desde lo alto de la atracción. Lo probamos todo hasta que un médico nos dijo que las posibilidades de que se quedara embarazada eran casi nulas. Yo me vine abajo mientras ella intentaba activar sus ovarios a través de remedios alternativos. Se convirtió en una obsesión y nuestra relación se deterioró hasta el punto de que nos planteamos separarnos. Pero una mañana salió del baño con aquella prueba tintada en la mano. Puedes imaginar nuestra alegría. De nuevo hacia arriba en la montaña rusa. Arriba, arriba, arriba... Quién nos iba a decir que aquello a lo que había dado vida le terminaría arrebatando la suya.

—Ninguno de los dos hemos tenido lo que se dice una familia feliz. —Suspira—. Resulta paradójico, en estas violentas montañas las familias sí que parecen felices.

—Como están obligados a sobrevivir en esta galaxia llena de estallidos, quizá hayan comprendido que el universo es imperfecto y lo lleven mejor. En Occidente nos empeñamos en que todo a nuestro alrededor debe ser idílico.

Aurore se detiene a reflexionar.

—La verdad es que el universo es muy imperfecto...

—Pero es nuestra casa. Por eso hemos de convivir con él y tratar de mejorarlo. —Echo la vista atrás, ahora que se han disipado las nubes—. Lo único que lamento es haber perdido tantas oportunidades.

—A todos nos pasa.

—Nos quedamos paralizados ante la adversidad. Confundidos... ¿Culpables o víctimas?

—Buscando respuestas en lugar de actuar.

—Así es. La ciencia nos revela que somos muy pequeños, mientras que las personas que nos aman tratan de convencernos de que somos gigantes. ¿Y sabes lo que ocurre mientras nos decidimos?

—Que la vida se nos va.

—Ni más ni menos. Que la vida se nos va.



01.58 h

Aurore se ha recostado en la camilla contigua. Acaricia una parte descascarillada del cabecero con cuidado de no cortarse cuando una ráfaga de ametralladora hace que se incorpore de golpe.

Permanecemos callados, esperando la siguiente...

...

...

...

...

El silencio puede llegar a ser más estremecedor que los disparos. En él caben todos los sonidos que tememos escuchar.

—Apuesto a que, al menos un poco, sí habrás mejorado el universo —suelta de pronto.

Tal vez lo haya dicho con la única intención de rellenar de palabras nuestra burbuja, pero ha removido algo en mis estáticas entrañas.

—Tenía un impedimento para hacerlo —consigo decir tras una meditación exprés.

—¿Qué impedimento?

tic, tac

tic, tac

—Antes hablabas de familias felices... Recuerdo el día que encontré a aquel niño sentado en un bordillo, en el centro de Srinagar.

—Lo sabía, ¡estoy con el buen samaritano!

—La historia no va por donde imaginas.

—No me importa. Me basta con escucharte. ¡No soporto el eco de los disparos!

Me mira con ojos de loca para que comience cuanto antes.

—Yo había llegado poco antes a Cachemira, pero ya me dedicaba a saltarme todas las normas que podía. Me había alejado del control y vagaba por un barrio de la zona verde cuando vi a aquel muchacho cubierto de polvo. Pensé que era huérfano, que habría sufrido abusos, malnutrición... Pero cuando me acerqué, fue él quien estampó en su rostro una expresión de lástima.

»Me preguntó cómo me llamaba. Al contestarle que David Sandman exclamó: “¡Eso significa hombre triste!” Y yo le corregí: “No, eso sería Sadman. El Sandman es un personaje fantástico de mi país que esparce arena mágica en los ojos de los niños para ayudarles a tener dulces sueños.”

»Sin intercambiar más palabras, recuperó su expresión compasiva, me dio la mano y me llevó a su casa. Su padre me invitó a entrar. Era un edificio sencillo, con una balaustrada que conducía a una segunda planta en obra, como casi todas por aquí. Me hizo pasar al salón, pintado de color pistacho.

»El niño se lanzó al suelo sobre una mullida capa de alfombras, junto a otros dos que seguían la final de críquet en una tele antigua. India y Pakistán se jugaban el campeonato mundial. “¡Los verdes contra los azules!”, gritaban. Ellos eran cachemires, ni de aquí ni de allá.

—¿Hindúes?

—Musulmanes. Por eso jaleaban a Pakistán. Al final es la religión la que les hace posicionarse a un lado u otro de la línea de control en esta guerra eterna.

»Madre e hijas se dispusieron a servir la cena. Yo me sentía incómodo, lo que menos me apetecía era formar parte de aquella escena de familia. Pero, sin darme tiempo a reaccionar, extendieron el mantel en el suelo y colocaron en el centro la fuente rebosante de arroz. El olor a curry invadía la casa. La hilera de platos y cuencos serpenteaba como un tren eléctrico de mercancías. En un vagón, salsa de carne, en otro, verduras cocidas, puré de garbanzos, muslos de pollo...

»El padre cogió en brazos a la más pequeña de sus hijas y no la soltó hasta que me fui. La agarraba como si se la fuera a quitar, y lo cierto es que no me habría importado llevármela a casa. Estaba enfundada en un pijama fucsia y balanceaba sus brillantes tirabuzones negros. “*Balé-Balé!*” gritaba, entonando una canción de moda. “*Balé-Balé*”, contestaba el padre, y le hacía cosquillas hasta que superaba la vergüenza de tenerme delante y rompía a reír.

A Aurore no le pasan desapercibidas las lágrimas que anegan mis ojos. Hay algunas glándulas de mi cuerpo que todavía funcionan.

—La alegría que reinaba en la casa fue esfumándose con cada tanto que conseguía el equipo indio. Los azules fueron derrotados de forma humillante. El niño que me había rescatado en la calle se levantó y golpeó la pared. Me quedé helado cuando afirmó que le gustaría tener un fusil de asalto para atravesar la cabeza de todos los hindúes que se cruzasen en su camino.

»El rostro del padre se tornó muy serio. “Demasiadas balas”, dijo en voz baja, “demasiado jóvenes. ¿Cuándo nos vamos a perdonar?” Con un gesto impositivo ordenó a su prole que se acomodara a su alrededor y les contó una vieja historia del desierto.

—Quiero oírla —suplica Aurore, casi sensual, abrazándose a sí misma.

—Hablaban de un poderoso mercader de especias que gobernaba una tribu en las áridas tierras del Rajastán. Estaba siempre rodeado de sensuales mujeres y abnegados criados, y tenía a su disposición un destacamento de mercenarios y cuadradas repletas de todo tipo de animales de carga que convertían sus caravanas en un carnaval.

»A tres días de viaje vivía su máximo rival, un terrateniente que poseía inmensas plantaciones de caña de azúcar. Ambas tribus se la tenían jurada desde tiempo inmemorial, por lo que los dos jefes ansiaban ver al otro muerto.

»Un aciago día, el hombre de confianza del mercader le traicionó para ocupar su puesto de jefe de la tribu. Le preparó una encerrona y lo entregó a su voraz enemigo.

»El terrateniente, celebrando tan inesperado regalo, arrojó al mercader a una celda mohosa y disfrutó viendo cómo durante meses se convertía en un despojo. Pero cuando llegó el día de la ejecución y lo vio arrodillado a los pies del verdugo, algo en su interior se impuso al odio que sus genes arrastraban como un poso de cal.

»Esperó unos minutos hasta identificar aquel sentimiento que bullía en su corazón. Era compasión. Lentamente se acercó al verdugo, le quitó la cimitarra y la arrojó fuera del patíbulo.

»En un primer momento, el mercader supuso que se trataba de un signo de debilidad de su adversario. Pensó en salir corriendo hacia el oasis, matar al consejero que lo había traicionado y planear su venganza contra el terrateniente. Pero lo único que hizo fue incorporarse, abrazarlo y permanecer un buen rato pegado a él, comprobando que sus latidos se iban acompasando hasta coincidir en un solo pulso.

—¿Y qué pasó cuando regresó con su tribu? —pregunta Aurore.

—Nunca regresó.

—Y entonces, ¿el amigo traidor siguió aprovechándose de sus riquezas?

—¿Aprovecharse? El traidor fue asesinado por los señores de la guerra de la región, que decidieron cortar de raíz el poder creciente de la tribu del mercader.

—Se lo tenía bien merecido.

—Y no acaban ahí las cosas. La montaña rusa de la vida recorre cada rincón de este mundo caótico. El terrateniente también sufrió un ataque, en su caso de las hordas del este que querían apropiarse de sus plantaciones de caña. Cayó prisionero y fue sometido a las más espantosas vejaciones, lo dejaron ciego con una espada candente y lo abandonaron a su suerte.

»Pero cuando estaba a punto de morir, el mercader al que había perdonado apareció entre la bruma vibrante del desierto. Lo acompañó a un pozo, curó sus heridas y a partir de entonces se dedicó a cuidarlo de forma incondicional. Uno ponía los ojos para caminar sobre la superficie de la tierra; el otro la iluminada sabiduría que los guió por los senderos del laberinto interior. Dos pulsos acompasados, para siempre un solo corazón.

—Siempre hay una luz esperando reflejar en los corazones pulidos... —murmura Aurore.

—Se trata de frotar y frotar.

Me habría gustado repetir el gesto del cocinero, coger su bayeta y acercármela al pecho.

—Y es aún mejor si compartimos la tarea. Cuando nos entregamos al otro con generosidad, obtenemos las mayores recompensas.

Aurore se ha hecho un ovillo en la camilla.

—¿Me buscarías por el desierto y te ofrecerías para ser mis ojos? —pregunta con entonación infantil.

—Te buscaría por todos los desiertos: de arena, de agua, de roca.

—Somos dos solitarios.

—¿Por eso sigues aquí conmigo?

—No te hagas el humilde ahora. Tienes muchas cosas, aparte de soledad, para ofrecer a una mujer.

—Confecciona una lista si eres capaz.

—A ver... Cuando nos conocimos me hablaste de unas alas.

—Siguen ahí —digo en voz baja—. Pégate a mí.

—¿Qué?

—Tumbate a mi lado, cerremos los ojos y volemós fuera de esta habitación. Venga, ámate, volemós un rato...

—Estás hecho un pájaro, pero de un tipo diferente al que tú dices.

Reímos y, para mi sorpresa, Aurore acepta mi invitación.

Se recuesta en el borde de la camilla, acurrucándose como puede para no engancharse con el drenaje. Desprende un calor intenso, lo noto en mi cuello: es una manta eléctrica para el corazón. Sus propias mejillas enrojecen. Tal vez sea por la postura forzada, o porque no sabe qué demonios hace tumbada junto a un moribundo.

—En sánscrito, el antiguo idioma de la India —le cuento en voz baja—, la palabra pájaro significa «nacido dos veces».

—Nunca lo habría dicho.

—Me siento feliz y agradecido por estar aquí. Pero no soy yo quien debería haber nacido de nuevo.

tic, tac

tic, tac

—No lo soportaría si no fuera por aquel sol que brillaba en mitad de la noche. Bajo su luz dejé de juzgar y sentí una inmensa compasión.

—Como el terrateniente del desierto.

—Así es. Como el terrateniente del desierto, aprendí a perdonar a quien más lo necesitaba. Ése era el impedimento del que te hablaba antes. Si quería aportar algo al universo, primero tenía que ser capaz de perdonar a alguien.

Sol extraño, sol revelador...

—¿A quién? —pregunta con un hilillo de voz.

—A mí mismo.

Londres

Llegué a toda prisa al instituto y subí directo a la clase de Claudia. La tutora se asustó al ver mi cara pegada al cristal de la puerta. Salió con discreción y me preguntó por ella. «¿Me está diciendo que no está aquí?», grité. Me rogó que bajase la voz. Llamé de inmediato al móvil de mi hija, pero saltó la grabación de estar apagado o fuera de cobertura. Ni siquiera sabía si había pasado a retirarlo de la comisaría. Caminamos a grandes pasos por el corredor hasta el despacho de la directora.

Tras escuchar el breve resumen de la tutora, me pidió que tomase asiento. Conteniéndome a duras penas, lo hice en el borde de una silla metálica con las manos sobre las rodillas, como un alumno al que van a imponer un castigo.

La directora rebuscó en un archivador del que sacó un papel, se sentó a su mesa y lo deslizó hacia mí con parsimonia, empujándolo con un solo dedo.

Era el informe de un psicólogo llamado Albert Pinkerton. Afirmaba que Claudia estaba desarrollando un foco de ansiedad que la obligaba a permanecer en casa algunos días para evitar crisis agudas que podrían acentuar su dolencia. Lo examiné con estupor.

—¿Por qué no se pusieron en contacto conmigo de inmediato?

—El señor Pinkerton es un reputado psicólogo juvenil —se defendió ella—. Acostumbramos a encargarle estudios de todo tipo, por lo que goza de toda nuestra credibilidad.

—Y Claudia sin duda lo sabía...

—¿Qué insinúa?

—¿Por qué no le llama y le pregunta si ha atendido a mi hija en su consulta?

—¿Está diciendo que el certificado es falso?

La miré a los ojos y dije, remarcando cada sílaba:

—Mi hija no sufre de ansiedad.

La directora telefoneó a la consulta del psicólogo. Su expresión se anticipó a sus palabras. Se giró hacia la tutora.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Ésa, y ninguna otra, era la pregunta: ¿qué estaba ocurriendo? Yo trabajaba para una importante consultora, se suponía que tenía respuestas para todo, vislumbraba los problemas de mis clientes cuando todavía no habían surgido, atajaba su pánico con creativas soluciones. Y, sin embargo, me sentía indefenso ante mi propia hija. ¿Qué tipo de veneno hervía en su mente? De pronto maquiavélica, hermética como una caja de

seguridad del banco que nos daba de comer. Sólo una vez me había sentido así de bloqueado: cuando la cogí en brazos en la Maternidad. Su cuerpo cubierto de una pátina gelatinosa y, en el pelo, restos de la sangre de su madre.

—A mí, sinceramente, no me sorprende —apuntó la tutora con frialdad—. Hace tiempo que vengo observando comportamientos extraños en ella. A la hora del almuerzo se sienta en una esquina con los auriculares de su iPod a todo volumen, sin probar bocado, abducida por la pantallita de su cámara. Si hubiera visto su trabajo trimestral podría esperarse cualquier cosa.

—¿Qué trabajo?

—Los alumnos debían elaborar una campaña de comunicación para ensalzar los valores de nuestra sociedad actual, y su hija presentó un montaje de vídeo con imágenes de ejecutivos de la City dirigiéndose en masa hacia el metro, mezcladas con otras de indigentes que cuando menos podían calificarse como... inquietantes. Nunca había visto gente así en esta ciudad. De hecho no sé de dónde las habrá sacado, pero digamos que no eran muy... ortodoxas.

Estaba perplejo.

—¡Cada vez entiendo menos por qué no he sido informado de todo esto!

—Quizá el problema no esté en el colegio, sino en su casa —me atacó la tutora.

—Resulta difícil meterse en la mente de una adolescente —medió la directora—, y más aún en una cabecita tan compleja.

¿Tan compleja? Nos estábamos desviando mientras mi hija seguía en paradero desconocido.

—Llame a Kelly Robson —exigí.

Kelly arrojó algo de luz. Sabía que Claudia había confeccionado el certificado médico a partir de un modelo que encontraron en internet, pero desconocía su finalidad. Se limitaba a repetir que estaba muy rara, que de un tiempo a esa parte no soportaba a la gente, muchos días ni siquiera a ella.

—¿Adónde va cuando no estáis juntas? —le pregunté—. ¿Dónde puede estar ahora?

—No lo sé.

—Piensa un poco, Kelly, te lo ruego.

—¡Le juro que no lo sé!

Comenzó a llorar.

Sentí una vibración en el pecho. Saqué el móvil rogando que fuera ella, pero se trataba de un mensaje del director del banco, preguntándome si estaba todo listo para la presentación de la tarde. La cabeza me hervía. Recordé la llamada de la policía, cuando encontraron el móvil de Claudia. Pensé en los vídeos de indigentes...

—Está en el metro —deduje en voz alta.



02.15 h

—Yo también necesitaría perdonarme a mí misma —se lamenta Aurore con los ojos cerrados, aún tumbada en el borde de mi camilla—, pero no puedo.

Cada vez habla más bajo. Está agotada.

—Debes intentarlo.

—La vida me puso a prueba, como al terrateniente del cuento, pero desperdicié la oportunidad. Nadie me buscará por el desierto para ser mis ojos.

«Cualquiera querría ser los ojos que anidan tras esas pestañas», pienso, girándome lo justo para rozar mi pelo con el suyo.

—Cuidaste a tu madre.

—Perdí a mis hermanos.

—Tal vez esa pérdida seguía siendo parte de la prueba. A veces, aquellos a quienes consideramos el enemigo suelen ser nuestros mejores maestros.

—Prefiero pensar... —Se está quedando dormida mientras habla—. Prefiero pensar... que la vida... no es tan cruel.

—Si la vida nos arroja a estos agujeros tan profundos, quizá sea para que comprobemos que no son pozos ciegos, sino conductos que terminan en una puerta. Detrás de cada puerta volvemos a nacer. Detrás de cada minuto, de cada segundo, volvemos a nacer.

—¿Por qué entonces... sufrimos tanto?

—Shhh...

—¿Por qué no comprendemos... cuando todavía estamos a tiempo... que hemos venido aquí para coger en brazos a la persona que queremos y cantar una canción de moda y hacerle cosquillas? —Casi no se la oye, pero sigue hablando con los ojos cerrados, apenas separando los labios—. Sabiendo que en cualquier momento esa persona se introducirá por una puerta... para seguir volando tras esta parada técnica...

Si no notase su aliento en mi cuello, creería que habla su corazón.

—Shhh...

Ya vaga por todos los desiertos, y yo tras ella.



02.25 h

Suelto un grito pavoroso.

Aurore se da un susto de muerte. Se había quedado dormida. Salta de la camilla, casi me arranca el tubo del drenaje, hace que se balancee la percha de los goteros.

—¿Qué te pasa? ¡David!

No puedo contestar. ¡Quiero unos brazos que se muevan y unas manos para apretarme las sienes! Me azota un dolor eléctrico, tensa los músculos de la cara, quema mis ojos por dentro.

—¡Es una medusa! —grito.

Una medusa que se ha introducido en mi cráneo y golpea las paredes enajenada, torturándome con sus descargas.

Aurore prepara una jeringuilla.

—¿Qué vas a hacer?

—Pincharte morfina.

—¡No!

—¿Y qué quieres que haga? ¡Mírate!

Me calmo como puedo. Cualquier cosa con tal de que no me sede.

—Tan sólo háganme, por favor —consigo decir—. Tus palabras apaciguarán a la medusa.

Me contempla con una terrible indefensión, la noto dudar. Finalmente arroja la aguja sobre la mesita de apoyo y sale disparada.

—No te vayas...

La puerta de plástico se despliega y, de forma implacable, retorna a su sitio. En el hueco que Aurore ha dejado se hace el vacío. En el resto de la estancia también. Su marcha ha provocado un estado de ingravidez. Es ella la que me mantenía anclado a este mundo. Miro a mi alrededor: medidores eléctricos, cableado, una inquietante pulcritud, a pesar del polvo y el barro que por fuera cubren el hospital de campaña. Estoy encerrado en una cápsula espacial. Ha llegado la hora, vago por el infinito hacia una supernova.

Me había hecho a la idea de que Aurore cogería mi mano cuando llegase el momento...

Pero se ha ido.

No puedo reprochárselo. Nos aferramos a la vida, a la propia y a la ajena. Pretendemos apoderarnos de un instante que se escapa entre los dedos. Y cuando lo perdemos, sentimos pavor.

Inspiro,
espiro.

Apenas han pasado un par de minutos, el vacío vuelve a llenarse de vida. Alguien irrumpe. Estiro el cuello...

¡Es ella!

A pesar del insoportable castigo de la medusa, sonrío con ganas.

—Pensaba que no ibas a volver.

—No me lo creo.

Trae consigo un portátil. Aparta las medicinas con el dorso de la mano, lo coloca sobre la mesilla y lo enciende sin perder un segundo.

Suena la sintonía de bienvenida. Es un Mac.

Me fijo en ese detalle porque es un modelo parecido al que utilizaba en mi casa de Londres: mi álbum secreto de fotografías de Claudia y de su madre. Encerradas en el disco duro sin posibilidad de fuga. Mi casa. Mi álbum. Terminé creyendo que Claudia y su madre también eran mías. Tendría que haberme dado cuenta de que no podía perder lo que no me pertenecía.

Aurore, reconcentrada, maneja el ratón táctil con agilidad.

—¿Qué vas a enseñarme?

—Voy a poner música.

Otro disparo. Cada vez se adivinan más cercanos y continuados, pero ella trata de hacer como que no los oye.

—No dejas de sorprenderme.

—La música amansa a los osos azules del Himalaya y a las medusas. —Rebusca en el listado—. Sólo se trata de encontrar la canción adecuada.

No alcanzo a ver la pantalla. Si giro la cabeza me pincha aún más; es como yacer en la cama de un faquir.

—Hay una canción que iría muy bien con tus alas... —sigue diciendo como para sí misma—. Recuerdo que comenzaba: «Puedo volar...»

—No sé si podré replantearme lo de volar —digo apretando los ojos—. Me duele muchísimo la cabeza, y ya sabes cómo sube la presión allá por las nubes.

—¡Aquí está! Se llama *Gabriel*.

—¿El cantante?

—La canción. Por el arcángel Gabriel.

Suena un piano eléctrico, y tras unos compases una voz áspera recorre la habitación y raspa todo lo sobrante, cualquier arista es limada, las puntas de las jeringas se vuelven romas.

Puedo volar...

Una sección de cuerda va incorporando unas melodías tan finas que caben por los tubos del gotero, se introducen por las vías en mis venas, encuentran la Ruta 66 que lleva a mi árido cerebro y acarician a la medusa. Tranquila, tranquila... Y ella recoge sus filamentos y se vuelve agua.

—Es una canción preciosa.

—No la buscaba sólo por el tema de tus alas —me explica mientras echa a andar de aquí para allá—. El haberte conocido... No me tomes por loca, pero siento que eres una especie de ángel Gabriel. Cuando iba a buscar el portátil he pensado que si has sobrevivido quizá sea para... Para traerme una especie de mensaje —termina de decir de un tirón. Suspira, satisfecha de haberlo soltado.

—Vaya...

—¡Lo siento! —corrige—. Me estoy apropiando de un papel protagonista en tu historia que desde luego no merezco.

Se gira y, algo apurada, apaga el ordenador en un acto reflejo.

—Es a mí a quien estás... subiendo demasiado de... demasiado de... categoría...

¿Qué me ocurre? Casi no he podido terminar la frase; apenas puedo mover los labios. Las descargas han cesado, pero de pronto las fuerzas me están abandonando. No alcanzo a ver el tubo del drenaje; tiene que estar expulsando sangre como un surtidor de gasolina.

Aurore, sin percatarse de ello, ha vuelto a caminar alrededor de la camilla. Habla y habla, haciendo dibujos en el aire con las manos:

—Pero lo cierto es que presenciaste ese sol nocturno y se te concedió esta segunda oportunidad de mejorar de algún modo el universo... Y yo estoy aquí, y no hay nadie más. Dispuesta a seguir los consejos del enano y arrancar mis pétalos, y aprovechar cada instante para amar, aunque sea colgada de una liana, y frotar mi corazón con lo primero que tenga al alcance de la mano. Quiero convertirme en aquel cedro, ¿sabes? Quiero iniciar ese viaje hacia las profundidades de mi alma para conocer aquello que merezca todo mi amor. Como tú, seré capaz de perdonarme para iniciar esta aventura. ¡Te lo prometo! No esperaré a que la luz de un sol nocturno ilumine mi vida para leerla con otros ojos. Eso sí, aún tienes que contarme el secreto de la paz y la felicidad. Hace unas horas dijiste que lo harías. —Se gira hacia mí—. David, ¿qué te pasa?

No puedo contestarle. La oigo, la veo, pero no puedo mover los labios, ni la lengua, ni tragar, ni respirar.

Londres

«Tiene que estar en el metro», me convencí.

Imaginé a Claudia dando vueltas por la red subterránea en busca de un asiento caliente para ver pasar las horas —como una de las indigentes que filmaba con su cámara—, y una pena inmensa se alojó en mi pecho.

Volví a marcar su número.

Mientras esperaba la señal de llamada, la expresión de la directora del colegio y de la tutora mutó hacia el descrédito y, de ahí, al desprecio. ¡No éramos nosotros los apestados, maldita sea! Eran ellas quienes habían incurrido en una imperdonable negligencia.

«El número al que usted llama está apagado o fuera de cobertura», sonó otra vez.

Claudia, Claudia...

Decidí que lo mejor sería tranquilizarme y esperar a que terminase su jornada de vagabundeo. Por la noche me sentaría con ella para mantener una pausada conversación en la que sin ninguna duda aclararíamos lo ocurrido y solventaríamos cuentas pendientes. Esta desagradable circunstancia era un síntoma del deterioro de nuestra relación, pero todo tenía remedio. Hasta entonces podía concentrarme en mi trabajo para impresionar al comité del banco.

Ni siquiera sé cómo volví a casa. ¿En taxi? ¿Andando? Cuando me senté frente al ordenador me asqueé de mí mismo.

Tenía que ir a buscarla, aunque no la encontrase.

Era mi vida.

¿En qué momento lo había olvidado?

La imaginé en un rincón de la peor estación del extrarradio, envuelta en una mezcla de olores: a orines, al aceite de los raíles y al gas que expulsan las rejillas, acurrucada tras una máquina expendedora de snacks. Con su falda del colegio, como una decadente Lolita. Quizá agredida, o incluso violada...

¡No soportaría presenciar esa escena! Me llevé las manos a la cabeza, era obvio que estaba sacando las cosas de quicio. Al parecer, Claudia llevaba semanas repitiendo el mismo programa. Lo peor que podía ocurrir era que la encontrase deambulando como un perro perdido.

Respiré hondo.

Pero entonces, ¿a qué se debía esa voz interior que me empujaba a darme tanta prisa?



02.43 h

Aurore echa a correr hacia el pasillo.

Esta vez tengo claro que regresará. Va en busca de ayuda. Lo único que me apena es que quizá no llegue a tiempo de despedirse.

¿Cuánto aguanta un cuerpo sin respirar?

A medida que voy perdiendo el conocimiento, y a pesar de que cierro los ojos abrazando mi destino, vuelvo a ver las cosas con una asombrosa claridad. Apostaría a que incluso se me ha corregido la dioptría de miopía. Las líneas, bien negras. Los espacios, sin brumas. Todo definición, como cuando estaba tirado en la carretera después del estallido. De nuevo me siento capaz de agitar los brazos. Puedo golpear el colchón con los talones, tan rápido como un redoble de batalla.

Oigo el susurro del agua. Un caño vierte un hilo continuado que me serena. No puede ser, aquí no hay grifos. ¿Ha comenzado a llover, y lo que oigo es el chorro del canalón? No. La noche es seca como las anteriores. La fuente está dentro de mí. Yo soy el chorro. Vago en un río sin principio ni final, sin pasado ni futuro.

No llevo mochilas abarrotadas de culpa y servidumbres, no estoy atado a tiempos venideros que no existen. Lo único cierto es el ahora. Este instante, como cada instante, en el que se me da la oportunidad de amar.

¿Por qué no estará Aurore a mi lado? Quiero regalarle la mejor de mis sonrisas. Un guiño. Un beso.

Me acerco al océano. Un mar sin puertos, sin tierras a la vista.

Todos somos olas.

Aparecemos y desaparecemos y el mar permanece.

Todos somos el mismo mar.

Siento una presión en la cara. La boca y la nariz cubiertas por un objeto de goma.

De pronto, un torrente de oxígeno.

Abro mucho los ojos por encima de la ventosa del reanimador automático y veo a un hombre de unos cincuenta años. Sé bien quién es. Todos en el campamento lo conocemos. Además de la bata que acredita su condición de médico —es el mandamás

del hospital—, siempre lleva encima los artículos preceptivos de la religión sij: el pelo largo recogido en un turbante, la pequeña daga, el peine de madera y el brazalete. No veo el peine y la daga, pero estarán ahí, junto al estetoscopio.

Según dijo Aurore cuando desperté del coma, fue él quien me operó. Y ahora quiere salvarme a toda costa. Le grita a mi corazón: «¡Bombea, bombea!» Me venzo a su ímpetu. Sumiso, acepto que me traigan de nuevo a este barracón varado entre glaciares.

El médico observa la cruz que se alza sobre la lata y frunce el ceño con extrañeza. Resulta curioso su aspecto, no tiene pinta de cirujano jefe. Impone mucho su planta, coronada por el turbante en pico, y también su rostro acentuado por la barba —hay que estar muy seguro de uno mismo para mostrarse tan altivo siendo tan diferente al resto—. Pero, al mismo tiempo, resulta cercano como un primo con el que has corrido aventuras de pequeño.

Hay una calma tensa.

Aurore acerca un taburete y se sienta junto a la camilla. Sigo utilizando el aparato para respirar; la ventosa cubre casi toda mi cara. Nos miramos con detenimiento.

«Perdona», sé que me dice, aunque no llegue a pronunciarlo.

«No tengo nada que perdonarte», le contesto con los mismos silencios.

«Te he vuelto a traer aquí. Soy muy egoísta.»

«Nadie que se sintiera tan querido como yo me siento ahora querría morir.»

«Pero tienes que pasarlo muy mal, te duele horrores la cabeza.»

«Ni me acuerdo de los pinchazos.»

Me acaricia la frente. ¡Cómo me gusta que haga eso!

Los callados minutos me permiten estudiar sus reacciones. Aurore me contempla como si de verdad yo fuera un ángel Gabriel con las alas rotas. La expresión de sosiego del médico sij refleja que quiere estar a mi lado, a pesar de que —en este momento, sitiados por una legión de radicales— este lugar sea uno de los menos deseables del mundo.

Aurore le pide permiso para retirar la ventosa de mi boca. Tengo la cara empapada. Busca algo con que secarme. Va hacia la pared y arranca de un tirón la bayeta del cocinero. Quizá no sea lo más higiénico —a pesar de la pulcritud de su dueño—, pero sabe que, para mí, ese gesto es panacea.

—Sigues perdiendo sangre y has sufrido un síncope —me explica—, pero no vamos a dejar de trasfundir. Confiamos en que pronto se detenga la hemorragia. Lo que te ha ocurrido no quiere decir nada.

El médico asiente.

—Todos somos el mismo mar —declaro.

Son las primeras palabras de un recién nacido.

—¿Cómo?

—El mismo mar.

El sij pensará que me he emborrachado de oxígeno.

Sentada en el taburete, Aurore se inclina aún más sobre mí y apoya su mano en mi brazo. Comienza a interrogarme como si estuviéramos solos.

—¿Has vuelto a sentir lo mismo? ¿Qué hay del sol nocturno?

—Iluminando, iluminando.

—¿También has vuelto a ver la pantalla blanca?

—Desde que la descubrí no he dejado de verla.

—¿Hay más cosas escritas? Cuéntame una. ¿Puedes hablar?

—A medias.

—Sé que te cuesta, pero necesito oírte...

Quiere aprovechar el tiempo.

¿Qué tiempo?

—Sentí que abandonaba este capullo de seda y echaba a volar. Ahora lo veo claro: no soy pájaro, soy mariposa.

Recuerdo las mariposas de la boda hindú. Una mujer abrió una jaula detrás de la joven casadera y cientos de ellas salieron alborotadas.

Tengo alas de polvo, nacidas para disolverse sobre campos de flores. Deseosas de fundirse con la arcilla del suelo, de vagar de un continente a otro sobre las palmas del viento.

Ahora lo sé:

Soy una mariposa que mueve sus alas frenéticamente en el interior del capullo de seda.



03.22 h

Aurore sigue a mi vera en el taburete. Tapado por la sábana hasta el cuello, y tan quieto, debo de parecer un cadáver en una morgue. Pero su expresión es apacible. La misma que tendría si ambos estuviéramos viendo la televisión un domingo por la noche, recostados en el sofá entre suplementos de periódicos.

El médico se ha sentado sobre la mesa. Muestra un aspecto divertido. A la bata y el turbante se unen los pies colgando.

—Tiene usted fuerza —me dice.

—No sé si tengo tanta, al menos a este lado de la línea.

—¿La línea de control?

—La línea de la vida. Cuando la cruzas, la cosa cambia.

—He estado oyendo lo que decían antes. ¿Era una forma de hablar o puede afirmar que ha experimentado algo? Me refiero... científicamente.

¡Cómo son estos médicos!

—Desde luego que puedo afirmarlo, y no soy el único. Cuando mi hija murió, compré todo tipo de libros sobre la vida después de la muerte, aunque entonces no di ningún crédito a aquellos testimonios.

Otro disparo cercano. Los tres damos un respingo. Parece que los atacantes esperan que olvidemos que nos encontramos en este hervidero para introducir un nuevo cartucho. El gatillo es el minutero de un reloj que sólo marca horas fatídicas; los casquillos que golpean contra el suelo son el cucú.

—Al morir viajamos a un lugar mejor, de eso no hay duda —opina el sij—. Este planeta es el manicomio del universo.

—Yo necesitaba saber que Claudia no había desaparecido. Saberlo científicamente, como usted dice. Ése fue mi error.

—¿Por qué ahora lo considera un error?

—Porque no estamos preparados para saber ciertas cosas.

—No estoy de acuerdo —interviene Aurore—. Hemos conseguido desentrañar misterios con los que durante siglos soñaron astrónomos y poetas.

—Dime uno.

—Sabemos que algunos rayos gamma surgen del estallido de una estrella y viajan millones de años luz antes de cruzarse con nosotros.

—¿De veras te tranquiliza conocer esa información?

—¿Cómo?

—¿Acaso no hace aún mayor el agujero negro que tienes en el pecho?

—No sé a qué te refieres.

—Todos tenemos un agujero en forma de Dios en el pecho —sentencia el médico.

Le dedico una mirada de complacencia.

—Quizá el mayor tesoro de nuestra condición humana no sea el cerebro, sino ese hueco que no podemos rellenar a base de exprimir nuestras neuronas.

—¿Y con qué hemos de rellenarlo? —insiste Aurore.

—Con los latidos del corazón.

—Eres un romántico.

—Tengo mis días.

Sonreímos. Ella alza la vista pensativa.

—Así que la raza humana compensa su ignorancia con el amor...

Le guiño un ojo. No es algo que haría normalmente, pero puedo permitirme pocas licencias gestuales.

—¡He de irme! —exclama el médico.

Parece que no le hemos dejado otra alternativa.

Salta de la mesa al suelo y se marcha, dejando una estela de autoridad que al poco se desvanece como una pompa de jabón.

De nuevo solos en nuestra cápsula espacial.

Me pregunto qué habría sido de nosotros si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. Alguien podría habernos presentado en el cuartel general de Delhi, antes de partir hacia esta misión. O también podríamos habernos cruzado en el mercado de las especias... ¿Estabas allí? Entonces arrastraba los pies y los ojos; mi único afán era no tropezar con los sacos de hierbas. Si te hubiera mirado de refilón, podríamos haber hablado de cosas triviales y tomado una cerveza no muy fría y subido a una habitación distinta de ésta. Con un tapiz en la pared y una claraboya mal cerrada por la que se filtrase el bullicio de la calle, una cama con una colcha brillante y una mesilla con un cenicero y un termo. Yo también sería diferente. Tendría manos para tocarte y piernas para sujetarte por la cintura, impidiéndote escapar.

Como si hubiera oído mis pensamientos, Aurore se levanta un tanto azorada y pierde la vista en la negrura a través de la ventana.

—Debo de ser una perfecta ignorante.

—¿Por qué dices eso?

Se vuelve hacia mí.

—Porque entre estas cuatro paredes siento una irremediable necesidad de amar.

El labio inferior caído.

Le ha subido el pulso. Oigo su respiración.

—No puede ser.

—¿Qué no puede ser?

—Eres enfermera. Sabes de sobra lo que significa esto.

—¿No eras tú quien hablaba de aprovechar el instante?

—No así... No conmigo.

Se acerca despacio.

—Sólo deja que te dé un beso.

—No, no, no...

—Deja de balbucear y, si eres capaz, di claramente que no quieres que lo haga.

¡Claro que quiero! ¡Cualquiera querría!

Sigue avanzando.

Adivino sus piernas bajo el estampado de camuflaje. La manga remangada de la camiseta deja al aire la piel tostada de sus brazos, que se eriza.

Sé que todo mi cuerpo se eriza también, carne de gallina en la piel inerte. No recibo mensajes de mis terminaciones nerviosas, pero noto una sensación conocida en el paladar. Como cuando probé aquellas hojas que los somalíes utilizaban para anestesiar. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía algo así? Es otra vida. Hay algo mágico en el hecho de vivir una vida entera en una sola noche.

—Te sientes atraída por mí porque soy un amor imposible.

—Shhh...

Nos separan cuarenta centímetros,
treinta y cinco,
treinta...

Puedo olerla. Me quema su aliento.

De pronto más disparos, aún más cercanos. ¡Los tenemos encima! Comienza un ensordecedor intercambio de fuego.

Aurore se separa de mí, va hacia la ventana y pega la cara al plástico. Quiero decirle que se aparte de ahí, que corre peligro, pero estoy confuso. Ignorancia, amor, creer, comprender... Los gritos se suceden, y las carreras por el campamento. ¿De dónde han salido tantos soldados? Había llegado a pensar que estábamos solos en el universo infinito. Vagando ingrátidos, cogidos de la mano en este microcosmos lleno de cables y goteos sordos. Pero los momentos de perfección duran poco...

La tierra bajo nuestros pies se desgarrar en un alarido al tiempo que un fogonazo inflama el aire.

Esta luz
no tiene nada que ver
con mi sol nocturno.

Londres

Me dirigí sin perder un minuto a la estación de South Kensington. Compré un billete de día pensando en recorrer todo el subsuelo londinense, pero al instante me convencí de que era un plan absurdo. Parado en mitad del hall entre viajeros que me esquivaban quejumbrosos, lo vi claro: Claudia había regresado a la estación en la que apareció el móvil. Fuera lo que fuese lo que le hacía comportarse de aquella forma errática, tenía que sentirse muy sola. Querría ser rescatada y le constaba que yo disponía de esa pista.

¿Dónde dijo la policía que lo encontraron? Creo que fue en la línea verde... ¡En Upminster Bridge! Está tan lejos del centro... ¿Para qué habría de ir allí mi hija?

¡Voy a buscarte!

Bajé los escalones de tres en tres hasta el andén al tiempo que la cabeza del tren asomaba por el túnel. Volvía a sentirme su héroe medieval, a punto de encaramarme a la grupa de un gusano descomunal para atravesar la oscuridad de las cavernas en busca de mi princesa.

Se cerraron las puertas y los sonidos permanecieron fuera. Las grabaciones del megáfono, los pitidos de advertencia, el eco de las conversaciones... El mundo —que me había nublado hasta hacer que desatendiera a mi pequeña— se convirtió en un amante despechado que me veía marchar desde el otro lado de la ventanilla. Como si me hubiera sumergido en un estanque aguantando la respiración, sólo oía los acelerados latidos de mi corazón (quizá eran los del corazón de Claudia, emitidos a través de algún tipo de frecuencia paternofilial) y aquellas voces del pasado que se agolpaban en mi mente: «Deberías preocuparte un poco más de los vivos», me había echado en cara no hacía mucho.

Aquellas ocho palabras resonaron en mi mente hasta que una inquietante locución anunció la siguiente parada:

Victoria Station.

Subieron y bajaron hombres y mujeres, viejos y jóvenes, pero todos con algo en común: ninguno era consciente del peligro que se cernía sobre sus cabezas. Si a Claudia le ocurriese algo, sería literalmente el fin del mundo.

St. James Park.

Nueva estación, más personas. Algunas movían la boca, pero yo no oía otra cosa que la torturadora frase: «Deberías preocuparte un poco más de los vivos.» ¿Cómo se detiene esta grabación?

Westminster.

Recordé las palabras de la tutora sobre su aislamiento en el comedor, las espantadas de casa sin desayunar. ¿Cuándo había empezado mi hija a no comer?

Embankment.

Tal vez se gaste en drogas el dinero de la comida. ¡Drogas no! ¿Por qué no? Aquellas pastillas que encontré en su mochila... Ella dijo que eran para ir al baño. A la hora de cenar tampoco solíamos coincidir. Está delgada; más bien flaca; ¡flaquísima!

Temple.

Saqué el iPhone y tecleé en Google: «Arrebatos con la comida.» Maldito internet... La señal iba y venía, dependiendo de las estaciones. Como en mi vida, llena de túneles.

Blackfriars.

Mansion House.

Cannon Street.

Por fin conseguí conexión. Ahora va rápido. ¡Aprovecha! El buscador me ofreció varias opciones que no me convencieron. Seguí tecleando: «Destrozos en la nevera.» Muchos se referían a la bulimia. No, Claudia no es bulímica.

Monument.

La palabra «anorexia» aparecía en algunos enlaces. ¿Los anoréxicos asaltan neveras? ¿Puede una chica como ella volverse anoréxica? ¿Cómo de flaco tiene que estar alguien para que se considere que tiene anorexia? Vaya necedad de pregunta. Abrí una página que parecía seria, de la Academy of Medical Sciences o alguna asociación parecida que sólo miré de refilón porque fui de inmediato a leer el artículo.

Tower Hill.

Afirmaba que los anoréxicos hacen cosas así cuando pierden el control. Veinticuatro horas al día luchando contra las biológicas ganas de comer es una rutina difícil de soportar. La madre de Kelly había dicho que Claudia había asaltado su nevera como un animal. ¡No eran más que un tomate aplastado y un par de yogures empezados, por el amor de Dios!

Aldgate East.

No puede ser anoréxica.

Whitechapel.

Me habría dado cuenta.

Stepney Green.

Mile End.

Bow Road.

Bromley-by-Bow.

West Ham.

Plaistow.

Upton Park.

East Ham.

...



03.30 h

La atronadora respuesta de nuestros soldados envuelve el hospital de campaña como un coletazo del monzón. Cañones de diversos calibres interpretan una obertura de Wagner. Éxtasis y, de pronto, silencio. Imagino al director exhausto, con la batuta caída, mientras un pitido se afina en mis oídos. Espero que no despierte a la medusa.

Se ha ido la luz.

No el sol nocturno; toda la luz. Los fluorescentes, el flexo de la mesita.

Estamos completamente a oscuras.

—¿Estás bien?

—¿Estás bien?

Lo decimos a la vez.

—Aurore...

—David...

Nos pisamos de nuevo.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Una granada de mortero, al otro lado de la pared. ¿Seguro que estás bien?

—¡No, aquí dentro! Ese estrépito... ¿Se ha caído la botella de suero? David, ¿se ha caído?

—No te preocupes.

—¿Cómo que no me preocupe? ¡Tengo que mantenerte la tensión!

—Aurore...

—¡No se ve nada! ¿Y la bolsa de la transfusión? Oh, Dios, voy a volverme loca...

Oigo ruidos. Ha echado a andar. Noto que se apoya en la camilla para rodearla. Pisa cristales. Tal vez sea cierto que se ha caído el gotero.

—Ten cuidado, no te vayas a cortar.

—No lo encuentro...

—¿Qué buscas?

—Aquí está. Menos mal...

—¿El qué?

Apenas formulo la pregunta, una enorme luciérnaga prende frente a mis ojos.

¿De dónde ha salido?

Revolotea hasta posarse sobre mi pecho...

Es su portátil.

Con la musiquita de bienvenida se abre una foto de dos personas. Una de ellas es la propia Aurore. Tan iluminada en mitad de la pantalla, suspendida en la oscuridad, despliega más que nunca su condición angelical. Ya me lo pareció la primera vez que la oí cantando aquello de *Para... para... paradise*. Está junto a una señora.

—Es mi madre —se anticipa.

Están sentadas en un banco callejero delante de una pastelería. La madera de los marcos del escaparate policromada, como la cara de la madre. El carmín escarlata, la sombra de ojos demasiado verde. Aurore sujeta un bollo de crema como si fuera una cría de pájaro.

Parece que la contemplación repentina de la instantánea la tranquiliza. Y, además, nos sirve de lámpara. Tras constatar que no prosigue el bombardeo, analiza la situación: la bolsa de sangre se mantiene en su sitio, bombeando al ritmo que le han marcado. Pero la botella de suero se ha hecho añicos a los pies de la camilla. Saca otra del armario y, mientras me coge la nueva vía intravenosa, dice:

—Esta foto huele a azúcar tostada. La escogí por eso. Todas las demás en las que aparecemos las dos siguen oliendo a los gatos.

Repaso mentalmente las instantáneas que guardo en mi disco-duro-caja-fuerte-de-recuerdos. ¿A qué huelen? A tagliatelle, a los árboles de Holland Park, al champú de Claudia. Es raro, quiero más que nunca a mi hija y a mi mujer, pero ya no necesito imaginar una casa por la que se crucen y discutan y se intercambien pantalones. Sé que están aquí mismo, en mí.

—Fíjate en ella —dice para sí—. Traspasa el objetivo como si fuese una modelo.

—Os parecéis mucho.

—Qué galante eres; no bajas la guardia ni en plena batalla.

—Será que la luz del portátil te sienta bien.

—¡Ja! Será que estamos casi a oscuras y apenas se me ve. Por eso salgo ganando.

Mueve el taburete hasta el cabecero de la camilla y, estirándose desde atrás, pega su cara a la mía.

—Hace un rato has dicho que lo que realmente te torturaba era no haber logrado que tu madre muriera feliz —retomo. Ella asiente de forma casi imperceptible.— ¿Qué te pedía? ¿Qué es lo que no podías darle?

Se toma unos segundos antes de contestar. Esta vez sé que no se va a echar atrás. El eco de los disparos pasa a segundo plano, le deja espacio.

—Me suplicaba que terminase con su vida.

—Qué duro...

—Hubiese bastado un cóctel con sus propias pastillas. Ella no era capaz. Ya sabes, al final siempre nos aferramos a este terruño.

—No puedes culparte por no haber hecho eso.

—¿Cómo que no?

—Si nos aferramos a la vida es por algo. Una cosa es aceptar la muerte como algo natural, pero otra muy diferente despreciar esta oportunidad que se nos ha concedido.

—Ni que vivir fuera un premio... No siempre es una suerte estar vivo.

—Todas las vidas son una oportunidad, al margen de las apariencias. Acuérdate de la pantalla de cine: nunca se quema, por mucho que la película sea un infierno.

—¡Todo eso está bien en teoría, pero las cosas se ven muy diferentes cuando hablas de una persona concreta! ¡Mi madre tenía una vida concreta! ¡Yo tengo una vida concreta!

Le doy un instante para que se calme antes de preguntar:

—¿Sabes lo que dicen los tibetanos sobre la vida?

Niega con la cabeza. Al hacerlo me roza con su pelo.

—En la gran meseta, al otro lado de estas montañas, hay un monte sagrado llamado Kailas a cuyos pies reposa el lago Manasarovar. Los sabios de la región aseguran que es más difícil reaparecer en otro cuerpo humano como el que disfrutas ahora que arrojar un anillo desde la cima del monte y confiar que se engarce en la cola del único pez mariposa que surca esas aguas.

—Oh, Dios... —Suspira, inclinándose hacia atrás—. Llévame a ese lugar. Aquí comienza a faltarme el aire.

Estira el brazo y clicla el ratón táctil del Mac. Madre e hija se esfuman, dando paso a una fría bandeja de correo electrónico.

—Tenemos la responsabilidad de vivir, de buscar nuestro camino. Eso es lo importante: el camino. Sólo unos pocos consiguen cumplir sus sueños, pero el gran triunfo consiste en mantener el paso firme hacia ellos, pase lo que pase.

—¿Aprendiste esto del lama que venía a por comida? —pregunta más sosegada—. Confíésalo, al principio de la noche has recitado unas palabras de Buda que él te había enseñado.

—Lo confieso.

—¡Lo sabía! Ya no tienes secretos para mí.

—Me lo contó el día que le acompañé a la lamasería.

—¿Fuiste a su monasterio? ¡Pero si está en la montaña, en el lado pakistaní!

—Sí que quedaba un poco lejos, sí.

—Está claro que te la andabas jugando desde hace tiempo.

—Los nubarrones ocultaban el sol nocturno.

Parece haberse tranquilizado por completo, pero revienta de nuevo.

—¡Hay casos y casos, David! —Se apoya con brusquedad en la camilla para incorporarse. El portátil se balancea sobre mi pecho y a punto está de caer al suelo—. ¡Mi madre me suplicaba dignidad, y yo no fui capaz de ayudarla! En *La historia interminable*, la Nada se extendía por el reino de Fantasía porque los humanos habían dejado de soñar. Y en su pequeño apartamento ocurrió lo mismo. Yo dejé de soñar y

allané el terreno para que aquella marea negra se cerniese sobre ella. Llegó un día en el que mi madre no recordaba nada; y al no recordar no podía amar. Murió sin amar a nadie y sin saber si alguien la amaba a ella.

Vuelve a recrudecerse el intercambio de disparos. En el pasillo, un grupo de oficiales discuten con los médicos la forma de evacuar a todo el personal no militar. Al parecer, el panorama no es muy alentador. Les oigo decir que no esperaban un asalto semejante. Aurore, ajena a todo, sigue hablando mientras aguanta las ganas de llorar:

—La imagino vagando por el otro mundo sin conocer a nadie. Preguntando en los semáforos por dónde se va a... ¿En el otro mundo hay semáforos? ¿Qué importa? Mi madre está sola, y es por mi culpa.

—Eso no es así.

—Completamente sola.

Una lágrima atraviesa su rostro dejando una huella que brilla en la oscuridad.

—Al otro lado de la línea todos están bien —le explico, haciendo acopio de toda la ternura que he economizado en los últimos años—. Recuperan la vista, el oído, la movilidad en las manos... incluso la memoria. Y nadie está solo. Las personas que has amado están esperándote y te dan un abrazo de oso nada más llegar.

—¿De verdad?

—¿Cómo puedes dudar de mí? Lo he visto con mis propios ojos...



03.41 h

Es cierto que al otro lado de la línea recuperamos los sentidos perdidos y los miembros arrancados. Tras el estallido, bajo la luz del sol que brillaba en mitad de la noche, me sentí completo. Como si jamás hubiera padecido un catarro. Ya había oído que quien ha estado en el umbral de la muerte, lo que menos desea es volver. Nadie imagina lo que es sentirte... una prolongación de tus dioses. Debería habérselo contado al doctor sij. Si esto le pasa a todos los moribundos que se han adentrado en el túnel, podrá considerarse un dato científico.

Mientras doy una última vuelta a estas cavilaciones, los ojos de Aurore se inyectan en sangre; su cuerpo se tiñe de verde, y no por el delantal de plástico; su piel muta en una suerte de escamas. ¡Es una cobra del mercado! Se arquea y hace vibrar la lengua bífida...

—¿Qué te ocurre? —me pregunta.

Abro los ojos de golpe.

La habitación en penumbra, apenas iluminada por la pantalla del portátil. Me había quedado dormido. Durante unos segundos sigo asustado. En el mundo de los sueños todos somos niños, nos dan miedo las serpientes, incluso las que no son venenosas y bailan al ritmo de las flautas.

—Lo siento...

—¡Te habías quedado dormido! —Suelta una carcajada—. ¡No te gustan mis historias!

Estoy confuso.

—¿Qué historias?

—Yo también quería aportar mi granito de arena a tus mil y una noches. Había comenzado a contarte algo interesante que me pasó una vez, pero olvídalos. —Hace un gesto altivo—. No lo voy a repetir.

—Lo siento... —Al ver que me disculpo, ríe más todavía—. Me estás mintiendo. Eres mala...

Se lleva la mano al bolsillo lateral del pantalón de campaña y saca un objeto pequeño. Al acercarlo a mi cara destella a la luz del portátil que se balancea al ritmo de mi mecánica respiración.

—Mírate —me sugiere.

Es un espejito de tocador.

—¿Por qué llevas eso encima?

—¿Y por qué no?

—No sé si en este campamento tendrás muchas ocasiones de retocarte el rímel.

—También se usa para otras cosas. ¿O piensas que a las mujeres no nos sale un poco de bigote?

—Siendo militar supongo que te saldrá un gran mostacho.

—Hazme caso y mírate.

—¿Qué quieres conseguir?

—Cuando era pequeña y despertaba de una pesadilla, mi madre hacía que contemplase mi cara soñolienta en uno parecido a éste, y siempre funcionaba. En aquellos días mi realidad era acogedora. Me tranquilizaba regresar a ella.

—Pues es la misma realidad de la que has huido.

—No es la misma —replica con gravedad.

—¿Crees que ahora está llena de acechantes serpientes?

—¿Cómo?

—Las únicas serpientes peligrosas son las que viven en nuestra mente. A las demás puedes amaestrarlas con una simple flauta de bambú.

—No conoces a mis hermanos.

—También sabrías cómo domarlos.

—Te digo que no los conoces.

—Mira lo que estás haciendo conmigo. ¿Eres consciente de la cantidad de amor que eres capaz de entregar?

—Contigo, tú lo has dicho. Contigo es fácil. A ellos no puedo tratarlos como a ti.

—Deja que te cuente otro pasaje de mis mil y una noches, como tú las llamas.

—Las mil y una noches... del alma —susurra en mi oreja, dándome su beneplácito.

Dicho por ella, hasta eso suena sensual. Desde que la he tenido a un palmo de mi boca he de esforzarme para que no me cieguen sus labios, la piel erizada de sus brazos, su aliento cálido. Comienzo a hablar para no turbarme.

—Cuando abandoné la casa donde me invitaron a cenar la noche del partido de críquet, la madre del niño salió tras de mí y se ofreció a llevarme en su góndola. Dijo que atajaría cruzando el lago Dal. No pude hacer otra cosa más que aceptar. Desde que escuché la fábula de los mercaderes estaba a merced de aquella familia.

»Me pidió que me colocase frente a ella para repartir el peso. En uno de sus dientes, junto a dos muelas de oro, relucía un brillante. Del velo (que no ocultaba su rostro dado que, aparte de mí, el único testigo de su belleza madura era la luna que apenas asomaba entre las nubes) colgaban aros de plata que campanilleaban, orquestando el golpeteo sordo del agua contra el casco.

»Nos introdujimos por un canal estrecho, entre grandes árboles que se estiraban desde la orilla para agarrar las ramas del otro lado. Dejábamos una estela entre el manto de hojas que cubría la superficie. Pasamos bajo un puente de piedra de cuya balaustrada colgaba una sábana tendida. Me pregunté por qué no podía asir sus cuatro puntas y, dejando que la inflase el viento, ascender al cielo y perderme entre lluvias y planetas.

»Amarramos en una escalinata que se sumergía en el agua. Unos pescadores cosían las redes que utilizaban para retirar el plancton. La mujer señaló con el índice una calle. No conocía aquel barrio. En realidad, nunca había pasado por la zona antigua de la ciudad. Me despedí de ella con la sensación de que algún día volvería a ver ese diente engalanado. Quizá fuera mi anhelo de formar parte de su clan, de que me adoptasen. Pero nadie querría adoptar a un muerto.

»Me sumergí bajo las arcadas ojivales de un bazar. Había puestos de quincalla y freidurías en cuyas sartenes gigantes chisporroteaban láminas de fécula y pasteles de calabaza.

»Como en la boda hindú, los rostros de cualquier niña me parecían el de Claudia. Y ahora sé que lo eran. Y también sé que cada vez que una de ellas dibujaba una sonrisa, todos los soldados (en la ciudad y, más allá, en los destacamentos de la línea) sentían una punzada en el pecho y aparcaban por un rato sus fusiles. Aquellas sonrisas blancas sobrevolaban el humo de los morteros y les atravesaban el corazón como una flecha perdida de Vishnú, el dios que preserva la vida.

»Y, como en la boda hindú, vi al enano de los bombachos.

—¡El enano! —se alegra Aurore, como si ya lo conociera.

—Lo vi a través del arco mogol de la Mezquita Verde, tirado sobre una alfombra de rafia entre un montón de zapatos, babuchas y sandalias. No estaba en su mejor momento. Un grupo de reclutas de permiso le estaba dando una buena paliza, escupiéndole y llamándole deforme y cosas peores.

—¿Qué dices?

—Pero lo más sorprendente era la respuesta del enano a sus agresores. No sólo les sonreía, sino que, ligando frases a duras penas, les invitaba a comer y a dormir a su casa; y cuando podía retirar los brazos de la cara magullada sacaba su bolsa y les ofrecía su dinero.

—¿Por qué hacía eso?

—Yo tampoco lo entendía. Eché a correr hacia ellos y conseguí ahuyentarlos. Ayudé al enano a recomponerse, le llevé a un café del zoco y, más tranquilo, le pregunté por qué actuaba de esa forma. Todo lo que me contestó fue que no podía evitarlo. Que su corazón rebosaba amor.

»Le dije que estaba loco; que con toda la gente buena que había en el barrio, muchos de ellos muy necesitados, era un crimen derrochar tanto amor con aquellos indeseables. Y él me contestó: “No puedo dejar de desprender amor, ni tampoco escoger sus destinatarios. ¿Acaso una nube vierte o no la lluvia dependiendo de quien esté

debajo? No importa que sobrevuele un bosque o una estepa, o que el sediento sea un fugitivo con las manos manchadas de sangre. Esa delicada nube, mientras le quede una sola gota de agua, seguirá exprimiéndose hasta desaparecer.”

Durante unos segundos, ninguno decimos nada.

Al unísono dirigimos la vista a los pétalos pintados en las paredes y el techo, que adquieren una nueva dimensión. Apenas se distinguen por la escasa luz del portátil, pero no hay duda de que, recién regados por el agua de la nube, están más bellos y aromáticos que nunca. La habitación —entre los pétalos, el té de menta y las fotos que aún permanecen en mi mente— está colmada de aromas.

—¿Siguen por ahí los sprays? —le pregunto.

Mira al suelo. Está todo revuelto desde el estallido de la granada, pero pronto localiza la caja.

—Sí.

—¡Pues coge ahora mismo el verde y pinta una cobra en la pared!

—¿Que pinte qué?

—Una cobra, como las de los faquires. ¡Y que se arquee sinuosa!

—Las cobras no son verdes, creo que son más bien negras.

—No te hagas de rogar...

Rebusca sin rechistar entre el montón de aerosoles y acerca uno a sus ojos para comprobar que es del color que busca. Va hacia la pared, agita con ímpetu el spray y aprieta el pulsador.

El soplido del gas que esparce la pintura me provoca el mismo efecto que el viento en lo alto de un acantilado; un acantilado sin osos azules del Himalaya. Me veo capaz de extender los brazos y volar, sólo dejándome llevar.

Ni siquiera necesito sábanas infladas como parapentes.

Los pétalos miran de reojo a la serpiente que va tomando forma, mientras hacen tirabuzones como pájaros migratorios que se cruzan en el cielo.

Sigo centímetro a centímetro sus trazos inseguros. Le cuesta mantener la unidad de grosor y tamaño en el cuerpo estirado del reptil. Dibujar con el spray es más difícil de lo que parece, pero le queda bastante bien.

Cuando termina, arroja el aerosol a la caja y respira hondo, exhausta tras otro furtivo grafiti.

La serpiente me observa.

«Hola», la saludo.

«¿Verdad que lo único que quieres es bailar? No te preocupes. Yo tocaré la flauta de bambú.»

Londres

Barking.

Upney.

Me habría dado cuenta.

Becontree.

Dagenham Heathway.

Dagenham East.

El artículo también afirmaba que, en casos extremos, los enfermos de anorexia quieren morir. El control les agota, y no les basta con destrozar un tomate.

Morir...

Un estremecimiento. Miré el plano. Sólo faltaban tres estaciones.

Elm Park.

Hornchurch.

Nos detuvimos en aquel andén solitario. ¿Quién va a subir aquí? ¡Arranque ya, que sólo falta una! «Claudia, Claudia... Espérame, que ya llego. A darte de comer y de beber mi carne y mi sangre.»

Mientras esperaba a que el tren reanudara la marcha, una sonrisa se abrió paso en mi cara. Habría querido contarles a los demás viajeros que estaba a punto de recuperar a mi hija, pero el vagón iba casi vacío y los pocos que me acompañaban miraron de pronto hacia afuera.

¿Qué ocurre? ¿Por qué no arrancamos?

Nadie subía ni bajaba, pero las puertas permanecían abiertas.

La voz amplificadora del revisor se apoderó del andén.

«Les pedimos disculpas. Hemos de suspender el trayecto por motivos ajenos a la empresa. Les rogamos acudan al mostrador de la...»

Apenas entendía aquel chorro infame, era como si oyese una lengua muerta. Todos los viajeros echaron a andar como autómatas.

¿Adónde vais?

¡Que esta maldita máquina siga adelante!



03.57 h

He tratado de que Aurore no lo note, pero hace rato que vuelve a dolerme la cabeza. La medusa ya no golpea como una demente contra las paredes acolchadas de su celda. Ahora se dedica a horadar un hueco en mi frente con uno de sus filamentos. Como siga así mucho rato, terminará abriéndome un tercer ojo.

El piloto de la batería del portátil comienza a parpadear.

—Para cuando avisa ya está a punto a apagarse —advierte Aurore—. Tengo que arreglarlo. Donde vivo hay una tienda en la que lo reparan todo, desde un ordenador hasta un cortador de embutido.

Ha dicho «donde vivo»; y por primera vez en mucho tiempo piensa en volver. Ella también se ha dado cuenta.

—Júrame que tienes un cortador eléctrico de embutido...

Suelta una carcajada.

—Sí, lo tengo.

—Me das más miedo que los carniceros de la matanza de Texas.

Mientras ríe, la pantalla se funde en negro.

De nuevo nos sumimos en la oscuridad absoluta.

Si fuera una película, ahora subiría la música y aparecería la palabra fin.

No es el fin. Se oyen disparos en el exterior, mi hemorragia interna sigue anegando el drenaje... Pero Aurore volverá a casa y arreglará la batería de su Mac.

No es el fin, ni tampoco el principio. Es ahora.

No la oigo moverse. Es como si hubiéramos apagado la luz a propósito para quedarnos dormidos.

—¿Por qué no te tumbas otra vez a mi lado? —le pregunto.

Las palabras suenan diferentes en la oscuridad. Parecen no corresponder a ningún momento concreto.

—¿Estás seguro?

Palabras sin tiempo.

—Claro.

—No quiero que te sientas mal.

—¿Cómo voy a sentirme mal?

—Como antes, con lo del beso.

Palabras suspendidas en el aire. La oscuridad las mece.

—Recuerda que no querría estar en ningún otro sitio más que aquí.

Noto que la camilla se balancea ligeramente. Debe de estar retirando el Mac apagado de mi pecho y acomodándose junto a este cuerpo mío que no siente su proximidad. ¡Sí, aquí está! Su respiración en mi cara. Eso sí que lo noto, un tifón que sacude esta isla desierta. Refresca las palmeras, hace que salgan a pasear los cangrejos ermitaños.

—Mi corazón se acelera —dice cuando ha terminado de coger la postura.

—Debe de ser por miedo a caerte de la camilla.

—¿Quieres tocarlo?

—¿Cómo?

—¿Me dejas que coja tu mano y la ponga en mi pecho?

—No voy a notar nada...

—Verás como sí.

Estamos a oscuras y mis terminaciones nerviosas siguen condenadas al profundo letargo, pero Aurore relata su acción con una conmovedora ternura que se filtra en las recónditas cavidades donde germina mi erotismo. Llega a hacer que mis neuronas burbujeen. Mi cerebro parece un jacuzzi.

—Estoy cogiendo tu mano. La separo despacio de la sábana. Me levanto un poco la camiseta, lo justo para introducirla sin que se arranque la vía de la transfusión. Vamos subiendo desde mi ombligo hacia arriba... Tiemblo... Y aquí está el corazón. La poso con cuidado, justo encima. Ya está. Ahora silencio, dedícate a escuchar...

—Tenías razón —susurro de forma entrecortada—. Oigo los dos latidos, el tuyo y el mío.

—Van cada uno por su lado.

—Y sin embargo acompasados, como los del mercader y el terrateniente del cuento del desierto.

—Pom, pom. Pom, pom.

—Pom, pom.

—¿De verdad no sientes miedo? —pregunta Aurore.

—¿A caerme de la camilla?

—Hablo en serio. Necesito que me contestes.

—Ni yo siento miedo, ni mi hija lo sintió... Ni tampoco tu madre. Analiza este momento. Así, a oscuras, las palabras suenan a música clásica. Y cuando cruzamos la línea ocurre lo mismo con nosotros. Nos convertimos en un conjunto de notas y de silencios que se sumergen en un pentagrama infinito. Na na na... Na na... —canturreo.

—¿Qué es eso?

—La obertura de Strauss que sonaba en *2001, odisea del espacio*. No sé por qué me ha venido a la cabeza.

—¡Cantas fatal! —exclama riendo.

En la oscuridad, la risa se confunde con el llanto. Ambos dotados de liberadoras lágrimas.

—Dónde queda el 2001... Recuerdo cuando aún faltaban décadas para que llegase el cambio de siglo.

Se abraza a mí. Si aprieta mucho terminará por arrancarme el drenaje, pero habrá merecido la pena.

—Eres un viejo.

—No te pases, tengo poco más de cuarenta. No creo que te saque más de diez.

—Dime cosas de viejo sabio.

—¿Como qué?

—Como lo de que somos notas y silencios de una misma sinfonía.

—Es una sinfonía infinita. Por eso no somos viejos ni jóvenes. Vivimos desde siempre y para siempre, y volvemos a nacer cada día, como la diosa Aurora.

—Me dijiste algo parecido cuando nos conocimos. Piensa otra enseñanza.

—¡Qué presión! ¿Sobre qué la quieres?

—Sobre el mar. El estar así, a oscuras, hace que me acuerde de mis vacaciones en la costa. Me gusta dormir con el ruido de las olas.

—El mar es la sinfonía perfecta de la naturaleza. Y nosotros somos el murmullo de un solo mar. Una gota no puede pretender que viene de un río y otra de otro río.

—Sigue.

Quiero que se me ocurra algo ingenioso. La cabeza me estalla. Siento que estoy llegando al final de mis posibilidades, pero me da pena confesárselo.

—Había un poema que recitaba aquel monje tibetano...

—Eso es, cuéntame de qué hablabais en vuestros paseos por la montaña.

—No me hagas mucho caso, pero creo que decía algo así como:

Descansa, que todo acaba.

En tu lucha infructuosa, descansa.

En este instante, que ya se ha ido.

Descansa

en la muerte de lo que siempre estará vivo.

Las balas respetan la pausa que sigue al poema.

—Me parece notar la presencia de mi madre en esta burbuja nuestra —susurra Aurore—. Pero no te preocupes, no pretende molestar. No es como si otro cuerpo hubiera entrado de pronto para restarnos espacio. Es más como si... Por primera vez la siento parte de mí misma.

Me abraza con fuerza. Derrama lágrimas que buscan la comisura de mis labios. Degusto su sabor salado.

Como el sorbo de té. ¡Qué felicidad!

—Llévame de viaje —dice de pronto.

—¿Qué?

—Llévame allá donde pueda sumergirme en lagos helados y nadar con peces mariposa. Donde los lamas que se cruzan en las escalinatas de los templos intercambian poesías como ésa...



04.03 h

—El día que acompañé al lama a su monasterio —comencé a narrar sin perder un segundo—, todas las montañas que alcanzaba a divisar estaban cubiertas de nieve. Trataba de pisar donde él pisaba. Yo calzaba las botas reglamentarias, las mismas que había utilizado desde mi primera misión con Naciones Unidas. Él, unos mocasines que habían sustituido a sus habituales sandalias.

»El cielo estaba nublado, pero la iridiscencia de la nieve quemaba las retinas. Me zambullía en una atmósfera en la que sólo había oxígeno para prender recuerdos blancos, pasajes de películas antiguas, citas célebres sobre esos horizontes que nos invitan a dar un paso, y después otro, siempre hacia delante; que cuando nos acercamos se alejan, para revelarnos que lo importante es el camino.

»Mientras caminaba hacia mi inesperado horizonte por el techo del mundo sólo podía pensar en Claudia. Un psicoanalista de Oxford me explicó que estaba tan ligada a la figura materna, por la tragedia que había acompañado a su nacimiento, que trataba de evitar el crecimiento a base de no comer. Pero Claudia deseaba crecer cuanto antes. Deseaba demasiado. En Cachemira las familias son más felices porque desean menos. Yo también lo deseaba todo. Deseé una hija que me quitó a mi mujer. ¡Qué imperfecto universo! ¡Qué pronto se rompe la armonía de las esferas! Más nos valdría que alguien nos contara a tiempo que la vida consiste en reubicarlas, una y otra vez, siendo conscientes de que pronto volverán a rodar como pelotas locas por la casa...

»Cuando perdimos de vista el campamento, cuatro jinetes se acercaron al galope. Forrados de pieles que se confundían con el pelo de sus ponis, hacían girar sobre sus cabezas unas fustas acabadas en un cordel. Pasaron frente a nosotros cubriéndonos de polvo de hielo y se introdujeron en una nube.

»“No hay duda”, pensé. “Estoy en el techo del mundo. Lleno de horizontes para perseguir. Pero ya no es mi momento; mis fatigadas botas no están preparadas para caminar por la nieve.”

»—¡Mira el cielo! —exclamó de repente el lama. El sol apareció por un hueco abierto en la capa gris y sus rayos brillaron de forma impresionante. Al poco, el hueco se cerró.

»—Eso es la vida.

»—¿A qué te refieres?

»—A ese instante de intensa luz que estás obligado a aprovechar. ¿No es grande el haber nacido libre? ¡Para algo hemos tomado prestado este cuerpo a la muerte, aunque sea durante un instante!

»Mis pensamientos sombríos volvieron a ocultar el momentáneo sol. Un rato después llegamos al monasterio: un brochazo rojo en la inmaculada ladera. Rojo de sangre de antiguos guerreros, de corazones abiertos a las verdades absolutas. Cruzamos el portón. Aquel lugar incitaba a creer. Entre los muros de adobe se respiraba tanta fe que te sentías capaz de forjar una propia. Una pareja de lamas salió al paso. Llevaban la túnica anudada en la cintura, dejando al aire una camiseta de tirantes. Venían del lavadero, portando dos cubos de plástico llenos de platos.

»Cruzamos el patio. El empedrado era una pista de patinaje. Dos gallos avanzaban a trompicones como Charlot y Buster Keaton. Entramos en el edificio principal y subimos por una angosta escalera de madera. En la buhardilla estaba el santuario, recubierto de telas que caían desde el techo como estandartes de olvidados linajes. Olía a manteca quemada. Al fondo, una hilera de estatuas de deidades y demonios protectores vigilaban quién entraba. En mitad de todos ellos, la cabeza de un gigantesco buda dorado emergía por una trampilla. Fui directo a asomarme, asombrado por su tamaño. Estaba sentado en la posición del loto en el sótano y atravesaba tres plantas hasta irrumpir en el templo.

»Las montañas, vistas a través del marco de la ventana, semejaban el paisaje mágico de la Gioconda. Temía hacer algo incorrecto, la cordillera contemplaba cada uno de mis movimientos. Unos pájaros que piaban en las vigas del techo se lanzaron sobre nuestras cabezas y comenzaron a dibujar arabescos simulando las tallas de los capiteles.

»El lama me dejó solo. A lo lejos sonaban espadas chocando. Quizá fuera el yunque de un herrero que trataba de forjar mi alma. Llevaba mucho tiempo portando mi angustia como un descolorido tatuaje en el antebrazo. Ya ni siquiera me daba cuenta de que estaba ahí.

»Al poco, el monje regresó en compañía del abad.

»—¿Qué buscas aquí? —me preguntó sin preámbulos.

»—Resucitar a mi hija —contesté sin pensarlo.

»—Has venido al lugar correcto. En este lugar, con el cielo al alcance de la mano, todo es posible.

»No podía creer lo que acababa de oír. El corazón me latía a toda velocidad. Hizo que le acompañara a través de una portezuela y una escala de cuerda hasta la terraza situada sobre el santuario. Era el punto más elevado de la lamasería. Desde allí se obtenía una vista de planetario, pero con viento real. Un viento que formaba remolinos de nieve polvo en las cimas y congelaba la nariz.

»—¿De verdad puede resucitar a mi hija? No me irá a contar ahora que tarde o temprano se reencarnará en una vaca o en una princesa etrusca.

»—Mucha gente cree que la reencarnación consiste en cambiar de traje, y no es así. Digamos que es una explicación simbólica. Cuando morimos, todo nuestro ser se transforma.

»—Todo menos el alma, entiendo.

»—Si te refieres a un alma individual... Creo que no existe, al menos como tú la concibes.

»—¿Qué está diciendo? ¿Cómo podrá entonces resucitar a Claudia?

»—Cuando morimos todo se transforma —retomó—, al igual que ocurre cuando tomamos cualquier tipo de decisión en la vida. Con cada uno de nuestros movimientos, por pequeño que sea, propiciamos un mundo mejor o peor en el cual surgen otras formas que en realidad somos nosotros, otros cuerpos que también somos nosotros.

»—Ya, pero mi hija...

»—Respira este viento helado —sentenció sonriendo—. Deja que penetre en ti, que se funda en ti.

»Me sentí tan defraudado que ni siquiera le contesté. Di media vuelta y me marché conteniendo las ganas de arrancar la escala de cuerda y dejarlo aislado allí arriba para que se fundiera cuanto antes con sus malditos elementos.

»Un rato después, el monje me encontró derrengado en uno de los patios de la intrincada estructura del monasterio, con la espalda apoyada en un muro encalado. Se sentó a mi lado en un poyete.

»—¿Oyes esa música? —me preguntó.

»Agucé el oído. Un relajante ulular sobrevolaba nuestras cabezas. Traté de serenarme, ayudado por aquella insólita armonía, y seguirle la corriente.

»—¿Sale de esos cuencos que utilizáis como instrumento?

»—Así es. Unos cuencos que deben estar absolutamente vacíos para que suenen bien. Hay que asegurarse de que no contienen ni una mota de polvo, del mismo modo que para enfrentarte a tu nueva vida has de vaciar la mente de todo lo que indebidamente has acumulado.

»—¿Quién te dice que quiero iniciar una nueva vida? —grité. El lama se limitó a mirarme. Me levanté y le espeté a la cara—: ¿Qué te hace pensar que la merezco?

»—Desconozco lo que te ha ocurrido, pero sé que la insensibilidad y la evasión no son la vía para repararlo. Piensas que no mereces volver a amar, pero te equivocas.

»—¡No se trata de volver o no a amar! ¡Se trata de que jamás volveré a amar a Claudia! ¡Tú nunca has salido de este monasterio, no tienes mujer ni hijos! ¡Ni siquiera puedes imaginar lo que sufro!

»El lama esperó unos segundos y me habló como si recitase un poema:

»—Si analizas nuestra existencia individual, verás que está llena de sufrimiento. Sufrimos al nacer, al enamorarnos, al envejecer, al enfermar y al morir. Sufrimos para conseguir aquello de lo que carecemos, luego para conseguir más y después para conservarlo, sin darnos cuenta de que al final tan sólo morimos. Nos vamos de aquí sin

nada, porque nada nos pertenece. Si tuviéramos que resumir toda la historia del ser humano desde el principio de los días, no nos harían falta cien tomos, ni diez, ni tan siquiera uno. Bastaría una sola frase: el ser humano nace, sufre y muere.

»Agaché la cabeza y dije:

»—Si ése es nuestro destino, ¿de qué nos sirve haber venido aquí? ¿Ni siquiera debemos luchar para conservar lo que amamos?

»—Claro que has de luchar. Ésa es la vía que marca la diferencia, el camino que escogen aquellos que logran engrandecerse en este escenario poco propicio. Pero nunca considerando lo que amas una posesión privada. Eres tú quien has de entregarte sin esperar nada a cambio. Obrando así, lograrás trascender esta dolorosa existencia individual, comprenderás que estás en todo y que todo está en ti, como antes decía el abad. Habrás cerrado el círculo y dejarás de sufrir. Tus acciones se encauzarán de forma desinteresada y tocarás la felicidad, al principio sólo con la punta de los dedos, luego un poco más, un poco más...

Londres

Me asomé tratando de ver lo que ocurría, pero sin intención alguna de bajar. Lo que tenían que hacer era reiniciar la marcha y llegar —en los dos minutos previstos— a Upminster Bridge. En el interior del vagón retumbaba el segundero de un reloj eléctrico que no veía por ninguna parte.

El revisor se acercó con cautela. Me pidió que hiciese caso de las indicaciones y me dirigiera al mostrador de billetes.

—¿Me está diciendo que no vamos a seguir? Si sólo falta una parada.

—Señor...

—¡Una maldita parada!

—Señor, le ruego que abandone el tren.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—No puedo decírselo.

—¿No lo sabe o no está autorizado?

Lanzó una mirada a mi mano, que seguía aferrada a la barra como si viajase en una avioneta y el soltarla supusiera caer al vacío.

—Ha habido un accidente.

Solté la barra. Fue como

caer

al

v

a

c

í

o.

—¿Qué?

—Señor, le ruego que...

—¿Qué clase de accidente?

—¡Ya basta! ¡Baje del vagón!

Sin pensarlo dos veces, le propiné un empujón y corrí por el andén perseguido por un silbato desafinado. Cuando estaba llegando al fondo, se abrió la portezuela de la máquina y salió un hombre con unos papeles en la mano que se interpuso en mi camino. Me desembaracé de él con un quiebro de cintura y un codazo, salté delante del tren y seguí mi galopada por la vía.

Al silbato se unieron una suerte de gritos que pronto quedaron atrás. Aumentaba el ritmo de mis jadeos. Sorteaba enormes tuercas de hierro entre los raíles. Me acechaban marañas de cable y pilotos de emergencia. En los ojos el sudor y las lágrimas,
en los ojos,
buscando la luz al final del túnel.



04.11 h

En una pausa, Aurore se sobresalta.

—¿Qué ocurre?

—Me ha parecido oír algo ahí fuera. Shhh... ¿Ves? Ahora hay demasiado silencio. ¿Por qué han dejado de disparar? ¿Y cuándo va a amanecer? Empieza a angustiarme sentirme ciega.

Se levanta de la camilla.

—¿Adónde vas?

Pisa cristales rotos. Pasa la mano por los muebles, la noto palpar.

—Necesito ver.

Revuelve en algún cajón. De súbito, el chasquido de una cerilla. Prende una vela.

Entorno los ojos.

Me contempla a la luz trémula. De nuevo la realidad desnuda; lejos quedan las historias del techo del mundo. La sábana que me cubre sube y baja con levedad. Mi corazón misteriosamente late, ajeno a las vías y a los drenajes. Noto que Aurore se desespera al volver a contemplarme, pero hace un gesto simpático tratando de que todo parezca normal.

Acerca la vela y me acaricia la frente. Coge el paño y humedece mis labios como cuando sólo era una enfermera calmando las llagas de un soldado herido.

—Cuidado con la llama. Ya sabes que soy una mariposa. Aleteo en el interior de este envoltorio que estoy a punto de abandonar.

—Te prohíbo que hables así. —No es una imposición, es un ruego. Vuelve a dejar el paño sobre la mesilla y coloca la vela en una esquina tras verter unas gotas de cera—. No hay derecho, acabamos de conocernos. Quiero más tiempo. Más, más, más...

—El tiempo es una dimensión que hemos diseñado a nuestra medida. Creo que le damos una importancia que no tiene.

—Yo sólo veo que las horas no dejan de correr.

—Y también creo que tendríamos que dejar de medir el tiempo en horas o minutos y comenzar a medirlo en acciones.

—Cómo aprovechas la conversación —se esfuerza en sonreír.

—¿Para qué?

—Para ponerte a hablar como tu amigo el lama y empujarme hacia mis cadenas de ADN.

—¿Es eso lo que deseas, volver a ser una costurera de genes?

—No estoy segura.

—Esa duda ya es un triunfo.

—¿Tú crees?

—Yo perdí muchas oportunidades de cuestionarme qué era aquello por lo que merecía la pena luchar. Me dejé llevar por el caos del día a día. Aún no conocía la pantalla blanca.

—Tendríamos que estar siempre como ahora, aislados de todo. Incluso se me olvida que ahí fuera somos una enfermera y un observador de la ONU.

—¿Qué somos aquí dentro?

—No sé... Dos náufragos que buscan respuestas.

Pienso en Claudia.

En su sonrisa blanca.

—Creo que cuando perdemos algo —reflexiono en voz alta—, y no me refiero sólo a las personas que queremos, sino a cualquier otro proyecto que se nos viene abajo, no nos lamentamos por haberlo perdido, sino por no habernos entregado en cuerpo y alma mientras pudimos hacerlo.

Aurore se desploma en el taburete, como si el mero pensar en entregarse en cuerpo y alma ya la agotase. Cruza los brazos sobre la camilla y apoya la cabeza de lado.

—Sin oír tu voz, alentándome, no sé si podré dar un solo paso.

—Tienes que prometerlo. Primero uno, después otro, siempre hacia delante.

—Mi vida es muy complicada, mis hermanos...

—Las relaciones son siempre complejas; si a tu lado no hubiera alguien que te alterase, no tendría mérito mostrarte inalterable.

—Pero yo no quiero equivocarme más...

—¿A los ojos de quién?

—Al final somos aquello que los demás piensan de nosotros, ¿no crees? Meros personajes secundarios de una novela con final infeliz.

Niego con la cabeza mientras recupero unas palabras perdidas.

—Ahora sé que, si amas algo, todas tus acciones se dirigen de forma automática. No puedes fracasar. O, al menos, no tendrás nada que reprocharte a ti misma.

Me detengo unos segundos a rebuscar de dónde proviene esa seguridad con la que le hablo.

—Aquella tarde en el monasterio —recuerdo—, el lama declamó: «Rechaza aquello que el egoísmo hace parecer bueno pero perjudica a los seres; haz aquello que parece un pecado pero beneficia a los seres; en una palabra, actúa de manera que no te avergüences de ti mismo.»

Dios mío, me he avergonzado tantas veces de mí mismo...

—Contigo a mi lado parece fácil, David. Pero cuando llegue a casa, sé que todo se me hará muy cuesta arriba...

—Avanzar tu propio camino no siempre es fácil. De hecho, suele exigírnos un alto precio. Pero merecerá la pena con tal de no oír en el lecho de muerte una voz interior que lamente: «He desperdiciado mi vida.»

Sus labios se separan, dudan dos veces antes de preguntar:

—¿Oyes tú esa voz?

—¡Eres la única autora y protagonista de la novela de tu vida! —retomo, eludiendo responder—. Da igual cómo termine. Tras la palabra «fin», sólo permanecerá la poesía que hayas sido capaz de verter en cada párrafo.

—Pero yo tengo detrás una carga demasiado pesada...

—No hagas como el elefante.

—¿Cómo?

—¿Has visto los elefantes de las ceremonias hinduistas? A pesar de su enorme tamaño, creen que no pueden arrancar la pequeña estaca a la que permanecen encadenados. Al haber estado así desde que eran unas crías se han convencido de que no son capaces. ¡Y les bastaría con dar un simple tirón!

La luz de la vela proyecta inquietantes sombras en las paredes. Sombras de elefantes despendolados —me recuerdan a los de Disney— que van en busca de la cobra para jugar. Se revuelcan sobre los pétalos organizando un buen follón.

Ellos no se avergüenzan de su andar patoso.

Pienso en Claudia. «Lo habrías pasado bien imitándolos, ¿verdad, hija? Debería haber podido resucitarte para que nos enseñaras cómo actuar sin que nada ni nadie nos condicione. Tú sí que eras tu propia autora y tu protagonista.»

—Quizá yo sea uno de esos elefantes viejos que no tienen posibilidad de redención —se lamenta Aurore—. Todo me supera. Sólo pensar en rehacer mi vida... No se trata sólo de mi familia. El mundo en general es muy complicado.

Se lleva las manos a la cara.

Rebusco entre las enseñanzas del monje tratando de encontrar otra clave para sacarla del atolladero, pero la mente me teletransporta desde el monasterio de las montañas hasta el centro de Srinagar, el reino de las babuchas. A la luz de la vela vuelvo a oír unos versos que han permanecido arrinconados en el cajón del olvido desde hace meses. ¡Vaya con mis neuronas, son más juguetonas que las crías de paquidermo! Los estaba cantando, mientras amasaba, el empleado de una panadería junto a la Mezquita Verde donde encontré al enano apaleado.

Me emociono.

Apenas consigo pronunciar en voz alta palabra por palabra:

—Cuando abro los ojos al mundo, me siento como una gota de agua en el océano. Cuando los cierro, veo el universo completo como una burbuja que asciende en el océano de mi corazón.



04.19 h

Aurore se incorpora pausadamente. Aun así, la llama crepita por el aire removido.

—Vaya con el monje... Además de sabio, es un poeta.

—No fue a él a quien oí esos versos. Creo que son sufís, de la doctrina del cocinero.

—La verdad es que no importa quién los haya escrito.

—Eso es lo que tiene esta tierra mágica. Todos los dioses consensúan sus enseñanzas mientras toman té.

Sonríe.

—Los dioses también dirán aquello de «¡qué felicidad!» con cada sorbo.

Simula que bebe y compone una graciosa mueca de satisfacción. Resulta encantadora a la luz de la vela.

Señalo el trapo de cocina que cuelga de la pared.

—Recuerda lo que nos enseñó nuestro amigo: da igual la bayeta que utilicemos, siempre que nos dediquemos a frotar y frotar.

—Ofreciendo en todo momento lo mejor de nosotros —completa ella—, como el enano al que golpeaban y la nube que vierte sus gotas de lluvia sobre bosques y estepas.

Cuando voy a asentar mi cuello se tensa, las venas adquieren la misma sección del drenaje que atraviesa mi costado, toda mi sangre huye despavorida ante el mal despertar de la medusa, que se había echado una siesta. El dolor, el dolor...

—¡David! ¿Qué te pasa?

Tengo la mandíbula desencajada...

—¡Mira en mi muñeca! —grito de una vez.

—¿Qué?

—¿Todavía llevo anudada mi pulsera?

—No sé a qué te refieres...

—Es una trenza de colores. La hizo mi hija y la he llevado desde que murió...

Levanta la sábana con nerviosismo. Veo por su expresión que la pulsera no está ahí. Se inclina para mirar el otro brazo.

—Quizá la cortaron para ponerte los goteros.

Intento relajarme.

—No te preocupes.

—La habrán guardado con tus cosas. Voy a buscarla. Te prometo que la encontraré aunque tenga que revolverlo todo.

—Olvidalo, no pasa nada.

—¿Cómo que lo olvide? Si es lo único que me has pedido en toda la noche...

Aurore es deliciosa. Sólo por saborear su candor, el dolor pasa de largo. Es curiosa esta montaña rusa a pequeña escala, como la de la vida entera: durante unos instantes se antoja insoportable y de pronto te deslizas por uno de sus valles con un refrescante viento en la cara.

—Si la quería era para regalártela.

Me contempla, sonriente y pensativa.

—En ese caso servirá un trozo de tubo.

—¿Cómo?

—El tubo del suero que se rompió tras el estallido de la granada.

Va hacia el mostrador y revuelve una bandeja de material. En la penumbra apenas se distingue nada, pero consigue hacerse con unas tijeras. Rodea la camilla, se inclina junto a la percha del gotero y corta un par de pedazos de la goma que yacía enredada entre los cristales.

—Estás muy loca —le digo mientras anuda uno a su muñeca y el otro a la mía.

Hermanados, como dos adolescentes que juntan la yema del índice tras pincharla con una aguja.

—Cuando la gente de mi pueblo dude de si de verdad he estado aquí, enseñaré orgullosa mi amuleto.

Alarga el brazo.

—Nadie lo pondrá en duda. Se trata de vía intravenosa típica de Cachemira.

—¿Y tú, David?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué será de ti?

Debería decirle que me siento raro. Y no por la neuralgia. Mi cerebro arde a fuego lento. Debe de ser que la medusa deja residuos radiactivos allá donde toca.

—El sol saldrá y unas horas después se pondrá de nuevo. Aparte de eso... ¿quién sabe? Como dicen los lamas, dependerá de nuestros actos.

—Llévame contigo —dispone, muy seria.

¿Cómo podría alguien resistirse a una súplica semejante?

—Si estuviéramos en Macondo y pudiera elevarme agarrado a las cuatro puntas de una sábana hinchada por el viento, dejaría que te sujetases a mi tobillo y ambos nos perderíamos más allá de las nubes, hacia otra isla desierta en la que seguir compartiendo nuestras historias de naufragos.

—¿Qué es Macondo?

—El pueblo de una novela que leí hace tiempo.

—No la conozco —dice con pena.

—Ni los paracaídas de la ONU vuelan hacia arriba.
—No quiero que mueras.
—Morir es un nuevo amanecer. ¡Para mí será el tercero! Primero fue el sol brillando en la oscuridad de la noche, después llegaste tú y ahora...
—Empiezo a no soportar que hables de la muerte como si no pasara nada.
—No es eso...
—¡Sí que lo es! He atendido a docenas de moribundos y todos pasan por fases más... humanas. Sienten cólera, caen en profundas depresiones, se indignan y preguntan: «¿Por qué yo?» Incluso Jesucristo, que tan seguro estaba de lo que iba a ocurrir, atravesó diferentes estados antes de pedir a Dios que apartase de él ese cáliz.
—No se trata de quitarle importancia a la muerte, sino de aceptarla.
—¡Pues yo no la acepto! ¡Y me indigna que tú lo hagas, después de haberme...!
Se detiene de golpe.
Quiere decir después de haberla conocido.
—No se puede luchar contra lo inevitable —improviso.
—¿Cómo? —Se enfurece—. Llevas toda la noche convenciéndome de que persiga lo que amo, no has parado de hablar sobre esta bendita oportunidad que nos ha sido concedida para actuar, y eres tú quien no dejas de comportarte como si ya estuvieras muerto. ¡Pareces una maldita voz de ultratumba! ¿No te das cuenta de cuánto sufro cada vez que miro tu drenaje y veo que no cambia de color?
—No te pongas así, por favor. Recuerda lo que antes te he contado sobre...
—¡Déjate de cuentos! O mejor dicho: aplícatelos tú mismo. ¡Hasta tu propia hija te pedía que te ocupases más de los vivos! ¡Estás vivo, David! ¡Estás aquí, conmigo!
Un súbito y brutal silencio busca espacio para expandirse. Se introduce en mi boca, apenas puedo hablar.
—¿Cómo sabes eso?
—¿El qué?
—Lo que has dicho acerca de mi hija. Esa frase. ¿Por qué la conoces?
tic, tac
tic, tac
—No lo sé, David, no lo sé. Antes de despertar, pasaste días delirando. Pero no te preocupes, no diré nada más que pueda molestarte. Ni una palabra más.
Da media vuelta y echa a andar hacia el pasillo con un repentino abatimiento.
Sus brazos, como los míos, son de plomo.
«¿Adónde vas? Antes tenías razón. Podrá parecer mentira, pero después de esta única noche te conozco muy bien. Sé cómo pestañeas cuatro veces cuando te pones nerviosa; podría dibujar los lóbulos de tus orejas; reconozco el olor de la crema solar que desprende tu piel...»

Siento una pena inmensa, un campo de antimateria que absorbe mis convicciones y vuelve a colmarme de dudas mientras ella se separa de mí, arrastrando los pies y el alma por el suelo cubierto de cristales, y abandona la habitación.

Londres

Corría hacia la luz.

«Tal vez esto no sea la red de metro —pensé cuando comenzó a faltarme el aire y a estallarme el costado—, sino el túnel que cruza al más allá. Tal vez la fortuna me sonríe y soy yo quien está muriendo, mientras tú (Claudia, en este mismo instante) vuelves al instituto por la puerta trasera para que la tutora no se entere.»

No era la luz divina lo que brillaba al fondo, sino las lámparas de Upminster Bridge. Había mucha más gente de la que podía esperarse en aquellas latitudes, pero yo seguía sin oír nada salvo el segundero doble del reloj eléctrico. Debía de llevarlo, sin saberlo, colgando del cinturón.

Aminoré la marcha, pero seguí tambaleándome entre los raíles. Nadie se fijó en mí cuando irrumpí en la estación. Me sequé la cara y repasé cada rincón. Flanqueado por un corro de curiosos, algo destellaba en mitad del andén.

Era una manta térmica dorada, de las que utilizan los servicios de emergencia.

Perdí la mirada entre sus llamas. El fuego tiene ese poder de embelesamiento.

—... Claudia Sandman... —oí con claridad entre la turba de murmullos.

¿Quién había dicho eso?

Era un policía, apoyado en una columna apartada del barullo, que pasaba por radio la información apuntada en un cuaderno.

Eché a correr, me encaramé al andén y aparté a un hombre de la empresa de limpieza y una mujer de color que vestía un abultado anorak.

—¿Claudia?

La manta térmica estaba vacía. No envolvía a una persona, tan sólo aire hediondo. La cogí del suelo y la examiné, como si el cuerpo de mi hija fuera a estar escondido entre los pliegues. Miré a un lado y otro. Los que me rodeaban dibujaron rostros de perplejidad. Me arrollaba el eco simultáneo de un millón de trenes.

Mi corazón se disparó. Latía tan rápido que agitaba el resto del cuerpo; llegaba a producir calor. Alrededor, el planeta congelado.

«¿Por qué no me has esperado? Venía a buscarte, ¿no lo ves?

»¡Créeme!»

Había llegado tarde.

Tarde.

Abracé la manta con violencia, protegiéndola como un animal rabioso. Sin juicio, sólo instinto. Los ojos abiertos como un demente. La olí. Necesitaba algo suyo: un resto de su colonia, un pelo.

Alguien murmuró que la niña se había tirado a la vía al paso de la máquina.

«¿Por qué dicen eso? —Apreté aún más la manta contra mi pecho—. ¡Es mi hija! No te preocupes, Claudia, yo sé que te has caído. Sé que no te dabas cuenta de lo que ocurría a tu alrededor; que el mundo se te había quedado pequeño y, en tu aislamiento, habías dejado de ver peligros fuera de tu cabeza. Ya sólo viajabas hacia dentro, me llevabas tanta ventaja... Yo seguía sumido en el caos, había olvidado que eras la salvación y la vida eterna.

»¿Por qué no me has esperado?

»Venía a buscarte, ¿no lo ves?

»Habría querido darte este calor que me abrasa. Teniéndome a mí, ¿para qué necesitabas una manta térmica? Te habría frotado el brazo, como hacía en las mañanas de fin de semana (hace tiempo que te considerabas mayor para eso), desde el hombro hasta la muñeca, donde mis dedos siempre se enganchaban con tu pulsera de hilo trenzado. Habría apoyado mi mano en tu pecho, en tu espalda, para darte mi calor, mi calor, este calor que me abrasa.»

—Claudia, mi vida...

¿Quién ha apagado las luces de la estación? ¿Se han fundido las lámparas? Incluso el reflejo dorado de la manta térmica se extingue. Apenas quedan rescoldos. Quiero olerla, introducir mi nariz hasta detectar un resto de su colonia, encontrar un pelo. Quiero abrazarla con más fuerza, abrazar esta maldita pira de crematorio que se niega a incinerarme junto a mi hija...



04.26 h

Todo es distinto sin Aurore.

La vela se consume más deprisa.

Yo también.

No resisto la tentación de mirar al reloj que reposa sobre la mesa. Por primera vez me fijo en él con detalle. Es circular, de esos que tienen dos campanillas como dos pequeños moños. Alguno de los médicos lo habrá comprado en un mercado de la zona. Las agujas son bigotes, parece un familiar del cocinero. Si Aurore estuviera aquí, le pediría que pintase unos ojos y una boca en la esfera.

«¿Por qué te has ido? Aún no había acabado la historia del lama. Habría querido que también fuera tuya. Las historias vuelven a nacer en la mente de quien las escucha o las lee. Se entrelazan con tu cadena de ADN (de eso tú sabes mucho) y de pronto... existen. Sé que antes no hablabas en serio, que te gustaría saber el final.»

—Voy a terminar de contarla en voz alta —digo con la vista clavada en el techo—. Las palabras seguirán por aquí cuando me haya ido.

«Son las mil y una noches del alma, como tú las llamas. ¿De verdad te he contado ya mil? Supongo que sí; sólo falta una...»

A ver, nos habíamos quedado en el patio del monasterio, el lama sentado, con la espalda apoyada en el muro encalado, y yo de pie, bajo el ulular de los cuencos tibetanos. Eso es. Recuerdo como si fuera hoy lo que me preguntó:

—¿Por qué sufres tanto?

Y yo me vacié como si alguien hubiera abierto una espita:

—El día que mi hija murió pasé varias horas en la estación de metro donde había ocurrido todo. Los policías se comportaron de forma compasiva. Me dejaron tranquilo mientras reunía ánimos para acudir a la morgue. Cuando por fin me levanté del suelo, me acerqué al borde del andén. Entonces, junto a uno de los raíles, vi su cámara.

»Bajé a recogerla. Parecía estar en buen estado. Busqué el botón de encendido. La pequeña pantalla se iluminó.

»Seleccioné el último vídeo. Había sido grabado allí mismo. Claudia se había dedicado a filmar una de las lámparas del techo. Alrededor de la luz revoloteaban una maraña de insectos. Durante un par de minutos la imagen permaneció fija, tan sólo alterada por el movimiento de los bichos y la creciente vibración de su pulso al obligarse a mantener erguida la cámara. De pronto, un mendigo que deambulaba por el otro extremo del andén llamó su atención. Claudia le enfocó y fue a su encuentro.

»Mientras se acercaba, un grupo de adolescentes rodearon al indigente y comenzaron a reírse de él, le quitaron la botella que llevaba, arrojaron al suelo su gorra de lana. Claudia aceleró el paso sin dejar de grabar. A partir de entonces el vídeo también pareció ir a más velocidad. El mendigo, hostigado; Claudia, enfurecida, reclamándoles que parasen ya. El cristal del objetivo era su escudo protector. Un escudo muy endeble.

»Uno de ellos le propinó un empujón. No creo que quisiera arrojarla a la vía. A una persona normal apenas la habría desplazado medio metro, pero ella estaba tan delgada...

No pude continuar.

El lama permaneció un rato a mi lado, haciéndome compañía.

Después me pidió que le acompañase.

Atravesamos una sala llena de telas. Resultó ser el vestuario para las danzas del Monlam, el Festival de la Gran Oración que iba a celebrarse al día siguiente. Faldas con cintas, banderolas, calaveras sonrientes y sombreros amarillos propios de la orden. De allí salimos a un patio en el que, postrados en el suelo, un grupo de monjes se dedicaban a dibujar un mandala de arena.

Había visto algunos parecidos desde mi llegada a Cachemira, pero siempre pintados en lienzo, colgados de las paredes de los templos o de los anticuarios de Srinagar. Aquél era tan delicado como los cuadros, pero el que estuviera condenado a deshacerse me producía una profunda ansiedad.

Levanté la vista al cielo. Por alguna suerte de misterio allí no corría viento.

Pero ¿y si comenzaba a llover?

Con una minuciosidad pasmosa, casi grano a grano, los lamas iban depositando la arena de colores sobre el trazado de tiza que previamente habían marcado en el embaldosado para que les sirviera de plantilla. En el centro destacaba un gran círculo, distribuido en laberínticos compartimentos que albergaban representaciones de la naturaleza; a su alrededor, otros círculos más pequeños servían de morada a los budas.

—Los mandalas representan el todo —explicó el monje—. De un solo vistazo tienes acceso a todo lo que hay fuera de nosotros, y también a todo lo que llevamos dentro.

Se llevó la mano al pecho. En el mío volvieron a resonar los versos que cantaba el panadero de la Mezquita Verde:

*Cuando abro los ojos al mundo,
me siento como una gota de agua en el océano.
Cuando los cierro,*

*veo el universo completo como una burbuja que
asciende en el océano de mi corazón...*

—Os admiro por dedicar tanto esfuerzo a algo tan efímero —dije.

—Será porque merece la pena. Piensa en el azafrán que crece en estos valles de Cachemira. ¡Son necesarias setenta y cinco mil flores para extraer diez gramos!

—¿Y si se levantase un vendaval y barriese la arena antes de la celebración de mañana?

—Sin duda sería un guiño del Más Allá. Lo importante es lo que hagamos hoy, sin pensar en un mañana que quizá no llegue nunca. Si estuviésemos apegados al mandala, obsesionados con conservarlo, generaríamos justo el efecto contrario al deseado. Este puñado de arena es un gran instrumento de meditación. Nos enseña que la existencia entera cabe en un mero dibujo, que con tan sólo contemplarlo podemos recorrer todas las galaxias.

Fijé los ojos en aquellos círculos aún a medio componer, confiando que desplegasen de inmediato su mágico poder. Quería recorrer la Vía Láctea en busca de mi pequeña Claudia. «Tarde o temprano te encontraré, acurrucada bajo el único árbol de un pequeño satélite.»

Emocionado por disponer de pista libre espacial, como era de esperar dirigí el cohete hacia el lugar equivocado. Era en mi interior donde estaban la eternidad y sus mundos, el pasado y el porvenir.

—En esta ocasión —siguió explicándome—, el abad quería que compusiéramos un mandala que describiera la paz perfecta. Hubo muchas propuestas. La mayoría de ellas representaban apacibles lagos que reflejaban la cordillera. Ya sabes: picos envueltos de nubes, cuya sedosa blancura hacía resaltar el azul de la bóveda celeste. Aquellos bocetos tenían mucho de paz perfecta, pero el abad los desestimó y escogió este otro.

Me fijé bien en el dibujo. El círculo central estaba poblado de montañas, pero éstas eran abruptas, con quebradas sobre las que se precipitaban torrentes desbocados. Una tempestad se había apoderado del cielo. Por un extremo asomaba un tornado, y una gran ola se erguía sobre el único lago.

—No me parece muy pacífico.

El monje señaló un punto concreto del círculo. En un talud, junto a una de las violentas caídas de agua, había crecido un matorral que servía de apoyo a un nido sobre el que reposaba, apacible, una cría de águila moteada.

—La paz verdadera no nace a partir de la ausencia de sufrimiento. Nace de un corazón que logra mantenerse en calma en mitad de la vorágine que nos toca vivir, del caos y los problemas cotidianos.

»Sólo podemos encontrarla en nuestro interior —sentenció—. Y sólo si estamos en paz con nosotros mismos, sin avergonzarnos, lograremos lo más importante: morir en paz.

—¿Es eso posible?

El monje asintió con cierta candidez y declaró:

—El día que puedas afirmar en voz alta: «hoy moriría en paz», habrás alcanzado la felicidad.

La felicidad...

—Yo no lo lograré nunca. ¿Cómo podría no avergonzarme de todo lo que he hecho? ¡Olvidé que mi hija era lo más importante, lo olvidé por completo! Creí que se valdría por sí sola, era tan inteligente... O eso quise creer. Mi merecido castigo es sufrir durante toda la eternidad.

—Ésa es la salida fácil.

—¿Cómo puedes decir eso?

—El dolor es inevitable, pero el sufrimiento es opcional —declaró. Ahora recuerdo que fue él quien me lo enseñó—. Si sufres no eres capaz de actuar, y para honrar a tu hija muerta has de exprimir al máximo esta herramienta que es la vida.

El ulular de los cuencos tibetanos se hizo más agudo. Llegué a pensar que se trataba de un pitido de mis oídos. Me llevé las manos a la cabeza y apreté los ojos.

—Pero yo no quiero honrarla —sollocé—, yo quiero tenerla...

—Algún día comprenderás que eso no es necesario. Has de convencerte de una vez por todas de que tu hija forma parte de ti, al igual que tú formarás parte de las vidas que te sucedan. Darte cuenta de esto supone liberarte de todos los yugos que nos mantienen sometidos, pero al mismo tiempo implica una gran responsabilidad. Te obliga a actuar en consecuencia.

Llevado por un repentino impulso, eché a correr. Volviendo sobre mis pasos, crucé la sala donde se amontonaba el vestuario del Monlam, zigzagué por la lamasería hasta el templo, subí a grandes pasos hasta el altillo, dejé a un lado el santuario del buda dorado, trepé por la escala de cuerda y salí a la terraza.

De nuevo el estallido de la luz blanca, las partículas de hielo suspendidas en la atmósfera, adhiriéndose al rostro.

Allí estaba el abad.

Apoyé las manos en las rodillas, tratando de recuperar el resuello, y le hablé entre jadeos.

—¿Puede asegurarme que, de un modo otro, me reencontraré con mi hija?

—Desde luego que sí. Cuando morimos nos encontramos con las personas que más hemos querido. Nos esperan con los brazos abiertos.

Hice una respiración entrecortada y me incorporé.

—Supongo que sigue hablando de forma simbólica...

—Puedes entenderlo de ambas formas: que te encontrarás con los tuyos porque literalmente están ahí con los brazos abiertos, o que no hay tuyos ni míos, ya que todos somos uno. Ambas cosas son lo mismo. Lo único cierto es que la vida trasciende nuestra infinitesimal existencia. No nacemos en el nacimiento ni morimos en la muerte. Lo

importante es cómo actuemos en este breve lapso, porque con cada una de nuestras acciones forjamos la verdadera y única vida. Estás obligado a hacer lo que se espera de ti. Por algo el ser humano es la única criatura de esta Tierra que dispone de libertad para escoger su camino.

Aquel lama, enfundado en una liviana túnica que se desangraba sobre la piedra fría, me aseguraba que al morir me fundiría con mi hija, en un abrazo de carne o como dos suspiros que se entrecruzan en el aire; pero al mismo tiempo me exigía que siguiera viviendo. Y yo estaba tan cansado...

Permanecemos en silencio. A partir de entonces sólo habló la cordillera, con su voz cavernosa y su sobreecogedor eco:

*Los hombres sufrís por lo que creéis vuestro,
por lo que creéis vuestro,
vuestro,
y sois vosotros la propiedad...
vosotros la propiedad...
la propiedad...*



04.44 h

Respiro hondo. La sábana sube, permanece un segundo arriba y vuelve a bajar.

—Está visto que no tengo más remedio que hacerte caso —dice alguien.

Me sobresalto. Es la voz de Aurore.

Estiro el cuello con dificultad, lo justo para verla sentada junto a la puerta.

—¿Has estado ahí todo el rato?

—¿Creías que iba a perderme el final de tu historia?

—Ahora también es la tuya.

Oigo un rumor lejano. Apostaría a que viene de fuera, pero no llego a identificarlo. Se funde con un zumbido que lleva un rato alojado en mi cabeza.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Tienes el ceño fruncido.

Lanza una mirada al drenaje. Acto seguido, dice:

—Mientras hablabas he estado contemplando el calendario.

Señala a mi espalda. Está colgado en la pared. Giro el cuello como puedo para mirarlo. Sobre la cuadrícula del mes hay una fotografía del parque de Yellowstone. Lo habrá traído de casa alguno de los médicos.

—No sé en qué fecha vivo.

—Tú me has enseñado que en este pedazo de cielo no importan las fechas. Me refería a la leyenda.

Me fijo bien. Sí que hay unas letras impresas en la foto, pero entre la postura y la escasa luz de la vela no alcanzo a leerlas. Aurore se pone en pie y, mientras camina, recita lo que resultan ser unas líneas de Rabindranath Tagore, a buen seguro escritas a no mucha distancia de donde nos encontramos:

—«El ser humano ha perdido su perspectiva interior, mide su grandeza de acuerdo con su propia estatura y no de acuerdo con sus vínculos con el infinito; juzga su actividad por su propio movimiento y no por la serenidad de la perfección, no por la calma que existe en la bóveda estrellada, en la danza rítmica de la incesante creación.»

Cierro los ojos.

—Qué gusto da escucharte.

—Tagore era hindú, pero al fin y al cabo éste es el mensaje de tu lama, ¿no? Y también es el mismo que explicaba el cocinero sufí.

—El único secreto.

—¿El secreto que me debías?

—Teníamos escrito en la pared el camino para alcanzar la paz y la felicidad. Formaba parte de nuestro collage desde el principio y no nos habíamos dado cuenta.

—Entonces, todo consiste en saber que...

—Que nos equivocamos al pensar que somos algo por nosotros mismos, que el mundo empieza y termina en nosotros. Imagina: un mundo por cada uno de los miles de millones de seres humanos. ¡Menuda locura! No puede ser así... No es así.

Somos

todo aquello que nos ha precedido, y

todo aquello que vendrá después.

La vida no es un derecho, es un privilegio, al igual que la libertad que nos faculta a obrar de un modo u otro.

Tenemos que estar a la altura de tanta fortuna.

de tanta fortuna

fortuna, repite la cordillera.

De nuevo el rumor.

Poco a poco va haciéndose más presente. Resulta ser un rotor.

¿El equipo de rescate?

Aurore va a asomarse a la ventana de plástico. No hay una sola estrella. Apenas se ve nada...

—¡Son los HAL! —exclama por fin con alegría, remarcando las siglas de una aeronáutica india—. ¡Van a sacarnos de aquí!

El estruendo de la patrulla de helicópteros se apodera del campamento. Aterrizan en el patio al tiempo que se reanuda el intercambio de disparos. Otra vez las carreras y las instrucciones exasperadas. ¿Habrán neutralizado el mortero que casi nos alcanza hace unas horas? En mitad del jaleo, Aurore despliega una apacible sonrisa.

—En la clínica de Delhi te curarán en un santiamén...

Se lanza a abrazarme.

—¡Aurore! —le reclama alguien desde la entrada—. ¡Recoja sus cosas deprisa!

Es el médico sij, compuesto a la perfección con su bata y su turbante pero con un aire de urgencia que le impide acercarse.

—¿Qué ocurre?

—¡Ha de unirse al equipo de evacuación!

—¿Cómo llevamos a David hasta el helicóptero?

El médico advierte que estoy consciente. Me lanza una mirada que no alberga dudas.

Ella también la interpreta de inmediato.

—Doctor...

—De momento se queda usted aquí —me explica con una repentina calma—, pero será por poco tiempo. Pronto llegará el vehículo especial.

—¿No hay sitio en los HAL? —pregunta Aurore, nerviosa.

—No están preparados para transportar a un paciente en sus condiciones.

—¿Pretende dejarlo aquí solo?

—Nunca abandonamos a nadie.

—Pero...

—Una patrulla cubrirá los flancos hasta la llegada del convoy de tierra, y yo también permaneceré aquí. Pero entretanto tengo orden de evacuar a todo el personal médico. Ha de confiar en mí.

Aurore se contiene, mira aquí y allá, está a punto de barrer con el brazo la bandeja de material quirúrgico. Se gira hacia mí, resolutiva.

—No voy a dejarte solo en este infierno.

—Recuerda que el peor infierno está dentro de nosotros, pero también lo está el ansiado cielo.

—David...

—No pasará nada, créeme...

Crece el ruido de los rotores.

Un remolino de arena surgido bajo las aspas cruza el patio dibujando curvas de peonza, se introduce en las instalaciones del hospital, recorre el pasillo y llega hasta mi habitación. Todo a mi alrededor comienza a vibrar, los pétalos de grafiti se despegan de la pared y se arrojan al epicentro. La cobra va rauda tras ellos; es absorbida tan rápido que libera escamas por el camino.

El remolino es potente. Capaz incluso de absorber los fotogramas de mi vida —debería decir de todas las vidas—, que salen despedidos de mi cabeza como cuando estalló la bomba en la línea de control: mascota, suspiro, chistes, árbol, Coldplay, mostaza, playa, goma de pelo de Claudia, verja, sed, suavidad, gafas, integridad, estufa... Centímetro a centímetro, mi rollo de película va siendo engullido. Me asomo al epicentro. En el interior hay abundante movimiento. El mercader de especias y el terrateniente —ya ciego— erran cogidos de la mano por la espiral, los osos azules del Himalaya contemplan los frutos de mangostino arrugando el hocico, tres cedros crecen a una velocidad pasmosa, desarrollando fuertes ramas y elevándose hacia el cielo como la planta de judías mágicas de aquel cuento infantil...

—Aurore, ha de venir conmigo.

El médico estira el brazo.

Su mano abierta.

—Sí —le animo yo—. Ve antes de que te engulla este ciclón.

Y, de forma mecánica, echa a andar despacio.

«Ve, no te detengas, siempre hacia delante...»

Cuando está a punto de salir, se gira hacia mí.

—No soy capaz de decirte adiós...

Sus palabras son de vapor. Se elevan pausadas hasta tocar el techo.

—¿Por qué habrías de despedirte?

—Te veré pronto, ¿verdad?

—¿Acaso crees que vamos a dejar de estar juntos? Estamos condenados a permanecer unidos por nuestras pulseras de tubo de suero.

—De muñeca a muñeca...

—Esposados.

Sonríe, o eso quiero creer. Apenas distingo ya el dibujo de sus labios. El remolino se hace cada vez más grande y levanta mucho polvo.

—¿Qué harás por las noches? —la oigo decir, como un pensamiento lejano—. ¿Quién encenderá una vela para ti?

No sé cómo, pero logro extraer aire de mis pulmones para pronunciar una última frase:

—Recuerda que tengo mi propio sol nocturno...

El estrépito de los rotores se entremezcla con el eco del canturreo que oí al salir del coma.

Para... para... paradise.

Todavía falta un rato para el alba pero, de súbito, una luz cegadora inunda la estancia. Me siento de nuevo en la terraza de la lamasería, entre las montañas nevadas. No, la claridad es aún mayor...

¡Es mi sol nocturno!

Ha oído que lo mencionaba y ha comenzado a brillar aquí mismo. ¿Cómo ha entrado? Sus rayos me abrazan. ¿Por qué no arde el papel de los informes médicos, ni las sábanas, ni mi camisión de algodón? Como el foco de un teatro, apunta a la cruz de madera de balsa que, erguida en la lata de Coca-Cola, proyecta su sombra alargada, y después a la bayeta del cocinero que ondea como la bandera ajada, tan orgullosa, de un escuadrón de voluntarios.

Miro bien a mi alrededor. Para entonces, el remolino ha barrido con todo lo innecesario. Contemplo mi nuevo hogar, para siempre mi paisaje. Una colina donde llueven pétalos y todas las plantas son de té. Bajo esa luz descubro lo que podríamos llegar a ser. ¡Oh! Parto hacia allí sin billete de vuelta y no quiero frenar. No soy Gulliver en Liliput, ni Alicia en el País de las Maravillas. No quiero dar marcha atrás por la madriguera. Es en este escenario mágico cuando, por fin, me encuentro en casa. ¿Por qué querría renunciar a caminar a paso lento allí donde nadie necesita juzgar y los corazones latén sin vaciarse en turbias hemorragias?

Allí me espera Claudia.

Con los brazos abiertos Claudia.

Con la sonrisa blanca Claudia.

Y, junto a ella, su madre.

¡Qué tranquila parece! No tiene ojeras. Debe de usar un maquillaje muy natural.

—¿Sabes una cosa? —le digo—. Nunca he podido dormir en tu lado de la cama. Lo único que hacía era invadirlo con el pie. Y cuando el sueño me asaltaba yo ya estaba soñando que te rozaba la pantorrilla.

Ella me habla.

Dice que nunca se arrepintió de haber tenido a

Claudia.

Le costó dejarme solo;

es duro forjar un hierro a base de martillazos.

Claudia me habla.

Me ha echado de menos,

pero allí no hay tiempo.

No hace falta que meta el tic tac en la mochila.

Noto el pulso de los corazones acompasados. El de Claudia, el de su madre, el de Aurore, un millón de ellos, varios millones. Los músicos de una imponente orquesta recogen del suelo sus instrumentos, prueban la afinación de las cuerdas. Me dan la bienvenida con algazara de platillos, quieren que toque con ellos una nueva sinfonía que comienza ahora, que comienza en cada instante.

La obertura suena tan fuerte que temo quedarme sordo. Me dejo llevar, levito tirado por anzuelos dorados que se enganchan a mi pecho sin desgarrarlo. Sobrevuelo el remolino y de una vez por todas me arrojo a él.

¡Allá voy!

¡Es el tobogán de un parque acuático!

Y mientras gozo como un niño haciendo giros por la sedosa espiral, un coro de voces blancas me susurra al oído:

Hay un río desbocado que es el amor.

Anega las calles,

moja los pies de vivos y muertos

y nos hace eternos.

Aurore se agarra con fuerza a la barra de seguridad del helicóptero. Quiere permanecer asomada. El aparato se eleva en la negrura. El rotor acalla su pena.

El piloto vuelve la cabeza y le pide que tenga cuidado de no caerse. Aurore no se inmuta. Siente en su cara el tifón que agita nuestra isla desierta. Entorna los ojos para apurar hasta el último instante la visión del hospital de campaña. Ya casi no lo distingue.

Es tan profunda la oscuridad...

Mientras se esfuerza para no derramar una lágrima, dos estrellas fugaces cruzan el cielo de forma simultánea. Trazan la misma curva en paralelo, dejando dos estelas que, a simple vista, parecen una sola.

¿Qué probabilidad hay de que eso ocurra?

—David... —susurra, contenta—. Más o menos así imaginabas que sería el encuentro con tu hija: dos suspiros entrecruzados en el aire. Ya no hacen falta mantas térmicas; habéis producido todo el calor necesario con vuestro simultáneo Big Bang...

Tras una pronunciada maniobra, el helicóptero pone rumbo a la capital. Se ha alejado lo bastante de la batalla, ya no hay balas plañideras. El piloto se gira de nuevo hacia Aurore y le grita por encima del ruido del rotor.

—¡Si va a seguir ahí, al menos engánchese la cinta de seguridad!

Aurore le hace caso. Se estira para coger la línea de vida —qué bonito nombre para una correa de nailon— y rodea con ella su cintura. En el arnés hay una etiqueta con el escudo del batallón y una leyenda que dice «Salta sin miedo».

Mientras pasa el índice sobre esas tres palabras, mira hacia el lugar por donde han cruzado las estrellas fugaces.

«Ya no tengo miedo a nada —piensa—. Hoy moriría en paz, David, puedes creerlo. Pero lo más importante es que puedo vivir en paz. Ya no tengo miedo a vivir. Como tú decías, se trataba de dar un paso, los que vengan después serán por añadidura, quizá unos pocos, quizá muchos miles. Con tu bondad, me habrás imaginado una vida plena. Pero ¿quién sabe lo que ocurrirá mañana? El sol saldrá y unas horas después se pondrá de nuevo, ¿recuerdas? Aparte de eso... Dependerá de nosotros.»

En ese momento, el rímel dorado de la coqueta diosa Ushas perfila el horizonte. Se despereza y libera los primeros brotes de luz, dejando ver la cimbreada silueta del resto de los aparatos de la patrulla.

—¿Cómo es posible? —exclama el piloto.

—¿Qué ocurre? —se inquieta Aurore, aferrándose más aún a la barra.

El piloto golpea con su dedo enguantado uno de los relojes del cuadro de mandos.

—Aún falta media hora para el amanecer. ¿De dónde demonios sale esa claridad?

Tras el sutil anticipo, la diosa Ushas —encaramada a su carro de caballos— revienta por completo la negra placenta y despliega toda la luz de un nuevo día. Se filtra por el portón entreabierto, por las ventanillas, por cada rendija.

—¡No es posible! —insiste el piloto, al tiempo que repasa con nerviosismo los indicadores—. ¡Falta media hora! ¡El amanecer no puede adelantarse media hora!

—Sí es posible —dice Aurore en voz baja.

Y sus labios dibujan una sonrisa que, como la luz dorada, se extiende por su pelo, por sus brazos. Todo su cuerpo sonríe.

Inspiro,

espiro.

AGRADECIMIENTOS

Cuando me preguntan cuánto tiempo me cuesta escribir mis libros contesto: cuarenta y tres años (o la edad que tengo en cada momento). Y es que en cada página vierto todo lo aprendido en el viaje de la vida. En este caso, además de haber exprimido todas las experiencias que tenía acumuladas en la mochila y la paciencia de mi familia y amigos, también he sorbido cual vampiro la emoción de Ana D'Atri, que fue quien me convenció de que era el momento de embarcarme en esta aventura, y la bondad y sabiduría de una persona muy acostumbrada a contemplar soles nocturnos: Francesc Miralles. Gracias por poner vuestros cuellos a disposición de mis insaciables colmillos.

También me ha iluminado la obra de otros autores que meditaron mucho antes que yo acerca de los temas que se hacen un hueco en estas páginas. A Elisabeth Kübler Ross, en concreto, he de estarle agradecido por convencerme de que somos mariposas en el interior de un capullo de seda.

He de dar un ¡Gracias! con mayúscula a todos aquellos que se han dedicado a escribir cuentos para el crecimiento personal, como Paulo Coelho, Nasrudín o mi «compañero de premio» Jorge Bucay (que me visita acompañado de su elefante atado a una estaca). Merece un agradecimiento especial el maestro Ramiro Calle, por sus recopilaciones de las historias milenarias que nos inspiran en nuestra vida diaria y, como es mi caso, en nuestros escritos. Envidio los viajes que has hecho para compilarlas.

A Confucio, por la frase «Si todavía no sabemos lo que es la vida, ¿cómo puede inquietarnos conocer la esencia de la muerte?», la chispa creativa que prendió esta aventura.

A los maestros del sufismo, por su lírica. En concreto a Nawab Jan-Fishan Khan por la frase de la vela que no está ahí para iluminarse a sí misma; y a Hazrat Inayat Khan por enseñarnos que estamos en el todo y el todo está en nosotros, poetizado al final del libro como la burbuja que asciende en el océano de mi corazón.

Del yogui Miralepa me inspiró su recomendación de actuar de forma que no nos avergoncemos de nosotros mismos. Rabindranath Tagore está presente con la poesía impresa en el calendario, con traducción extraída del libro *Sabidurías. 365 pensamientos de maestros de la India*, de Olivier Föllmi (Lunwerk, 2007). Y Novalis con un guiño a la eternidad y sus mundos de ese gran poema que ya anticipé en *El compositor de tormentas*.

Cambiando de tercio, estoy feliz de haber compartido charlas en los últimos días de esta aventura con mi paisano Bernardo Sánchez. Tu desaforado amor al cine y a la literatura, así como tu generosidad, han hecho que crezca esta historia.

Quiero agradecer a mi amiga y psicóloga clínica Iciar Aisa sus afortunadas anotaciones sobre la anorexia; me alegro de que hayas participado en este puñado de páginas que desde el primer día han sido iluminadas por la mirada serena de tu hermano David. Y a mi prima y médico Ana Pascual le agradezco el que —en cada libro— me explique cómo curar y matar a mis personajes sin pegar patadas a los tratados de anatomía y medicina interna.

Para terminar, cómo no, gracias a los músicos que me han acompañado. A Coldplay, por su *Paradise*, esa melodía que ha puesto banda sonora a tantas miradas de David y Aurore. A Nikosia, por la adaptación de *Flow my Tears* de John Dowland que escucha Claudia en la soledad de su habitación (sólo a ti, Francesc, se te podía ocurrir versionar una canción del siglo xvi). Y —¡atención, reverencia!— a Lamb por su ángel *Gabriel*. Fue la melodía de mi primera novela, *El guardián de la flor de loto*, y, en definitiva, la canción que abandera esta expedición por el universo de la literatura que se prolonga y prolonga. Cada vez que pierdo el Norte, sólo tengo que pulsar el *play* y sin querer ya estoy escribiendo de nuevo, hechizado por sus notas y silencios...

11 de junio de 2012

El sol brilla por la noche en Cachemira
Andrés Pascual

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la imagen de la portada, Deon Reynolds/Getty Images

© Andrés Pascual, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2012

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2012

ISBN: 978-84-08-03339-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

Dedicatoria	4
Cita	5
Inspiro,	6
01.16 h	10
16.20 h	13
20.44 h	15
23.31 h	17
23.40 h	20
Londres, tres años antes	22
23.45 h	23
00.24 h	27
Londres	29
00.29 h	30
00.33 h	33
Londres	36
00.58 h	38
01.07 h	42
Londres	44
01.20 h	46
Londres	48
01.35 h	49
01.45 h	53
Londres	55
01.49 h	57
01.58 h	62
Londres	67
02.15 h	70
02.25 h	72

Londres	75
02.43 h	77
03.22 h	80
Londres	83
03.30 h	86
03.41 h	90
Londres	94
03.57 h	95
04.03 h	99
Londres	103
04.11 h	105
04.19 h	109
Londres	113
04.26 h	115
04.44 h	120
Agradecimientos	127
Créditos	129